

**Esteban Salazar Chapela en su época:  
Obra literaria y periodística  
(1923-1939)**



**FRANCISCA MONTIEL RAYO**

**Esteban Salazar Chapela en su época:  
Obra literaria y periodística  
(1923-1939)**

**VOLUMEN III**

**Tesis doctoral dirigida por el  
Dr. Manuel Aznar Soler**



**Universitat  
Autònoma  
de Barcelona**

**Facultat de Filosofia i Lletres  
Departament de Filologia Espanyola  
Bellaterra (Barcelona), 2005**



# ÍNDICE

## VOLUMEN III

<b>5. El bienio negro (continuación)</b>	
5.2. Revistas literarias, políticas y culturales.....	1007
5.2.1. <i>Almanaque literario 1935</i> .....	1014
5.2.1.1. «Un libro de afirmación literaria».....	1020
5.2.1.2. Las letras en 1934.....	1025
5.2.1.2.1. En España.....	1027
5.2.1.2.1.1. Los géneros literarios.....	1028
5.2.1.2.1.2. La literatura en las revistas, en las tertulias y en la radio.....	1041
5.2.1.2.1.3. La España regional.....	1054
5.2.1.2.1.4. Negro sobre blanco.....	1061
5.2.1.2.2. En Hispanoamérica y «el extranjero».....	1067
5.2.1.3. «El año artístico en España».....	1075
5.2.1.4. Encuestas.....	1079
5.2.1.4.1. Arte y política.....	1081
5.2.1.4.2. La novela contemporánea.....	1090
5.2.1.4.3. Libros imprescindibles.....	1094
5.2.1.5. Creación literaria y artística.....	1096
5.2.1.6. El año universitario, científico y médico.....	1101
5.2.1.7. Conmemoraciones y homenajes.....	1103
5.2.1.8. Balance de un año.....	1110
<b>6. El Frente Popular y la guerra civil</b> .....	1115
6.1. Tiempo de reflexión.....	1117
6.1.1. La isla literaria.....	1126
6.1.2. Esperanza y temor.....	1137
6.2. La tragedia española.....	1148
6.2.1. En la «capital de la gloria».....	1152
6.2.1.1. El período miliciano.....	1155
6.2.1.2. Primer Gobierno de Largo Caballero.....	1164
6.2.1.3. Días de asedio.....	1176
6.2.2. «En aquella Valencia».....	1181
6.2.2.1. «Plomo contra plomo»: la propaganda republicana.....	1183
6.2.2.1.1. El Servicio Español de Información.....	1191

6.2.2.1.2. Artículos atribuidos .....	1195
6.2.2.1.2.1. Guerra de independencia .....	1203
6.2.2.1.2.2. La zona rebelde .....	1212
6.2.2.1.2.3. La España leal .....	1218
6.2.2.1.2.3.1. La cultura y el pueblo..	1225
6.2.2.2. Un Levante poco feliz .....	1231
6.2.3. «Huésped de las nieblas» .....	1251
6.2.3.1. «Representar a España...» .....	1255
6.2.3.2. El eslabón perdido .....	1263
6.2.3.3. <i>Preexilio</i> en Glasgow .....	1275
<b>Conclusiones</b> .....	1283
<b>Repertorios bibliográficos</b> .....	1295
1. Bibliografía primaria .....	
1.1. Libros .....	1297
1.2. Publicaciones periódicas .....	1299
2. Bibliografía secundaria .....	
2.1. Obra de Esteban Salazar Chapela en el exilio (1939-1965)	
2.1.1. Libros .....	1341
2.1.2. Publicaciones periódicas .....	1342
2.2. Libros y artículos sobre Esteban Salazar Chapela .....	1347
3. Bibliografía general .....	1355
<b>Fuentes documentales</b> .....	
1. Archivos públicos y privados .....	1437
2. Sitios web .....	1442
<b>Apéndices</b> .....	1443
I. Textos de Esteban Salazar Chapela .....	1445
II. Textos sobre Esteban Salazar Chapela .....	1475
III. Correspondencia .....	1499
<b>Índice general</b> .....	1523

## 5. El bienio negro

[Continuación]

### 5.2. Revistas literarias, políticas y culturales

Con motivo de la aparición de *Diablo mundo* y de *Leviatán* —«dos revistas significativas»: la primera, «¿liberal?»; la segunda, «socialista»<sup>453</sup>—, Salazar Chapela expresó su opinión sobre la situación en la que se encontraban las publicaciones periódicas:

No será necesario apuntar que no es España terreno propicio a revistas. En España no hay campo para otras publicaciones que no sean los diarios, lo cual quiere decir, entre otras cosas enojosas, que los españoles vivimos —en el peor sentido de la expresión— al día [...]. Vivimos entre la Prensa y el libro, sin que ese grande espacio habido entre el libro y la Prensa, o sea el propio de la revista, se pueble convenientemente. País de altibajos, país de violencias, país de cambios bruscos, hasta en su letra impresa muestra España sus pavorosos desniveles: o el libro recoleto, y en cierto modo paralítico, o la noticia diaria y volandera; a elegir.

En estas circunstancias, el escritor se congratulaba de la salida primaveral de «dos brotes. Uno, estrictamente político», *Leviatán*; «otro, político y literario a la vez», *Diablo mundo*. La primera revista no era «la continuadora de *España*», como se pretendía, «sino su desgajamiento doctrinal, por más señas socialista, llevado a cabo por Araquistáin», uno de los directores de la revista que fundara en 1915 Ortega y Gasset. «Los tiempos son muy otros», recordó Salazar Chapela, a quien le parecía que *Leviatán* era «una revista exclusivista y musculosa de doctrina, hirsuta y seca, dura y opaca»; «una embarcación típicamente marxista, a cuya clase única se acogen pasajeros de muy distinta condición»<sup>454</sup>. La divisa de *Diablo mundo*, continuó el escritor utilizando el

---

<sup>453</sup> E. Salazar y Chapela, «Dos revistas», *art. cit.*

<sup>454</sup> *Leviatán* contó con una sección titulada «Libros y revistas», luego llamada «Revista de libros», y con la colaboración de algunos escritores, como César M. Arconada o Ramón

mismo «símil naviero», era «republicana, intelectual y juvenil», aunque para evitar hostilidades —tan habituales entonces—, «nadie ha[bía] querido darle [...] su significación sintomática». Su mayor virtud, prosiguió Salazar Chapela, «consiste en ir acomodando en su seno profesores y alumnos, escritores y aficionados, creyentes y descreídos, liberales y conservadores»; esto es, «supervivientes de un naufragio». Semejante «embarcación sólo podía capitanearla un liberal (es decir, un escéptico, puesto que no hay auténtico liberalismo sin escepticismo): Corpus Barga», concluyó el escritor, que no participó en el proyecto, aunque no parece que hubiera existido ninguna razón, ni estética ni ideológica, que le impidiera hacerlo<sup>455</sup>, como sucedió en otros casos.

El más significativo lo constituye *El tiempo presente*, «Revista mensual de literatura, arte, crítica y polémica» que vio la luz en el mes de marzo de 1935. En su editorial, titulado «Nuestra llegada», los editores aludían a la difícil coyuntura en la que se encontraban los escritores. «No somos políticos... en tanto que política sea mala y baja dirección de pueblos»; «creemos que la política es política y que la literatura es literatura. Y que son funciones distintas»<sup>456</sup>. Se consideraban «escritores y pintores, y artistas, y gentes de otra realidad que la del político. Creemos que nosotros debemos escribir y pintar, y a eso nos dedicamos, y no a gobernar pueblos»<sup>457</sup>. Ahora bien, añadían, «política es toda actitud, toda resolución frente a las cosas y el

---

J. Sender (cfr. Marta Bizcarrondo, «Leviatán. Revista mensual de hechos e ideas», en *Araquistán y la crisis socialista en la II República (1934-1936)*. Madrid, Siglo XXI, 1975, pp. 217-406; y Jorge Campos, «Leviatán y la literatura (Interrogación a una revista)», *Ínsula*, Madrid, 367 (junio de 1977), p. 11). La edición facsímil de *Leviatán. Revista mensual de hechos e ideas* fue publicada en Glashütten im Taunus, Nendeln, Liechtenstein, por Verlag Detler Auvermann KG-Kraus Reprint (Biblioteca del 36, VII), en 1974.

<sup>455</sup> La revista aglutinó a «un grupo de [...] "republicanos puros y convencidos"» que «decidió hacer algo para reafirmar los principios esenciales del pensamiento republicano y para clarificar los peligros inherentes en [sic] la situación política de entonces» (Nigel Dennis, *Diablo mundo: Los intelectuales y la Segunda República. Antología, ob. cit.*, p. 10).

<sup>456</sup> «Nuestra llegada», *El tiempo presente*, Madrid, 1 (marzo de 1935), p. 12.



mundo». En ese sentido, afirmaban, «somos políticos en la medida que estamos en la calle y tenemos ojos para ver, oídos para oír, pensamiento para pensar. En la medida que somos hombres y en la medida –aun más sensible– que somos artistas». «Somos políticos cuando vemos que cierta clase de política actual del mundo –la fascista, por ejemplo– asola, allí donde llega, la cultura, y esteriliza las actividades creadoras; y mata la fecundidad y no respeta ninguno de los valores existentes».

En aquella primera entrega, donde figuraba el nombre del Comité de Redacción, integrado por César M. Arconada, Emilio Delgado y Arturo Serrano Plaja, se incluyó una relación de colaboradores de *El tiempo presente* en la que puede verse el nombre de Salazar Chapela. El escritor quizá se sintió identificado con la declaración de intenciones expuesta inicialmente, pero ni él ni la mayoría de los autores relacionados<sup>458</sup> –a excepción de los promotores de la publicación y de un reducido grupo de amigos, como Chabás, Cernuda, Lorca, Alberti, Leopoldo Panero– participaron en el proyecto<sup>459</sup>, cuya andadura finalizó tras la aparición del

<sup>457</sup> *Idem.*

<sup>458</sup> Isidoro Acebedo, Vicente Aleixandre, Manuel Altolaguirre, Luis Álvarez del Vayo, Enrique Azcoaga, Armando Bazán, Luis Buñuel, Enrique Casal Chapí, Alejandro Casona, Rosa Chacel, Carranque de Ríos, Corpus Barga, José Díaz Fernández, Enrique Díez Canedo, Antonio Espina, Ramón Feria, Rodrigo Fonseca, Ildfonso M. Gil, Ricardo Gullón, Rodolfo Halffter, Ramón Ledesma Miranda, María Teresa León, Eusabio Luengo, Max Ferrer, Eugenio Mediano Flores, Concha Méndez, Pablo Neruda, Rosario del Olmo, Antonio Olivares, Isaac Pacheco, Pérez Domenech, Miguel Pérez Ferrero, Arturo Perucho, Juan Piqueras, Pla y Beltrán, Emilio Prados, Jesús Prados, Rodríguez de la Peña, Rafael Rapún, Cipriano de Rivas Cherif, Adolfo Salazar, Pedro Salinas, Antonio Sánchez Barbudo, José Luis Sánchez Trincado, Guillermo de Torre, Eduardo Ugarte, Rafael Vázquez Zamora y Manuel Villegas López (cfr. «Algunos colaboradores españoles de *El tiempo presente*», *El tiempo presente*, Madrid, 1 (marzo de 1935), p. 2).

<sup>459</sup> Sin reparar en ello, Víctor Fuentes se refiere al mencionado anuncio, que denomina «lista de escritores "libres"», para dar por realizada la participación de estos escritores –también la de Salazar Chapela– en *Tiempo presente* (cfr. Víctor Fuentes, *La marcha al pueblo en las letras españolas, 1917-1936*, ob. cit., p. 60, n. 27; y «La creación de un nuevo bloque intelectual-moral: intelectuales y pueblo», en *Literatura y compromiso político en los años 30. Homenaje al poeta Juan Gil-Albert*. Exposición, organizada por la Diputación Provincial de Valencia, celebrada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid en noviembre y diciembre de 1984. Valencia, Diputación Provincial, 1984, p. 90, n. 29). Del

segundo número, donde se anunció la preparación de una encuesta cuyos resultados serían difundidos en la próxima entrega. Las respuestas a la pregunta «desde el punto de vista de la cultura, ¿qué opinión tiene usted sobre el fascismo?»<sup>460</sup>, no llegaron a ver la luz.

Salazar Chapela tampoco colaboró en *Línea*, «Publicación quincenal de hechos sociales» dirigida por Julio Just que inició su andadura el 29 de octubre de 1935. Hasta su despedida, que tuvo lugar el 14 de febrero de 1936, justo antes de que se celebraran las elecciones que dieron el triunfo al Frente Popular, a favor del cual se hizo una fervorosa campaña en el último número, el séptimo<sup>461</sup>, el periódico acogió las firmas de Carranque de Ríos, Luis Lacasa, Roberto Castrovido, Antonio Espina, Arturo Serrano Plaja, César M. Arconada, Benjamín Jarnés, Enrique Azcoaga, Miguel Hernández, Gabriel García Maroto, José Díaz Fernández, Isaac Pacheco, Isabel de Palencia, Dolores Ibarruri, María Teresa León, Rafael Alberti, Gustavo Pittaluga y José Bergamín, entre otros<sup>462</sup>.

citado libro de Víctor Fuentes pudo tomar esta información errónea Begoña Ripoll Martínez, quien afirma también que Salazar Chapela escribió para «*Tiempo presente*» (cfr. *La Gaceta Literaria y la literatura española en la década de los 20*. Memoria de Licenciatura dirigida por Guillermo Carnero, Universidad de Alicante, 1985. Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1988, p. 485).

<sup>460</sup> *El tiempo presente*, Madrid, 2 (abril-mayo de 1935), p. 13.

<sup>461</sup> En el primer editorial, los promotores de la publicación afirmaron que no se trataba del «periódico de un partido político, como tampoco es el órgano de una sindical obrera». Pretendían «estar dentro de la realidad para seguir lo actual muy de cerca, modestamente y con precisión», y se dirigían «a todos los escritores, periodistas y artistas liberales que no estén dispuestos a callar» («Editorial», *Línea*, Madrid, 1 (29 de octubre de 1935), p. 1).

<sup>462</sup> Como sucedió en *El tiempo presente*, revista de la que puede considerarse continuadora, *Línea* publicó en su primer número una relación de futuros participantes en el proyecto, listado en el que figuran, además de los nombres citados, los de Manuel Altolaguirre, Eduardo Barriobero, Luis Buñuel, Josefina Carabias, Juan Chabás, Luis Cernuda, Francisco Cruz Salido, León Felipe, Pedro Garfias, Federico García Lorca, Antonio Machado, Juan Negrín, Pablo Neruda, Miguel Pérez Ferrero y Julián Zuzagagoitia, entre otros (cfr. «Los amigos y colaboradores de *Línea*», *Línea*, Madrid, 1 (29 de octubre de 1935), p. 1). «Desde el número 2, *Línea* publicó por entregas el relato colectivo "Suma y sigue o el cuento de nunca acabar. Novela picaresca de nuestros días», escrita por Julio Just, César M. Arconada, Francisco Cruz Salido, Raúl González Tuñón, Alardo Prats, Miguel Pérez Ferrero y Ramón J. Sender (cfr. José Domingo Dueñas Lorente,

Muy próximo a las redacciones de revistas menos comprometidas, como *Ciudad y Eco*, creadas ambas en 1933, Salazar Chapela prefirió no figurar entre los colaboradores de las mismas. La primera —«Revista de Madrid para toda España» que dirigió Víctor de la Serna y de la que fue secretario de redacción Eduardo Blanco Amor— contó con la participación de Manuel Abril, José María Alfaro, Enrique Azcoaga, Alejandro Casona, Carmen Conde, José Díaz Fernández, Federico García Lorca, Benjamín Jarnés, Antonio de Obregón, Miguel Pérez Ferrero y Carranque de Ríos, entre otros<sup>463</sup>. Su participación en *Eco*. «Revista de España», mencionada en alguna ocasión<sup>464</sup>, no ha podido ser confirmada<sup>465</sup>. La publicación dirigida por Rafael Vázquez Zamora, no era, según se firmó en su número IX, una «revista de minorías ni de vanguardias, sino de todos y para todos»; una «revista total de cultura española» que pretendía «representar el criterio de una juventud [...] que ha dejado de juzgar el arte como práctica de un virtuosismo insustancial ajeno a los aspectos humanos, como divertida "peripecia" y ocioso deporte, para considerarlo empresa del espíritu y viaje el más grave y arriesgado de la mente y del corazón»<sup>466</sup>. En ella colaboraron

Ramón J. Sender. *Periodismo y compromiso (1924-1939)*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses (Colección de Estudios Altoaragoneses, 40), 1994, p. 351).

<sup>463</sup> Cfr. Juan Manuel Bonet, *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)*, ob. cit., p. 163. Luis Romero Porras recordó, a la muerte de Salazar Chapela, que en abril de 1935 lo visitó en Madrid. «Al recitarle yo mi *Cenachero*», escribió, «se lo llevó a nuestro genial paisano Paco Sancha para que, con un dibujo especial suyo para mi romance, lo publicara en la revista *Ciudad*» (Luis Romero Porras, «Esteban Salazar Chapela. Nota biográfica», *Caracola*, Málaga, 155 (septiembre de 1965), p. 29).

<sup>464</sup> Cfr. Juan Manuel Bonet, *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)*, ob. cit., p. 213 y Manuel Ruiz-Funes Fernández, en Juan Guerrero Ruiz, *Juan Ramón de viva voz (Texto completo). Volumen II (1932-1936)*, ob. cit., p. 274, n. 5.

<sup>465</sup> La colección completa, al parecer compuesta por doce números, no se conserva en ningún centro de documentación, por lo que sólo nos ha sido posible consultar los números sueltos de los que disponen la Hemeroteca Municipal de Madrid, la Biblioteca Nacional, y la Residencia de Estudiantes.

<sup>466</sup> *Eco*, Madrid, año II, IX (octubre de 1934), p. 1. Los editores de la zaragozana *Noreste* anunciaron la aparición del número 10 de *Eco*, correspondiente al verano de 1935, afirmando que se trataba de una «revista al servicio de una editorial madrileña», aunque no mencionaban la empresa a la que se referían («Revistas», *Noreste*, Zaragoza, año IV, 12

Alejandro Casona, Carmen Conde, Benjamín Jarnés, Melchor Fernández Almagro, Antonio de Obregón, Miguel Pérez Ferrero y Guillermo de Torre, entre otros escritores. Carlos y Pedro Caba publicaron en sus páginas una reflexión sobre la evolución de la literatura en los últimos años en la que declararon finalizada la estética basada en el «ingenio de rizar frases y elaborar imágenes»<sup>467</sup>. Había que ir a «una estética de este momento, impregnada de las esencias humanas que nos son sustanciales»<sup>468</sup>, teniendo en cuenta que no era conveniente hacer «ni arte de "masas" ni arte de "minorías"; porque destinar el arte "para" una clase, ancha o angosta, egregia o multitudinaria, es castrarlo, con una tara de limitación original, de sus mejores impulsos». Así pensaba también Salazar Chapela, a quien, como ha sido dicho, le producía un gran desasosiego la situación en la que se encontraban la literatura y las publicaciones periódicas en España.

Lógicamente, también las páginas literarias de los periódicos se vieron afectadas por las circunstancias. Salazar Chapela regresó a las de *El Sol* en el verano de 1934, pero su firma sólo se mantuvo en ellas durante un mes. En ese tiempo publicó ocho artículos sobre algunas biografías<sup>469</sup> y tres

---

(otoño de 1935), s.p.). En su revisión de las publicaciones periódicas de aquellos años, Rebeca Jowers la considera «una de las revistas literarias más completas de ese periodo. Su contenido de creación era menor del que presentaba *Frente Literario* y *Hoja Literaria*, limitándose a varios cuentos y a algunas poesías. En cambio, su contenido crítico era extenso; mostraba especial atención por la literatura europea e incluía una sección dedicada a recuperar una serie de escritores olvidados. La información bibliográfica aportada por *Eco* era muy amplia» («Las revistas literarias», *Revista de Occidente*, Madrid, extraordinario publicado con motivo de la celebración del 50 aniversario de la proclamación de la Segunda República Española, 7-8 (noviembre de 1981), p. 144).

<sup>467</sup> Carlos y Pedro Caba, «La rehumanización del Arte», *Eco*, Madrid, año II, IX (octubre de 1934), p. 2.

<sup>468</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>469</sup> E. S. y Ch., «Biografía. Maurois, André: *Voltaire*» (*El Sol*, Madrid (27 de junio de 1934), p. 7); «Biografías. Zweig, Stefan: *La lucha contra el demonio*» (*El Sol*, Madrid (13 de julio de 1934), p. 2); «Biografía. Bermúdez de Castro, Luis: *Bobes, o el León de Los Llanos*» (*El Sol*, Madrid (17 de julio de 1934), p. 9); «Biografía. Agustín de Figueroa: *La condesa de Merlín, mujer del romanticismo*» (*El Sol*, Madrid (26 de julio de 1934), p. 2).

volúmenes de ensayos<sup>470</sup>, únicos géneros que parecía dispuesto a comentar en aquellos momentos.

De todas las reseñas preparadas para el periódico de la mañana, la que el escritor redactó con mayor interés fue la consagrada a valorar los discursos políticos de Manuel Azaña. En las palabras preliminares —«un prólogo que nos recuerda, según es de perfecto en su estilo, las mejores páginas de *El jardín de los frailes y Plumas y palabras*», escribía Salazar Chapela<sup>471</sup>—, el líder de Izquierda Republicana «justifica la recopilación de estos discursos, a la par que se hacen interesantes apreciaciones sobre la política y la oratoria política», consideraciones que, confesaba el crítico, «son las que más vivamente nos atraen, en cuanto somos de momento comentaristas de discursos políticos». Tras resumir el contenido de los dos tomos —«no hablemos de criticar, o sea de juzgar; el juez se coloca de antemano en la postura que menos nos compete: la pedante por antonomasia», advertía Salazar Chapela—, consideró que no era ocioso decir

que son estas alocuciones, junto con la política que representan, las que han desencadenado más pasión en España. De la trascendencia de tales oraciones en su momento y en el presente júzguese por el hecho de que toda la política que se hace rueda a favor de ellas o contra ellas; para juzgar de su importancia en el futuro bastará aguardar. El porvenir duerme —ya lo decían los griegos deliciosamente— en las rodillas de los dioses.

Un mes después de que viera la luz en *El Sol*, esta misma reseña, a la que se refirió Domenchina en el artículo que consagró al comentario de *En el poder y en la oposición*<sup>472</sup>, apareció publicada también en el bonaerense *Noticiero*

---

<sup>470</sup> E. S. y Ch., «Ensayos. Simmel, Jorge: *Cultura femenina*» (*El Sol*, Madrid (5 de julio de 1934), p. 7); «Oratoria. Los discursos internacionales de Salvador de Madariaga» (*El Sol*, Madrid (15 de julio de 1934), p. 5); «Oratoria. Azaña, Manuel: *En el Poder y en la oposición*» (*El Sol*, Madrid (20 de julio de 1934), p. 2).

<sup>471</sup> E. S. y Ch., «Oratoria. Azaña, Manuel: *En el Poder y en la oposición*», art. cit.

<sup>472</sup> Domenchina destacó unas palabras de su compañero en las columnas de *La Voz* con la que no podía sino estar de acuerdo: «Salazar Chapela subraya un hecho inconcuso [*sic*]: "Toda la política española actual —dice— gira en torno a Manuel Azaña". He aquí una

*Español*, del que era corresponsal, desde su regreso a España en mayo de 1934, José Venegas<sup>473</sup>.

Salazar Chapela se refirió asimismo a la entrada de Pío Baroja en la Real Academia, por lo que esta institución «se favorece a sí misma igualmente que hubo de favorecerse en las ocasiones en que fueron elegidos académicos Azorín, Pérez de Ayala, Benavente, Machado y Unamuno»<sup>474</sup>. «¿Y Baroja? ¿Queda favorecido Baroja?», se preguntó el escritor, consciente de que «la Academia nada le agrega a la obra de un escritor». En cualquier caso, se alegraba de la decisión: «Elegir a Baroja es elegir al anarquista de las maneras literarias. Elegir al anarquista literario es elegir al espontáneo. Y elegir a los grandes espontáneos es hacer justicia, aunque sólo sea académica, a lo más genuino, a lo más castizo de este país enconado o indiferente».

### 5.2.1. *Almanaque literario 1935*

Salazar Chapela, Guillermo de Torre y Miguel Pérez Ferrero, antiguos compañeros en *La Gaceta Literaria* —a la sazón colaboradores habituales de la prensa madrileña<sup>475</sup>—, pudieron ver en los almanaques literarios una buena alternativa a la difícil coyuntura que vivían las revistas literarias y culturales. El género, de gran tradición, «había pasado por un período de languidez»<sup>476</sup>

verdad clamorosa» (Juan José Domenchina, *Crónicas de Gerardo Rivera (Libros y autores)*. Madrid, Aguilar Editor, 1935, p. 172).

<sup>473</sup> Cfr. José Venegas, *Andanzas y recuerdos de España*. Montevideo, Feria del Libro, 1943, pp. 114 y 212.

<sup>474</sup> E. S. y Ch., «Varia. Baroja, en la Academia», *El Sol*, Madrid (19 de junio de 1934), p. 5.

<sup>475</sup> Mientras Salazar Chapela publicaba sus «Improntas» en *La Voz*, Pérez Ferrero trabajaba como crítico literario en *Heraldo de Madrid*, la misma labor que ocupó a Guillermo de Torre en *Diario de Madrid* desde 1934. El autor de *Literaturas europeas de vanguardia* recibiría el premio de la Cámara del Libro por las críticas bibliográficas publicadas en ese periódico, según se afirma en *Revista Hispánica Moderna* (New York, II, 1 (octubre de 1935), p. 38).

<sup>476</sup> César Antonio Molina, *Medio siglo de Prensa literaria española (1900-1950)*. Madrid, Ediciones Endymion (Textos Universitarios), 1990, p. 28.

hasta la publicación del *Almanaque de las artes y las letras para 1928*, ordenado por Gabriel García Maroto y prologado por Giménez Caballero. Si este volumen resultó «básico para entender la trama de los años veinte, tal como se veía desde la capital de España, y desde la vecindad de *La Gaceta Literaria*»<sup>477</sup>, *El acabóse del año nuevo de 1934* (1933) y *El aviso de escarmentados del año que acaba y escarmiento de avisados para el que empieza de 1935* (1934), dirigidos por José Bergamín y editados por Cruz y Raya<sup>478</sup>, dan cuenta de la diversidad estética e ideológica que presidió la década siguiente<sup>479</sup>.

Con intención integradora nació el *Almanaque literario 1935*, publicado en enero de ese año<sup>480</sup>. Según Eduardo Blanco Amor, autor de una de los numerosos anuncios y reseñas que vieron la luz tras su aparición<sup>481</sup>, los

---

<sup>477</sup> Juan Manuel Bonet, *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)*, ob. cit., p. 42.

<sup>478</sup> En el primero colaboraron Jorge Guillén, Quiroga Pla y Pedro Salinas, entre otros. Las firmas de Ramón Gómez de la Serna, Juan Larrea, Pablo Neruda y Unamuno fueron algunas de las que pudieron verse en el segundo. *El aviso de escarmentados del año que acaba y escarmiento de avisados para el que empieza de 1935* cuenta con edición facsímil publicada en Glashütten im Taunus, Nendeln, Liechtenstein, por Verlag Detler Auvermann KG-Kraus Reprint (Biblioteca del 36. Revistas literarias de la Segunda República Española, IV), en 1974.

<sup>479</sup> También el periódico *El Sol* publicó un «Número calendario» en enero de 1934, un volumen encuadernado de 144 páginas en el que se incluyeron resúmenes de todas las actividades llevadas a cabo durante 1933. El tomo, que fue muy bien acogido por los lectores y por la crítica, contiene colaboraciones de Unamuno, Jarnés, Ramón Gómez de la Serna, Lino Novás Calvo, Pedro Murlane Michelena, José María Alfaro, Lorenzo Luzuriaga, Melchor Fernández Almagro y Adolfo Salazar, entre otros (cfr. «Número calendario de *El Sol*», *El Sol*, Madrid (2 de enero de 1934), p. 10; y ««El número calendario de *El Sol*», *El Sol*, Madrid (16 de enero de 1934), p. 10).

<sup>480</sup> El volumen vio la luz el sábado 26 de enero de 1935, tal y como se advierte en el anuncio insertado en *El Sol* que apareció publicado un día antes (p. 2). El 26 de diciembre de 1934, el periódico madrileño incluyó una nota, publicada también en la segunda página —dedicada a los libros—, en la que se comunicaba que el *Almanaque literario 1935* aparecería el 1 de enero. En ella se resumía el contenido del volumen y se consignaban unos cuantos nombres de los colaboradores del mismo, algunos de los cuales, como es el caso de Ortega y Gasset, Unamuno o Rafael Alberti, no participaron finalmente en el proyecto.

<sup>481</sup> *El tiempo presente* (Madrid, 1 (marzo de 1935), p. 16) incluyó una pequeña nota en su sección «Índice de revistas» en la que podemos leer: «*Almanaque Literario*. Bajo la dirección eficaz e inteligente de M. Pérez Ferrero, Guillermo de Torre y E. Salazar

editores, «tres cumplidos buscones», se reunieron «una tarde en un café y determinaron entrar en los doce tinglados, hangares y cobertizos de los pasados meses, para levantar el inventario y asentar el *stock* de todo cuanto había ido dejando allí el año literario»<sup>482</sup>. Ese café fue, con toda probabilidad, el Lyon, donde tenían su asiento varias tertulias. A la de Salazar Chapela acudió regularmente, durante 1934, Guillermo de Torre. Pérez Ferrero —«a quien algunos llamaban "Pérez Féretro"»<sup>483</sup>— frecuentaba el local para reunirse con la peña del «banco azul», así denominada «porque cuando se proclamó la República la mitad de los contertulios pasaron a ocupar cargos de subsecretarios y directores generales»<sup>484</sup>. Es de suponer, por tanto, que no existía en aquellos momentos demasiada proximidad entre Pérez Ferrero y sus futuros compañeros en la edición del almanaque<sup>485</sup>. Se trataba, como

---

Chapela, se ha publicado el *Almanaque literario de 1934*. Por falta de espacio, dejamos para otro número el comentario». La desaparición de la revista impidió que éste llegar a ver la luz.

<sup>482</sup> E[duardo] B[lanco] A[mor], «*Almanaque literario 1935*. Editorial Plutarco», *Ciudad*, Madrid, 9 (20 de febrero de 1935), s.p.

<sup>483</sup> Isabel García Lorca, *Recuerdos míos*. Edición de Ana Gurruchaga. Prólogo de Claudio Guillén. Barcelona, Tusquets Editores (Tiempo de memoria, 23), 2002, p. 183.

<sup>484</sup> «Tertulias literarias», en *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 180. La reunión «tiene su base en la amistad y no en el interés profesional. Abogados, escritores, arquitectos, médicos, ingenieros, aviadores... A ella acudía consecuentemente el torero y conversador inolvidable Ignacio Sánchez Mejías», además de Bergamín, Ramón Pastor, Antonio Sacristán, Luis Lamana, Fernández Almagro, el doctor Oliver, Justino de Azcárate, Pedro Burgos y José María de Cossío, entre otros (*ibidem*, pp. 180-181).

<sup>485</sup> En la carta que Guillermo de Torre remitió desde Buenos Aires a Carmen Conde y a su marido el 20 de abril de 1934, pocos meses antes de iniciarse los preparativos del nuevo volumen, el crítico escribe: «Hablé con Ferrero de Carmen. Parece ser que todo fue un malentendido. Por lo menos, él me ha dicho que de aquello no queda ni huella, y que verá y comentará el libro con mucho gusto. (Yo también estuve distanciado de él por una porquería que me hizo después de haberme lamido los talones en tiempos de la *Gaceta*. Pero ahora lo tengo muy afable. Quizá ha comprendido que esto le convenía más» (Caridad Fernández Hernández, «Correspondencia del archivo Carmen Conde-Antonio Oliver», *Monteagudo. Revista del Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura de la Universidad de Murcia*, Murcia, 3ª época, 3, *Epistolarios y Literatura del siglo XX* (1998), p. 100). La correspondencia que mantuvieron Salazar Chapela y Guillermo de Torre a lo largo de varias décadas revela que la relación entre ambos fue siempre cordial y de mutuo respeto. En alguna de esas cartas podemos encontrar referencias a la opinión que le merecía Pérez Ferrero al primero, aunque no se refiera concretamente a los tiempos que nos ocupan. En la remitida el 13 de febrero de 1938, Salazar Chapela comenta un artículo



afirmó el anónimo reseñista de *El Sol*, de escritores «muy distintos por su abolengo, por sus tendencias y por sus gustos»<sup>486</sup>, cosa que, lejos de ser un inconveniente, el autor –sin duda muy conocido de los editores– consideraba que era una ventaja. «Celebremos que haya entre los tres autores», escribió, «más diferencias que analogías y que cada uno de ellos se distinga de los demás en el tono, en el temple y en el ajuste de la elocución propia». «Lo que los une a los tres», afirmó el articulista del periódico de la mañana, «es la vocación por las letras, que es irrenunciable, y el entusiasmo por el espíritu. Los tres se han ligado, con vela de armas y prestación de votos, a un oficio que es también milicia y regla monástica».

Los tres no tenían, sin embargo, la misma proyección pública, cosa que sin duda se tuvo en cuenta a la hora de consignar sus nombres, que no fueron ordenados alfabéticamente, como editores de la obra. En primer lugar aparece Guillermo de Torre, el que contaba con mayor prestigio; Pérez Ferrero podía ser, por su condición de director del suplemento literario de *Heraldo de Madrid*, el más conocido del público y el que mayores y tal vez mejores contactos podía establecer entonces. A él pudo deberse que la editorial Plutarco –de la que había sido director y tal vez seguía siéndolo, tras

---

de Pérez Ferrero publicado en *La Nación*, de Buenos Aires: «Me ha producido una impresión penosísima, pues aparte el concepto mental que uno pudiera tener de este amigo, le tenía por honrado. Se ve que los tontos, a fuerza de tontería, esconden maravillosamente al sinvergüenza» (ms. 22830-10 (22), BN). Tampoco era muy bueno el concepto que tenía de él Juan Ramón Jiménez, cosa por otra parte nada significativa, dadas las muchas fobias que sentía el poeta de Moguer. Sin embargo, en este caso, su parecer confirma la escasa consideración intelectual que se le tenía al entonces crítico del *Heraldo de Madrid* (cfr. Juan Guerrero Ruiz, *Juan Ramón de viva voz (Texto completo). Volumen II (1932-1936)*, ob. cit., p. 318, 330 y 331).

<sup>486</sup> «Torre, Guillermo de; Pérez Ferrero, Miguel; Salazar y Chapela, Esteban: *Almanaque literario de 1935*», *El Sol*, Madrid (2 de febrero de 1935), p. 2. Diez días después de la aparición de esta reseña, el periódico dedicó su sección «Autores del día», incluida en la página de libros, al recién aparecido almanaque. En ella puede verse una caricatura de los tres editores firmada por Fuente y el siguiente pie: «Don Guillermo de Torre, D. Miguel Pérez Ferrero y D. Esteban Salazar y Chapela, autores del *Almanaque literario para 1935*» (*El Sol*, Madrid (12 de febrero de 1935), p. 2).

haber trabajado en Calpe, Luis Alberti, tío del poeta gaditano<sup>487</sup>, se hiciera cargo de la publicación. Por lo que se refiere a Salazar Chapela, el escritor aportaba al equipo, además de otros méritos, su experiencia en la CIAP<sup>488</sup>.

Los editores empezaron a trabajar contando con la imprescindible colaboración de sus compañeros de profesión, no en vano el almanaque fue concebido como «una obra de literatura y de compañerismo»<sup>489</sup>, por lo que ni siquiera se pudo asegurar la retribución a los futuros colaboradores<sup>490</sup>, a los que se les pidió, algo apresuradamente, que elaboraran sus textos: «Estamos preparando con toda rapidez», escribían De Torre y Pérez Ferrero en la carta citada, «un libro titulado *Almanaque literario* que comprenderá no menos de 250 páginas, en 4º, numerosas ilustradas, donde han de recogerse todas las manifestaciones intelectuales y artísticas del año en curso»<sup>491</sup>. A Jarnés le encomendaron la redacción de un artículo en homenaje a Gómez de Baquero, colaboración que podía «tener una extensión de ocho a diez cuartillas a máquina, a dos espacios» y en la que deberían «recogerse [...] todas las manifestaciones concernientes a ese tema con la mayor amplitud y objetividad, teniendo en cuenta que el año literario de nuestro *Almanaque*

---

<sup>487</sup> Cfr. Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libros I y II de memorias*. Barcelona, Editorial Seix-Barral (Biblioteca breve, 380), 1975, pp. 160 y 281.

<sup>488</sup> Esa casa editora había publicado en 1931 *Almanaque. Escolios del año*, de José Francés, cuyos artículos aparecidos en *La Esfera*, donde firmó con el seudónimo de *Silvio Lago*, habían sido reproducidos en los volúmenes titulados *El año artístico*, publicados entre 1915 y 1926. Estos libros constituyen «un importante documento de época» (Juan Manuel Bonet, *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)*, ob. cit., p. 256) y tal vez también un antecedente de una parte del contenido del *Almanaque literario 1935*.

<sup>489</sup> Carta de Guillermo de Torre y de Miguel Pérez Ferrero a Benjamín Jarnés fechada en Madrid el 10 de octubre de 1934 (Benjamín Jarnés, *Epistolario, 1919-1939 y Cuadernos íntimos*, ob. cit., p. 160). Esta carta mecanografiada, anotan los editores del volumen, «tiene carácter de circular a los colaboradores del *Almanaque*, de ahí su tono impersonal» (*ibidem*, p. 159, n. 154).

<sup>490</sup> «Es propósito de los redactores del *Almanaque* retribuir todas las colaboraciones. Pero [...] hemos de aplazar el fijar la cantidad hasta liquidar los primeros ingresos de la venta y publicidad, cuyo producto neto será prorrateado entre todos los redactores del *Almanaque*» (*ibidem*, p. 160).

<sup>491</sup> *Ibidem*, pp. 159-160.

abarca desde el 1 de noviembre de 1933 a[1] 1 de noviembre de 1934»<sup>492</sup>. Los editores le rogaban asimismo que, de ser posible, acompañara «a su artículo reproducciones, dibujos, cubiertas, cabezas de escritores, etc.»<sup>493</sup>, y le informaban de que «el plazo último para el envío de dicho original a nuestra oficina es el de 10 de noviembre»<sup>494</sup>. Pocos días después, De Torre escribía de nuevo a Jarnés comunicándole que en carta aparte recibiría «más detalles sobre el encargo»<sup>495</sup>. También le adjuntaba dos de las encuestas que estaban preparando «a fin de que respondas (antes del 1 de noviembre) a la que más te plazca»<sup>496</sup>.

Si todos los colaboradores cumplieron con lo establecido, el *Almanaque literario 1935* se preparó en poco más de un mes, por lo que no es de extrañar que poblaran sus páginas incontables errores, algunos de los cuales fueron subsanados en la «Antología de erratas» que se incluyó al final del volumen. «Por causas no imputables a los compiladores, y dada la premura con que ha debido ser impreso este libro, se han deslizado numerosas erratas en su texto», advertían los editores, que se limitaron «a salvar las esenciales», encomendándose «para las restantes a la cultura y la buena voluntad del lector»<sup>497</sup>. Este fue, precisamente, el reproche más reiterado que pudo leerse en los comentarios que suscitó la aparición del volumen<sup>498</sup>,

---

<sup>492</sup> *Ibidem*, p. 160.

<sup>493</sup> *Idem*.

<sup>494</sup> *Idem*.

<sup>495</sup> Carta de Guillermo de Torre a Benjamín Jarnés fechada en Madrid el 16 de octubre de 1934 (*ibidem*, p. 161).

<sup>496</sup> *Idem*.

<sup>497</sup> «Antología de erratas», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 302.

<sup>498</sup> Juan José Domenchina, a cuyo apellido le faltó una «n» en la página 181, fue uno de los reseñistas del almanaque –y colaborador del mismo también– que se quejó públicamente de estos desaciertos tipográficos. Si para él, «hoy por hoy, merecen un voto de gracias los compiladores, el dibujante Santa Cruz y la editorial Plutarco», también enviaba «uno de censura –¡absoluto!– el corrector de pruebas». Porque «la módica "Antología de erratas" que incluye al final del libro el consternado y resignado "humor" de sus jóvenes "animadores" apenas salva un uno por mil de las innúmeras –evidentes o vergonzantes– que se exhiben o se disimulan a lo largo de todo el volumen» (*Gerardo*

reseñas muy elogiosas que fueron escritas, en muchos casos, por colaboradores de la obra, hecho que obviamente les resta valor<sup>499</sup>, aunque no es menos cierto que, transcurrido el tiempo, el *Almanaque literario 1935* y el que preparara en 1928 Gabriel García Maroto han sido considerados los dos «almanaques más importantes que se publican en la década de los 20 y 30»<sup>500</sup>, razón suficiente para que el editado por De Torre, Pérez Ferrero y Salazar Chapela sea objeto de estudio y cuente con una reedición, como propuso hace unos años Mechthild Albert<sup>501</sup>.

### 5.2.1.1. «Un libro de afirmación literaria»

Bajo este título expusieron Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero y Esteban Salazar Chapela los propósitos que les habían movido a editar un volumen que, según afirmaban, llevaban mucho tiempo imaginando:

Siempre habíamos pensado que nuestra vida intelectual no estaría completa —es una manera de decir, puesto que le faltan tantas cosas...— hasta que no contásemos con un libro que fuese el registro del año y, al mismo tiempo, la revista extraordinaria, el vario magazine, la gran explanada por donde desfilasen todas las figuras, se barajasen todos los nombres y se puntualizaran todas las realizaciones acontecidas en doce meses<sup>502</sup>.

---

Rivera, «Literatura. *Almanaque literario 1935*», *La Voz*, Madrid (31 de enero de 1935), p. 1).

<sup>499</sup> Víctor de la Serna, director de *Ciudad* anunció así la aparición del volumen: «Ha salido a la luz esta semana el *Almanaque Literario* que editan Guillermo de Torre, Miguel P. Ferrero y E. Salazar Chapela. Buen viento le dé el Señor. Todos en él pusimos nuestras manos. Y salvo lo que tocaron las pecadoras que trazan estas líneas, todo el libro es interesante, y no habrá mesita de lectura íntima en ningún lugar de buen tono espiritual donde el Almanaque no se halle» («La semana», *Ciudad*, Madrid, 6 (30 de enero de 1935), s.p.).

<sup>500</sup> César Antonio Molina, *Medio siglo de Prensa literaria española (1900-1950)*, ob. cit., p. 133.

<sup>501</sup> Cfr. Mechthild Albert, «La prosa narrativa de vanguardia y su viraje político», en Harald Wentzlaff-Eggebert, *Nuevos caminos en la investigación de los años 20 en España*. Tübingen, Niemeyer (Beihefte zur Iberoromania, 14), 1998, p. 126.

<sup>502</sup> «Un libro de afirmación literaria», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 5.

Para emprender dicha labor, los editores no contaban, según declararon, «con otro mérito o representación que la que pueda darnos nuestra condición de escritores militantes, de críticos o comentaristas aplicados desde hace años –por devoción gustosa y obligación profesional– a seguir la vida literaria desde periódicos y revistas». Su intención era impulsar una idea para cuyo desarrollo daban por hecho que no les iba a faltar «la asistencia leal, la colaboración desinteresada de todos los maestros, compañeros y amigos acordes con nuestro proyecto *almanquista*», aunque las circunstancias no eran todo lo favorables que hubieran deseado. «Se nos argüirá, probablemente, por los mal encarados, los derrotistas literarios, los confusionistas politiqueros de siempre –aumentados en estos últimos años en proporciones lamentables– que el momento no es propicio para convocar la asamblea de espíritus a que equivale este libro» (p. 6), advertían, pero esos posibles reparos no parecía importarles. Su postura era firme: «Francamente, ya estamos hastiados de tales cantilenas amargas y creemos que ha llegado el momento de superarlas y darlas por vencidas, concluyendo, a la vez, con la beligerancia mansamente otorgada a quienes propalan aquéllas, con la desatención por los libros, con el hibridismo politoliterario y con el estado de desánimo intelectual que tales confusiones y excesos han llegado a engendrar».

El volumen se proyectó, por tanto, como «un acto de afirmación literaria». «No le guía otra intención», escribió el autor de la reseña que publicó *Gaceta de arte*, «que remover el ambiente nacional, retirado estos últimos tiempos de toda actividad literaria»<sup>503</sup>. Los editores pretendían

---

<sup>503</sup> «Almanaques. *Almanaque literario 1935*. Madrid (Publicado por Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero y E. Salazar y Chapela)», *Gaceta de arte. Revista internacional de cultura*, Tenerife, año 4, 33 (enero-febrero de 1935), p. 2. Rafael Vázquez Zamora, por su parte, afirmó que «estaba haciendo falta un Almanaque literario en España, pues él ha de ser como una inyección que reanime a nuestra postrada vida editorial». De hecho, añadió, «esta saludable reacción se ha notado ya en el mismo hecho de la rapidísima

resucitar la vida literaria –en su mejor acepción–, estimular y satisfacer la apetencia curiosa de los lectores, restaurar la primacía de las inquietudes intelectuales. De ahí el carácter eminentemente crítico e informativo que hemos dado a nuestro *Almanaque Literario*. De ahí también la amplitud de sus páginas, estiradas en todas sus dimensiones. Hemos querido hacer un libro de la totalidad de las letras españolas<sup>504</sup>,

por lo que dieron cuenta «tanto de la producción literaria y artística española en el año pasado, como de otras varias actividades culturales», señaló el anónimo redactor de la reseña que publicó *Índice literario*<sup>505</sup>. El *Almanaque literario 1935* había sido concebido, en efecto, «con toda amplitud y la máxima generosidad, inspirado en el único deseo de servir a las Letras y a cuantos viven en su culto, ya que no –habidas las circunstancias española– enteramente de su culto...»<sup>506</sup>.

De acuerdo con sus intenciones, los editores habían actuado

con la mayor independencia, sin conexión con los intereses determinados de ninguna empresa editorial o publicitaria, según podrá observar por sí mismo el lector a poco que se interne en sus páginas. No hemos sacrificado nada a nada. Ni siquiera a la falsa amenidad o pintoresquismo de que se resienten otros libros de esta clase. La amenidad de nuestro *Almanaque literario* reside en su movilidad, en su multiplicidad de secciones, en la variedad de sus colaboradores (pp. 6-7)<sup>507</sup>.

Éstos eran el mayor orgullo de los editores. La respuesta a la convocatoria realizada había llegado «en un grado tal que sobrepasa nuestras esperanzas y

---

y agotadora venta que está teniendo el *Almanaque*» (R. V. Z., «*Almanaque literario 1935*», *Eco*, Madrid, X (marzo de 1935), s.p.).

<sup>504</sup> «Un libro de afirmación literaria», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 6.

<sup>505</sup> «Torre (Guillermo de), Pérez Ferrero (Miguel), Salazar y Chapela (E.), *Almanaque literario 1935*», *Índice Literario. Archivos de Literatura Contemporánea*, Madrid, año IV, I (enero de 1935), p. 17.

<sup>506</sup> «Un libro de afirmación literaria», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 5.

<sup>507</sup> En efecto, aunque en un principio contaron con la posibilidad de insertar anuncios en sus páginas, tal y como se desprende del contenido de la carta que remitieron a Jarnés, a la que nos hemos referido en páginas precedentes, el volumen no incluyó finalmente

nos obliga a la más rendida gratitud» (p. 5), confesaron. En efecto, fueron más de cincuenta las firmas que colaboraron en el volumen<sup>508</sup>, sin contar las de los participantes en las encuestas y los ilustradores. Los editores veían así cumplidos sus propósitos: «Por una vez –nos dijimos– vamos a reunirnos todos, a contar con todos, sin exclusiones ni sectarismos, sin distinciones de edades ni tendencias. Es, pues, el nuestro –reconózcansen la nobleza y prioridad del propósito– el primer intento de agrupar en un bloque a toda la gente de letras, borrando diferencias y aniquilando distancias en esta especie de fiesta»<sup>509</sup>. El esfuerzo realizado no fue bien valorado por todos. El reseñista de *El Sol* creía que se había «convocado a todos o casi todos los escritores de España en una como fiesta final del año», y que, «para conseguirlo» se habían «multiplicado los talentos de la persuasión y los ardides de la convivencia». «Ha habido que conciliar temperamentos que chocan entre sí opiniones más que divergentes», afirmó al parecer con conocimiento de causa. «Pero ahí están juntos, como en un torneo o en una escaramuza de todos contra todos y hasta contra sí mismos, los escritores más probados de España», aseguró antes de recordar que «en esta diversidad residen siempre la fuerza y la gracia de un *Almanaque*»<sup>510</sup>. Juan José Domenchina y Eduardo Blanco Amor se mostraron menos conformes con los resultados obtenidos. El primero consideró que «la probidad de los meticulosos matemáticos ajustadores de esta tabla no osó prescindir ni de los ceros a la izquierda. Que conste», advirtió<sup>511</sup>. Blanco Amor estimó que «las

---

publicidad alguna, lo que nos lleva a pensar que no fue posible, según estaba previsto, retribuir a los colaboradores.

<sup>508</sup> Blanco Amor ironizó sobre los trabajos de este nutrido grupo de colaboradores al aludir al «sensacionalismo de las cincuenta mejores firmas de la España actual, desgranadas en muchísimas especialidades», «nombres preclaros que luego salen del paso con cuatro vulgaridades de autógrafo» (E.B.A., «*Almanaque literario 1935*. Editorial Plutarco», *art. cit.*).

<sup>509</sup> «Un libro de afirmación literaria», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 6.

<sup>510</sup> «Torre, Guillermo de; Pérez Ferrero, Miguel; Salazar y Chapela, Esteban: «*Almanaque literario de 1935*. Editorial Plutarco, Madrid», *art. cit.*

<sup>511</sup> Gerardo Rivera, «Literatura. Almanaque literario 1935», *art. cit.*

trescientas páginas del tomo» eran «de una suntuosidad literaria poco común en España. Y ecuménicas también. ¿Demasiado ecuménicas?», se preguntó. «En estos recuentos comunales suele ocurrir lo que en las crónicas de salón: "Entre otros que sentimos no recordar, se encontraban...". Y entre los que se recuerdan, suelen estar no todos los que son, y entre los que se olvidan, algunos de debían estar», concluyó<sup>512</sup>.

Los editores también se sentían satisfechos del carácter innovador de este almanaque. «Todos los originales que incluimos en él lo son rigurosamente, son trabajos inéditos que cada uno de los colaboradores ha escrito expresamente para estas páginas» (p. 7), según se advertía también en grandes letras en la página 4. «En ello ciframos el mayor mérito y esfuerzo de nuestra obra» (p. 7), un volumen que, aseguraban, se distanciaba así de otros semejantes, libros que, «por prurito de honradez autocrítica», señalaron como antecedentes. Se referían a «los almanaques italianos, los franceses, más que los alemanes o ingleses, hechos de trozos escogidos, como anuncios de editoriales». De ellos habían tomado, «algunas sugerencias, pero en realidad ninguna pauta determinada». Porque, añadían, «el nuestro está concebido originalmente, de acuerdo con las necesidades y circunstancias de las letras españolas». Por lo que se refiere a los antecedentes nacionales, los editores afirmaron no tener «ninguno en rigor —aunque más bien lo lamentemos—», a pesar de lo cual mencionaron «los antiguos, finiseculares almanaques de *La Ilustración*, los más recientes de *La Revista* barcelonesa, un esporádico *Almanaque de las Artes y las Letras*, que el pintor Maroto editó en 1927, sin olvidar *El Acabóse*, editado hace un año por *Cruz y Raya*». Todos ellos, concluyeron, «eran más bien florilegios, álbums, compuestos en su mayor parte de trozos narrativos, sin base criticista, y no siempre inéditos».

---

<sup>512</sup> E.B.A., «Almanaque literario 1935. Editorial Plutarco», art. cit.



Con esta «tentativa inaugural», De Torre, Pérez Ferrero y Salazar Chapela pretendían «ofrecer a los lectores un conjunto panorámico, un balance del año literario —en España y en el extranjero— en todas sus fases y manifestaciones, hecho con independencia y objetividad», por lo que abrigaban «la esperanza de que este libro habrá de ser leído y consultado con algún provecho por toda clase de lectores»: A todos ellos les pedían disculpas por «las deficiencias o lagunas» que pudiera contener la obra. «A corregirlas», afirmaban, «aplicaremos nuestros mejores esfuerzos, para el *Almanaque literario* del próximo año y los subsiguientes. Porque si las prestaciones amistosas, el favor de los lectores y el apoyo de los editores —simplemente en cuanto anunciantes— no nos faltan, como esperamos, haremos del *Almanaque literario* una publicación permanente» (pp. 7-8). Seguros de ello, agradecían nuevamente a escritores, dibujantes y editores su colaboración y les deseaban a todos «¡Feliz Año y hasta el *Almanaque* de 1936!»<sup>513</sup>. Pero éste no llegó a ver la luz.

#### 5.2.1.2. Las letras en 1934

Como ha recordado César Antonio Molina, «el almanaque literario se asienta sobre los mismos principios que el tradicional, sólo que amplía su panorámica con temas culturales y literarios»<sup>514</sup>. En el caso del que nos ocupa, esta última información es, lógicamente, la más relevante del volumen —como se infiere de su título—, aunque no la única, pues en él pueden leerse también comentarios acerca de la producción artística y de la

---

<sup>513</sup> El anónimo reseñista de *El Sol* escribía a este propósito: «El empeño está logrado, y nuestros amigos Guillermo de Torre, Pérez Ferrero y Esteban Salazar Chapela han dado un paso en firme. Porque al primer *Almanaque* seguirán todos los años otros que recapitulen, glosen o discutan la actividad literaria de la nación, no excesiva ciertamente» («Torre, Guillermo de; Pérez Ferrero, Miguel; Salazar y Chapela, Esteban: *Almanaque literario de 1935*. Editorial Plutarco. Madrid», *art. cit.*).

actividad científica del momento. De las cuatro secciones que según el reseñista de *Índice Literario* contiene la obra, «la primera y más importante se refiere a España»<sup>515</sup>, no en vano el propósito de los editores había sido reunir —como observaron muy acertadamente los comentaristas del *Almanaque*— «todo lo que de interesante ha ocurrido en España sobre los libros durante 1934»<sup>516</sup>. Cumplido el objetivo principal, los editores no renunciaron a ofrecer un panorama de las letras hispanoamericanas —a cuyo desconocimiento en nuestro país se refirió Salazar Chapela con pesar en tantas ocasiones— y de los principales países de Europa y de América, tantos, cabe suponer, cuantos comentaristas cualificados fueron capaces de involucrar en el proyecto. Como consecuencia de la «amplitud» y «máxima generosidad» que presidió la labor de los editores, el libro acoge no sólo un completo recorrido por la literatura, *strictu sensu*, sino que se incluyen también resúmenes acerca de otras manifestaciones intelectuales y artísticas. El *Almanaque Literario 1935* se inicia, como no podía ser de otro modo, con «Signos del zodiaco. Calendario y efemérides literarias», una colaboración firmada por el novelista y crítico zaragozano José García Mercadal —autor de los textos— y por la pintora y xilógrafa argentina Norah Borges de Torre —esposa del coeditor de la obra, como no quiso dejar de recordar al adoptar el apellido de su marido—, a quien se deben los grabados de los signos astrales que ilustran las páginas correspondientes a los doce meses del año<sup>517</sup>. En todas ellas, además de un calendario, se incluye una selección de fechas

---

<sup>514</sup> César Antonio Molina, *Medio siglo de Prensa literaria española (1900-1950)*, ob. cit., p. 28.

<sup>515</sup> «Torre (Guillermo de), Pérez Ferrero (Miguel), Salazar y Chapela (E.), *Almanaque literario 1935*», art. cit.

<sup>516</sup> R. V. Z., «Almanaque literario 1935», art. cit.

<sup>517</sup> «Signos del zodiaco. Calendario y efemérides literarias». Texto de José García Mercadal y Grabados de Norah Borges de Torre, *Almanaque literario 1935*, ob. cit., pp. 9-21. En opinión de Juan José Domenchina, ambos «cumplen con gracia y eficacia sus menesteres respectivos» (*Gerardo Rivera*, «Literatura. Almanaque literario 1935», art. cit.).

significativas para la literatura y para la cultura universales. García Mercadal recordó, entre otros, los nacimientos de Baltasar Gracián, Victor Hugo, Anatole France, Marcel Proust, Cervantes, Ángel Ganivet, Josep Conrad o Rudyard Kipling; evocó también el fallecimiento de Verlaine, Jacinto Verdaguer, Shelley, Pedro Antonio de Alarcón, Balzac, Fray Luis de León, Ugo Foscolo, Tolstoi o Alfonso Daudet, por citar sólo algunos de los nombres que pueden leerse en estas efemérides, en las que se incluyen asimismo las fechas de publicación de obras como el *Quijote*, *Pachín González* o *El genio del cristianismo* y las de destacados estrenos teatrales españoles —*El sí de las niñas*, *El trovador*, *Don Juan Tenorio*, *El gran galeoto* o *Doña Perfecta*—. Aunque la literatura más reciente, a la que está consagrado el volumen, parece estar excluida de este recordatorio, García Mercadal no quiso dejar de consignar hechos tan relevantes para la vida española de los últimos tiempos como la clausura del Ateneo de Madrid y la destitución y destierro de Unamuno, la concesión del premio Nobel a Benavente o la elección de Menéndez Pidal como presidente de la Real Academia Española.

#### 5.2.1.2.1. En España

«El raquitismo de temas en las principales editoriales, la falta de un depurado criterio, de un material seleccionado, en las pocas firmas editoras que trabajan para la escasa afición nacional»<sup>518</sup>, no impidieron que los editores privilegiaran las páginas consagradas a la producción nacional con las que cuenta el volumen. Para ellos se reservaron la sección «El año literario y artístico en España», en la que colaboró también Juan Chabás, a la sazón

---

<sup>518</sup> «Almanques. *Almanaque literario 1935*. Madrid (Publicado por Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero y E. Salazar y Chapela)», *art. cit.*

crítico teatral en el periódico madrileño *Luz*<sup>519</sup>. Los comentarios sobre las revistas, la literatura emitida a través de la radio y las tertulias literarias aparecieron reunidos en la miscelánea «Variedades». Pero como Madrid, «la vida literaria de Madrid [...], el juicio de Madrid no es, ni mucho menos, toda la vida y el criterio literario de España» —«una cosa es lo español y otra lo madrileño, y hay que hacer casar ambas cosas para que no se nos continúen yendo demasiado los ojos a este ya muy remirado ombligo»<sup>520</sup>—, De Torre, Pérez Ferrero y Salazar Chapela idearon también un apartado dedicado al «Mapa regional de España», en el que se incluyó información sobre la actividad literaria desarrollada fuera de la capital<sup>521</sup>. El resto de la producción bibliográfica española mereció asimismo la atención de los editores, que encargaron los resúmenes correspondientes a las novedades sobre arte, política, historia, pedagogía, entre otras disciplinas, a especialistas en las respectivas materias.

#### 5.2.1.2.1.1. Los géneros literarios

Miguel Pérez Ferrero, autor del resumen sobre la novela española publicada durante 1934, confesaba, nada más empezar su artículo, que «la primera ojeada a este panorama hay que reconocer que nos deja, como dejará a

---

<sup>519</sup> Cfr. Javier Pérez Bazo, *Juan Chabás y su tiempo. De la poética de vanguardia a la estética del compromiso*. Prólogo de Ivan Lissorges. Barcelona, Editorial Anthropos (Memoria rota. Exilios y Heterodoxias: Estudios: 30), 1992, pp. 177-178.

<sup>520</sup> E.B.A., «*Almanaque literario 1935*. Editorial Plutarco», *art. cit.*

<sup>521</sup> Al orensano Eduardo Blanco Amor no le pareció, sin embargo, suficiente. «Mano ancha y diestra hubo en estos avisados contables, y todos los asientos son de legitimidad bien probada; pero quizá, para que su ambición totalitaria hubiese sido mucho más obtenida, falte aquí un poco de generosidad y de comprensión para aquellas cuestiones literarias y artísticas que se cocinan lejos de estos cafés y de estos centros», escribió en alusión a la capital, vida literaria de Madrid que, según afirmó después, chapoteaba entonces en la «asfixia» y el «horror» (*idem*).

cuantos con nosotros lo contemplan, bastante desilusionados»<sup>522</sup>. El año había sido, según afirmaba, «un año de holganza» no sólo en España, sino también en Europa y en América. Únicamente Inglaterra y Estados Unidos, donde existía «una producción continuada y brillante», se situaban al margen de esta tendencia general, como ya había señalado Salazar Chapela<sup>523</sup>. Aquí, el inicio de la decadencia del género había que situarlo, según Pérez Ferrero, a finales del siglo XIX, porque, después de Galdós, «la crisis de la novela ha ido produciéndose a pasos agigantados hasta mostrar el desolador espectáculo que hoy nos ofrece» (p. 57). Los novelistas del 98 y los del «98 y medio –Ramón Pérez de Ayala y Gabriel Miró–» (p. 58), «que figuran entre los más altos valores literarios con que España cuenta, valores de renombre universal todos ellos, se han vuelto infrecuentes en su producción novelesca durante la última época». Sólo Pío Baroja, «el más novelista de todo el grupo», continuaba en activo, como los lectores habían podido comprobar en 1934, año en el que vio la luz *Las noches del Buen Retiro*, novela que Pérez Ferrero elogió por poseer «el inconfundible carácter –personajes, trama y conceptos– propio de su autor» (p. 59).

Por lo que se refiere a los escritores que se revelaron entre 1925 y 1939, grupo del que el autor menciona a Claudio de la Torre, Valentín Andrés Álvarez, Antonio Espina o Rosa Chacel, sólo «había quedado en pie de trabajo Benjamín Jarnés», cuyo *San Alejo*, «más bien novela que biografía, pero no del todo novela, porque ninguna de las que él llama así lo es» (p. 60), había sido calificado por la crítica «como el libro más conseguido del autor de *El profesor inútil*».

---

<sup>522</sup> Miguel Pérez Ferrero, «El año literario y artístico en España. La novela», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 55.

<sup>523</sup> Cfr. E. Salazar y Chapela, «La novela panfleto», *art. cit.* Juan José Domenchina vio en las palabras del director de la hoja literaria de *Heraldo de Madrid* una posible respuesta a la citada crisis: «Pérez Ferrero aventura una "interpretación materialista" de la degeneración de un género (la novela), nada improbable. A lo peor, en la raíz del mal se

*La flor de ayer*, de Concha Espina; *Roja y gualda*, de Ricardo León, y una enumeración de novedades que Pérez Ferrero no comenta<sup>524</sup> completan el repertorio ofrecido por el crítico, a quien lo que realmente le interesa, según se desprende de la atención que le presta, es destacar la producción de Ramón Ledesma Miranda –colaborador como él de *Heraldo de Madrid*–, «acaso, de los novelistas de esta hora –nos referimos a los que se han manifestado en la última época–, el que ha mirado con más respeto a sus antecesores en las letras»<sup>525</sup>, criterio este que parece valorar muy positivamente el crítico, que reserva las últimas líneas de su artículo para ofrecer unas deslavazadas noticias finales –tan inconexas como el resto del texto– en las que incorpora algunos juicios rápidos que contradicen los criterios de valoración aplicados hasta ese momento en el comentario de las obras citadas<sup>526</sup>.

Antes de analizar «la presunta fructuosa vitalidad del ensayo en España»<sup>527</sup>, Guillermo de Torre no quiso dejar de recordar que «una buena parte de los

enmarañan raíces económicas» (*Gerardo Rivera*, «Literatura. Almanaque literario 1935», *art. cit.*).

<sup>524</sup> Se trata de *Tea rooms*, de Luisa Carnés; *Crimen*, de Joaquín Arderius; *Arco Iris*, de Mariano Tomás; *Días de bohemia*, de Gorkin; *Doña Pabla*, de Álvaro de Albornoz; *La noche de la cien cabezas*, de Ramón J. Sender, y *El último pirata del Mediterráneo*, de Benavides, entre otras obras. Por último, Pérez Ferrero, incapaz de comprender el contenido del volumen, interrumpe su alusión a «unas cartas, que firma Álvarez Petreña, de las que es autor Max Aub y que constituyen una trama novelesca...» (p. 61).

<sup>525</sup> Ledesma Miranda había publicado unos meses antes de la aparición del almanaque un ensayo titulado «La novela y su mundo» en el que se refirió a la crisis de la novela. En esas páginas descubrimos evidentes coincidencias entre los argumentos de Ledesma Miranda y los que ofrece Pérez Ferrero en el artículo que ahora comentamos. Ambos sitúan el declive de la novela española después de Galdós, ambos valoran de igual forma la producción de los narradores noventaiochistas, incluido Baroja, y de los posteriores (*cfr.* Ramón Ledesma Miranda, «La novela y su mundo», *Eco*, Suplemento I, Madrid (octubre de 1934), s.p.).

<sup>526</sup> En ellas menciona la aparición de «la bella novela *Un intelectual y su carcoma*», de Mario Verdaguer; de *Fin de semana*, de Ricardo Gullón; de *Hermés en la vía pública*, «primer conato de novela grande» de Antonio de Obregón, y de *Uno*, de Carranque de Ríos. Los tres últimos autores, aseguró Pérez Ferrero, «constituyen, por el momento, tres promesas de novelistas» (p. 61).

<sup>527</sup> Guillermo de Torre, «El año literario y artístico en España. El ensayo, la crítica y otras prosas», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 62.

supuestos ensayistas no rebasan las proporciones de articulistas de periódicos más o menos *in extenso*». En opinión del crítico, «no es el periódico» el «sitio natural» del ensayo, «sino la revista, donde reinan otras dimensiones y un clima más sereno», pero lo cierto es que «una gran parte de las hojas que componen los libros de ensayos o críticas del año tuvieron también su primaria manifestación en el periódico» (p. 63), hecho que «no perjudica en nada a su valía, aunque ésta se halla –casi siempre– en relación directa con la distancia que manifiesten de la prisa y la improvisación».

Por lo que se refiere a la aportación de los «mayores, calificación de aire extranjero, pero un poco más amplia que la de maestros» (p. 64), Guillermo de Torre recordó la aparición de la última entrega de *El Espectador*, de Ortega y Gasset; los prólogos que Unamuno situó al frente de sus novelas y obras teatrales aparecidas en 1934, «verdaderos ensayos y, en algunas ocasiones, tan jugosos e importantes como la obra misma», y las *Siluetas románticas*, de Baroja, autor que «tiene muy poco que ver con el ensayismo» (p. 65), al contrario de lo que sucede con Gregorio Marañón, en quien «se reafirma cada año que pasa un escritor verdadero, más genuino y militante que muchos con categoría ya establecida y hoy apáticos o inhibidos». Tras *Raíz y decoro de España*, publicado en 1933, «este año incorporó dos nuevos libros a su lista: *Las ideas biológicas del padre Feijóo* [...], obra madura, que centra las principales vertientes de su curiosidad clínico-erudita, en grado aún mayor que el libro sobre *Enrique IV de Castilla y su tiempo* [...], con adiciones, del que salió una nueva tirada». De otro hombre de ciencia, Ramón y Cajal, vio la luz en 1934, año de su fallecimiento, *El mundo visto a los ochenta años* –«curioso ensayo sobre las servidumbres seniles y un divertido programa para sobrellevarlas, además de una requisitoria

implacable contra lo moderno»<sup>528</sup>—, obra con la que causó «muy mal efecto en las jóvenes promociones», pues «tiende a condenar ideas y maneras de arte nuevo con simulacros de razones y pobrísima información» (p. 65).

De la producción de los jóvenes, Guillermo de Torre destacó «el original talento literario de José Bergamín» (p. 66), quien dio a conocer el volumen *La cabeza a pájaros*, «su mejor expresión hasta la fecha». La publicación de *El Belén de Salzillo en Murcia: Origen de los nacimientos en España*, de Giménez Caballero, podía suponer —así lo deseaba el crítico— la vuelta de su autor «a lo mejor de su espíritu y de sus capacidades», para lo cual debía desentenderse «de los espejismos políticodictatoriales que amenazaban desnaturalizarle». Muy próximo al pensamiento de Ángel Sánchez Rivero —«un espíritu de calidad excepcional»—, De Torre recordó la aparición de sus *Meditaciones políticas*, cuya mención aprovechó para exaltar las cualidades intelectuales de su autor. En Ramón J. Sender vio el crítico «algo más que un mero "escritor de izquierdas" según la apresurada calificación de quienes pretenden considerar la literatura con vocabulario y conceptos ajenos a ella» (p. 67). Hay, afirmó De Torre, «un escritor de firme vocación, de ancha curiosidad mental, y muy fecundo», como había quedado demostrado durante 1934, año en el que publicó libros de viajes, crónicas y novelas.

Para abordar el comentario de la crítica literaria, el escritor se refirió en primer lugar a Menéndez Pidal, porque hacerlo de otro modo «resultaría una injusticia, o, al menos, una descortesía jerárquica». Del hispanista Karl Vossler, al que también se refirió Salazar Chapela en sus «Improntas», informó de la aparición de la traducción española de *Lope de Vega y su tiempo* —«pórtico inaugural» del tercer centenario de la muerte del autor de *El caballero de Olmedo*— y de *Introducción a la literatura española del Siglo de*

---

<sup>528</sup> José-Carlos Mainer, «La vida cultural (1931-1939)», en *Historia de España Menéndez Pidal*. Dirigida por José María Jover Zamora. Tomo XL. *República y Guerra Civil*. Coordinación por Santos Juliá. Madrid, Espasa Calpe, 2004, p. 461.



*Oro*, volumen en el que se recogieron las conferencias pronunciadas en la santantera Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, cuya creación, en agosto de 1932, respondió «a un deseo de hacer convivir a estudiantes y profesores de las diferentes regiones de España con sus colegas de otros países»<sup>529</sup>. En la «alta crítica literaria» De Torre incluyó asimismo la *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, del alemán Ludwig Pfandl, mientras que el resto de las obras citadas, entre las que se encuentran las debidas a José M. de Semprún y Gurrea o a Luis González López, «no alcanzan este primer plano de importancia», según advirtió el autor del artículo.

El comentario consagrado a la filosofía y a la «ideología extranjera» (p. 69) lo realizó De Torre a través de las obras de Spengler, Keyserling, Sorel y Croce, además de mencionar las ediciones filosóficas y del pensamiento clásico que venían sacando al mercado *Revista de Occidente* y la editorial Aguilar, donde vieron la luz ensayos de Shopenhauer y de Nietzsche, entre otros autores. Para finalizar, el autor de *Literaturas europeas de vanguardia* reparó en algunas de las biografías aparecidas a lo largo de 1934. «¿En qué sección incluir, con plena justificación, este género de libros que las editoriales siguen brindándonos profusamente?» (p. 70), se preguntaba. El *Almanaque literario 1935* se ocupaba de ellas en los artículos dedicados a la novela y a los libros de historia, por lo que se limitó a mencionar las que tenían un contenido principalmente ideológico, como era el caso de los «libros brillantes, deslumbradores —quizá demasiado para algunas retinas, y éste es el único reproche que cabe hacerles—» (p. 71), de Stefan Zweig, así como los de Emil Ludwig, «de calidad incuestionablemente inferior», los de Maurois y Romand Rolland, entre otros autores.

---

<sup>529</sup> Jean Bécarud y Evelyne López Campillo, *Los intelectuales españoles durante la II República*, ob. cit., p. 43. Su Patronato, presidido por Ramón Menéndez Pidal, contó con

Salazar Chapela escogió dos pequeños fragmentos de la obra de Cervantes y de Shelley<sup>530</sup> para iniciar su informe sobre la producción lírica durante 1934. «Resulta ocioso hablar de crisis poética» (p. 73), afirmó el crítico después de definir el sentimiento poético<sup>531</sup>. «La palabra crisis, tal como la esgrimen algunos, es palabra que debe ser maldita, puesto que significa miedo, reacción», sentimientos que Salazar Chapela no estaba dispuesto a fomentar desde las páginas del almanaque, porque éste era —no había que olvidarlo— «un libro de afirmación literaria». Si en aquel momento existían «pocos poemas específicos, o escasas novelas específicas, o muy pocos lienzos, mármoles o partituras específicas» (p. 73) era porque «la poesía, el ímpetu», se encontraban temporalmente «en otro sitio», «para fecundar otras zonas y volver a su cauce después, pero entonces arrastrando islas y continentes». No había que hablar de géneros; «¿quién tan superficial que hable de "generaciones"?», se preguntaba.

---

Unamuno, Sánchez Albornoz, Ortega y Gasset y Américo Castro como vocales. Pedro Salinas y José Gaos desempeñaron la labor de secretarios.

<sup>530</sup> Ambas citas resultan sumamente significativas. La primera —«...en tiempos que, en general, la poesía anda tan desfavorecida...»— podría haber sido escrita en la década de los treinta, y no en la época de Cervantes. Con la segunda, Salazar Chapela informaba una vez más a los lectores del extraordinario valor que le concedía a la poesía, a la literatura: «Pero los poetas, o sea aquellos que imaginan y expresan este orden indestructible, son no solamente los creadores del idioma, la música, la danza, la arquitectura, la escultura, la pintura; son también los instauradores de las leyes, y los fundadores de la sociedad civil, y los inventores de las artes de la vida» (E. Salazar y Chapela, «El año literario y artístico en España. La poesía», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 71).

<sup>531</sup> «Todo sentimiento poético, como toda pasión poética, es un ímpetu hacia delante, una ambición de horizonte; asimismo una pasión de dominio; de igual suerte, un a modo de recurso por el cual se hienden las gavillas del agua, los músculos del agua, las torpes cosas frías (seres inanimados, hombres muchas veces) para sostener en pie tanto la necesidad como la verdad de la marcha» (p. 72). Para Salazar Chapela, el poder de la poesía eran tan importante en los individuos como en los pueblos, por lo que estaba convencido de que «el día que tanto sentimiento poético cobre conciencia total de sí mismo, o que tanta verdad poética, tanta conquista poética, tanto color y forma poéticos, penetre en todos los sitios, ilumine de igual modo la montaña y el valle, veréis. Entonces veréis la historia del globo como un largo poema; será la visión cabal de la poesía; algunos lo llamarán —si para ese entonces hay todavía pedantes— instrucción, educación, civilización, cultura; nosotros lo llamaremos poema, obra de poetas; acaso fuese más justo llamarlo *el sentido...*» (p. 73).

Su resumen, planteado como vemos de forma muy diferente a los de sus dos compañeros en las tareas de edición de este «el *manachus, alamaj* o almanaque, círculo de los meses» (p. 74) –etimología árabe que Salazar Chapela no quiso dejar de recordar–, se estructura en tres partes, o «zonas». El primer grupo, en el que incluyó «las selecciones y reediciones, generalmente clásicas, acompañadas de exégesis» que habían visto la luz en 1934 era «el más importante [...], al menos por su extensión», aunque no alcanzaba «la profundidad de otras veces», pues ninguno de los textos aparecidos podían compararse, «si nos atenemos al trabajo de investigación, selección y exégesis, con las ediciones de otro tiempo», de las que el crítico citó únicamente las *Soledades*, de Dámaso Alonso y *Los toros en la poesía española*, de Cossío: «dos obras ejemplares».

Por lo que se refiere a «la forma característica de selección denominada antología», «un género [...] dado a la polémica desde el momento que arroja una opinión, un juicio crítico tácito o expreso» (p. 75), Salazar Chapela manifestó su deseo de que se publicaran más frecuentemente en España. «Perderían así su carácter de cosa excepcional y gravísima, donde el hecho de "estar" o "no estar" en sus páginas engendra pleitesías serviles u odios tremendos». De este modo,

cobrarían de una vez, el carácter que les corresponde y que les salva, superando el confucionismo y la mezcolanza inherentes a todo catálogo. Esto es, se mostrarían como libros de inventario, balances de una época, testimonios de una generación o un movimiento, cuya compulsión nos permite, en un momento dado, echar el ancla y medir con un golpe de vista las distancias recorridas. Correctores y antologizados llegarían a penetrarse del verdadero «espíritu de antología», eliminando estrecheces y parcialismos, aprestándose sin aprensiones ni melindres a todos los contactos y proximidades, ya que sólo así puede darse la impresión totalizadora que al lector interesa.

Esta larga reflexión sobre las ediciones recopilatorias, para la que le sirvieron de ayuda las palabras difundidas al respecto por Guillermo de Torre y Enrique Díez-Canedo –«por cierto: un poeta éste excluido sistemáticamente,

sin duda por miopía en los antologistas, de todas las antologías aparecidas hasta ahora»—, le excusó de realizar un comentario detenido de los tres volúmenes que habían visto la luz durante 1934. «No salimos ni entramos *en esta ocasión* por los defectos o excesos que pudieran tener estas antologías» (p. 76)<sup>532</sup>, advirtió; «por el contrario, nos complacemos en señalar cuanto poseen de positivo». La de José María Souvirón, *Antología de poetas españoles contemporáneos, 1900-1934*, pretendía «introducir nuestros poetas contemporáneos allende del mar»; *Poètes espagnols d'aujourd'hui*, hacía lo propio para el público de lengua francesa. Al mencionar la publicación de *Poesía española. Antología. Contemporáneos*, preparada por Gerardo Diego, Salazar Chapela se mostró muy alejado de la actitud que mostró en 1932, como ya ha sido dicho<sup>533</sup>. El editor «abre más la mano, aunque no del todo, en esta segunda edición, a la poesía: ofrece un conjunto muy completo de poetas españoles de hoy», aseguró, sin explicar por qué realizaba dicha afirmación.

La revisión de las obras nuevas que vieron la luz en 1934 la inició con *La voz a ti debida*, «la obra más propia del talento alquímico de Salinas», valoración que no tardó en precisar: «alquímico no quiere decir falta de espontaneidad, aunque sí quiere decir mixtura. Y la mixtura no significa en Pedro Salinas confusión de recetas, sino reunión de elementos felices, todos los cuales se emproan, acomodados dentro del poema, hacia un mismo horizonte: la poesía» (p. 77). Técnica, ingenio, imaginación y erudición son algunos de los elementos esenciales —«todos legítimos y nobles»— que el poeta incorporó a un poemario sobre el que ya habían escrito «ensayos singularísimos» Dámaso Alonso, Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero y Bergamín. Del citado en primer lugar, publicado en *Diablo mundo*, entresacó Salazar

---

<sup>532</sup> El subrayado es nuestro.

<sup>533</sup> Véase 4.3.1.1. Oda a la muy arbitraria antología poética...

Chapela algunos juicios, los que, a su entender, mejor habían sabido interpretar los versos de Salinas.

En ese tiempo, también vieron la luz «otros libros interesantísimos de poesía en verso» (p. 78) sobre los que Salazar Chapela apenas se pronunció. El modo de proceder que escogió le permitió no hacer distinciones entre «unos deliciosos poemas breves» de Alfredo Marquerie, *Reloj. 33 canciones*, y *Donde habite el olvido*, «fragantes poemas de Luis Cernuda»; entre *Verde voz*, «conjunto de poemas vivos, manifestación inequívoca de un temperamento de escritor y poeta», Félix Ros, y un «conjunto estimabilísimo de poesías sociales», *Hogueras en el Sur*, de Pla y Beltrán, por poner sólo algunos ejemplos. Siempre atento a la poesía escrita por mujeres, el crítico no dejó pasar la oportunidad de observar cómo esta producción artística «tan asistida en otro tiempo, se ha[bía] visto desamparada, aunque no del todo, en 1934» (p. 79), año en el que vieron la luz sendos volúmenes de la Duquesa de Medina Sidonia y de Concha Espina. «Qué hacen las grandes poetisas Ernestina de Champourcín y Josefina de la Torre?», se preguntó antes de mencionar la aparición de *De mar a mar*, poesía en prosa de Feliciano Rolan, y de *Júbilos*, de Carmen Conde, «deliciosos poemas a manera de apólogos, ilustrados maravillosamente por Norah Borges y prologados por Gabriela Mistral».

La obra de Rafael Alberti, que había dado a la luz *Poesía 1924-1930*, reclamó la atención de Salazar Chapela, según el cual este volumen no era sino una bella biografía en la que pueden encontrarse «todas las vicisitudes espirituales de un poeta», «todas las zozobras, las delicias, los gustos, los tormentos, las glorias de un artista» (p. 79). *De Marinero en tierra a Elegía cívica*, obras con las que se inicia y se cierra el libro, «va una vida, si por esta entendemos la suma de las distintas maneras con que hemos reaccionado (en este caso poéticamente) ante las cosas». Tras mencionar las cuatro etapas en las que podía clasificarse la poesía de Alberti, Salazar Chapela se planteó si

se hallaba ante un singular caso de versatilidad o si tenía el poeta cierta «disposición a tomar el primer tren que pasa» (p. 80). En su opinión, sus diferentes formas de expresión lírica eran «encarnaciones sucesivas de una misma personalidad poética cuyo signo no parece ser otro que el ímpetu, la amplitud y la ganancia»; esto es, la «manera visible de ir mudando de piel a medida que va creciendo el cuerpo, el alma y el peso». Alberti había logrado alcanzar «el más alto puesto en la poesía joven contemporánea», pero al publicar *Poesía 1924-1930* consideró que los versos escritos en esos años constituían un ciclo cerrado —«contribución mía, irremediable, a la poesía burguesa»—, según se puede leer en las palabras preliminares que incluyó en el volumen—. «A partir de 1931», añadió Alberti, «mi obra y mi vida están al servicio de la revolución española y del proletariado internacional». Nada quiso agregar Salazar Chapela a esta cita. En *Almanaque literario 1935* no deseaba pronunciarse, como lo hizo desde las páginas de *La Voz*, sobre este polémico asunto.

Para finalizar, el crítico se reservó unas líneas en las que rindió tributo a «los maestros» Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, aunque no hubieran publicado nada nuevo en 1934. Ambos, escribió Salazar Chapela, «están en la esencia misma de la vida artística contemporánea española» (p. 81). Como colofón, el escritor situó un aforismo creado sin duda para la ocasión: «contra la pereza, que es la creación, está la diligencia, que es la crítica»<sup>534</sup>.

«Si recordamos todo el paisaje teatral del año 1934», escribía Juan Chabás al iniciar su artículo, el último resumen incluido en la sección «El año literario y artístico en España», «esta fecha nos parece inverosímil»<sup>535</sup>. «Todo el año, más que nunca, se habló de crisis teatral», pero, para el crítico, «la

---

<sup>534</sup> José Bergamín, el más reputado autor de aforismos de su promoción, solía decir que los escribía porque era perezoso (cfr Nigel Dennis, «Elogio de la pereza: José Bergamín, aforista», *Babelia*, suplemento de *El País*, Madrid (10 de junio de 1995), p. 12).

<sup>535</sup> Juan Chabás, «El año literario y artístico en España. El teatro en España», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 71.

verdadera palabra no es crisis, sino decadencia. Más aun, fracaso», porque, «por desgracia, nuestro teatro ya no puede ni estar en crisis. No es ni está. Del teatro español queda un fantasmón vacío que gesticula con guiños y contorsiones, sobre los escenarios envejecidos». Para hacerlo renacer, no había otra opción que «matar al fantasmón», propuso Chabás, aunque ello le parecía «tarea difícil; imposible casi. Porque de ese fantasmón medio muerto hay muchos que aun viven».

Por todo ello, la producción del año no fue sino «un índice de fracasos, de inepticias, de chabacanería» (p. 82) en el que apenas nada podía salvarse. De entre las iniciativas aisladas que merecían ser reseñadas en las páginas del almanaque escogió Chabás el Teatro Escuela de Arte, impulsado por Cipriano de Rivas Cherif, «tenaz e inteligente animador de nuestra vida teatral»; el camión de La Barraca, dirigido por Federico García Lorca y Ugarte, «uno de los mejores teatros universitarios del mundo», y la «labor perseverante [...], ahora, naturalmente, como La Barraca, amenazada de muerte», del «teatrillo de estudiantes» de Misiones Pedagógicas<sup>536</sup>, que dirigía Alejandro Casona, «revelado como un gran autor este año de 1934» en que vio la luz *La sirena varada*, «obra de tan firme y seguro contorno y estilo, de humor sutil, humano, llena de gracia poética y de vuelo dramático» (p. 84). También merecía ser recordado un «grupo libre y liberal, generoso, de aficionados», el Club Anfistora, que encauzaba y alentaba Federico García Lorca, autor que había cosechado merecidos triunfos en Buenos Aires con *Bodas de sangre* y *La zapatera prodigiosa*.

En los teatros comerciales, recordó Chabás, se siguieron estrenando «parodias e imitaciones de un teatro muerto ya antes de 1914» (p. 82). Se refería el crítico a la producción de «Benavente, los hermanos Quintero, Linares Rivas, Arniches», autores que «se imitan a sí mismos», que «no

---

<sup>536</sup> Sobre ambas iniciativas versan sendos artículos del almanaque, a los que nos referiremos más adelante.

añaden nada a su obra» (p. 83). Otros dramaturgos, en los que apenas se detuvo, lograron éxitos económicos destacables, por lo que «hay que felicitarles, no por sus obras, de fácil colorido y suelta traza, pero sin otra virtud alguna» (p. 83). Para finalizar, Chabás informó de la revelación de un joven autor cuya «obra no es perfecta, pero demuestra un estilo literario y un concepto del teatro»: J. Calvo Sotelo. «Cualquier otro recuerdo es más triste que halagador» (p. 84), confesó.

Los artículos citados fueron valorados por Juan José Domenchina en la reseña que el escritor publicó en *La Voz*<sup>537</sup>. «Los jóvenes escritores que suscriben las arduas y diligentes diligencias de los "juicios sumarísimos" a que aludo se pronuncian a la postre casi siempre por la absolución. Pero conste que la indulgencia no lleva aparejada la justicia», advirtió. Y es que no todos los resúmenes contaron con su beneplácito. En su opinión, «Pérez Ferrero elude sagazmente los adjetivos comprometedores; en cambio, Salazar y Chapela naufraga en la fruición generosa y ligera de los más comunes, estereotipados por el uso y la rutina. Chabás juzga con cierto rigor. Guillermo de Torre informa objetivamente». Se trataba, en suma, de «cuatro artículos de significación muy distinta, que señalan una sola verdad evidente: el marasmo de nuestra vida literaria»<sup>538</sup>. También Salazar Chapela, que no había querido rendirse al pesimismo en su artículo, lo reconoció en una de sus «Improntas», en la que aludió al *Almanaque literario 1935*, «libro donde colaboran casi todos los intelectuales españoles, casi todos los grandes talentos de España, por cuyo motivo, claro es, la vileza y la necesidad lo

---

<sup>537</sup> El crítico de *El Sol* prefirió no emitir su parecer «sobre estos trabajos», en los que observó más aciertos que desaciertos. «Reseñar un libro no es medir y pesar con recelo de tasador una prenda. Con ese criterio, ¿quién, fuera de muy pocos, escaparía a nuestra censura?», se preguntó («Torre, Guillermo de; Pérez Ferrero, Miguel; Salazar y Chapela, Esteban: *Almanaque literario de 1935*», art. cit.).

<sup>538</sup> Gerardo Rivera, «Literatura. Almanaque literario 1935», art. cit.



cocean»<sup>539</sup>. En el citado volumen, recordó el escritor, «se recuenta por lo menudo la vida artística e intelectual del país. Y es verdaderamente desolador ver lo que España ha producido dentro de un año en literatura, arte, medicina, historia...».

#### 5.2.1.2.1.2. La literatura en las revistas, en las tertulias y en la radio

Los editores del *Almanaque Literario 1935* ofrecieron, en palabras de César A. Molina, «un repaso muy completo y directo de lo que había dado de sí la prensa literaria editada en ese año»<sup>540</sup> de 1934, en el que vieron la luz revistas que, como en el caso de *Diablo mundo*, «excelente semanario» al que le dedicaron una atención preferente, habían desaparecido ya del mercado. «¿Por qué este destino tan efímero de las revistas dignas en España», se preguntó *Argos*, el redactor del artículo<sup>541</sup>. El seudónimo había sido utilizado previamente por Guillermo de Torre, quien firmó con él «una serie de varios trabajos: "Memoranda de Revistas Americanas"» en *La*

---

<sup>539</sup> E. Salazar y Chapela, «El dinero y la profesión», *art. cit.* Un mes después de la publicación de esta «Impronta», Rafael Vázquez Zamora también expresaba su malestar por algunos de los comentarios realizados a raíz de la publicación del volumen «Así no se puede ir a ninguna parte. Si somos pocos y el camino es malo y nos dedicamos a echarnos la zancadilla por tiquis-miquis, resentimiento o pasión política, de seguro que no tendremos luego el menor derecho a quejarnos de la pequeñez y pobreza de la vida literaria española. Además, ya va siendo sintomático que, en cuanto aparece entre nosotros, en lo literario, alguna obra considerable, que suponga un gran esfuerzo y esté brillantemente conseguida, surgen los descontentos que, basándose en cualquier futilidad, quieren llegar a derruir la obra o por lo menos enterrarla en el campo triste de la indiferencia. Sobre todo cuando se oye aducir argumentos de futilidad tan grande como erratas no imputables a los autores, se piensa: éstas son ganas de mirar a los cordones de los zapatos para no ver la cara. Y no es que hayan faltado los artículos francamente elogiosos sobre el *Almanaque Literario 1935*. Las mejores firmas han dedicado extensos trabajos a analizar y comentar el *Almanaque*, pero los que han desentonado, entre ellos un redactor de Tribunales que se ha distinguido por su "enérgica protesta". (Nosotros, menos severos, nos limitaremos a protestar de que él llama a cuatro poesías de García Lorca *cuatro versos*). Esos pocos son los que facilitan el diagnóstico sobre las causas de nuestra decadencia, cada día más acentuada, en las cosas literarias» (E.V.Z., «*Almanaque literario 1935*», *art. cit.*).

<sup>540</sup> César Antonio Molina, *Medio siglo de Prensa literaria española (1900-1950)*, ob. cit. p. 245.

<sup>541</sup> *Argos*, «Variedades. Literatura en las revistas», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 163.

*Gaceta Literaria*<sup>542</sup>. Pero las coincidencias que se observan entre el inicio de este trabajo y «Dos revistas», artículo que Salazar Chapela había publicado en *La Voz* el 23 de mayo de 1934, nos hacen suponer que el contenido de esta «Impronta» fue utilizada por su autor o por alguno de sus compañeros en las tareas editoras para la redacción del resumen incluido al que nos estamos refiriendo.

El autor o los autores del catálogo comentado de la publicaciones periódicas que salieron al mercado durante 1934 se mostraron muy preocupados por «la suerte de los semanarios concebidos con alguna altura de miras y que no se resignan a ser uno más entre el número de publicaciones chabacanas o simplemente populares, entregadas a la anécdota y al reportaje a ultranza, deleite de las peluquerías y de los casinos provincianos» (p. 164). *Diablo Mundo* se propuso «llenar este hueco que media, por un lado, entre tales publicaciones y el diario apresurado y, por otro, entre las solemnes revistas mensuales y las intemporales revistillas juveniles, al margen de toda actualidad». Corpus Barga, su director, y todo el equipo de colaboradores habían realizado un «nobilísimo esfuerzo» para dar al público un semanario «"republicano, intelectual y juvenil", según frase de un comentarista», que no era otro que Salazar Chapela en el artículo citado. Tras recordar el contenido de algunas de sus secciones habituales, el escritor concluyó afirmando que «todo ello [...] denotaba la presencia potencial [...] de un espíritu nuevo, de un criterio muy selecto y entonado que hubiera concluido, a la postre, por imponerse, congregando a los lectores deseados». También expresaba su deseo de «que su ejemplo no sea estéril, que la efímera vida de *Diablo Mundo* sirva para suscitar, en tiempo oportuno y ya con todos los cabos bien

---

<sup>542</sup> Begoña Ripoll Martínez, *La Gaceta Literaria y la literatura española en la década de los 20*, ob. cit., p. 275. César Antonio Molina sospecha que bajo el citado seudónimo pudo esconderse la identidad de Miguel Pérez Ferrero, aunque no revela el porqué de su suposición (cfr. *Medio siglo de Prensa literaria española (1900-1950)*, ob. cit., p. 26),

atados, el gran semanario libre, político y literario, de gran expansión que sigue faltando en España». Como en «Dos revistas», el autor de «Literatura en las revistas» recordó también el nacimiento de *Leviatán*, aunque apenas se detuvo en el comentario de esta publicación «eminente política, de ideología socialista» y «sin contenido literario» (p. 165). Esto último no era del todo cierto, como ha sido dicho. Proyectos frustrados de 1934 fueron también *Así va el mundo* y *Plan*, dos revistas hoy desconocidas para los estudiosos del período. El antiguo *Boletín del Instituto de las Españas*, editado en la Universidad de Columbia, de Nueva York, se había transformado en *Revista Hispánica Moderna*, «una copiosa publicación trimestral» que podía considerarse española por imprimirse en Alicante «al cuidado inmediato de Juan Guerrero, un buen y generoso amigo de las letras»<sup>543</sup>.

Como un síntoma de recuperación de «la "cosa literaria"» interpretaron los editores del *Almanaque Literario 1935* el gran número de revistas literarias juveniles que habían visto la luz en el período reseñado. «Esta última cosecha de publicaciones», se afirmaba, «ofrece más bien, en su conjunto, un aire sumiso y conformista y, cuando la excepción se quiebra, es sólo por el lado de la arbitrariedad inocua» (p. 166). «¿No existirán razones para este cambio de tono en las revistas juveniles?», se preguntaba el autor del resumen, a quien le pareció que «su esclarecimiento nos llevaría demasiado lejos». Había que contentarse sólo «con la insinuación», para pasar «a revistar [*sic*] rápidamente las revistas de juventud literarias surgidas en

---

como tampoco lo hace Nigel Dennis (*cf.* *Diablo Mundo: Los intelectuales y la República. Antología*, *ob. cit.*, pp. 8-9).

<sup>543</sup> La publicación anunció la aparición del *Almanaque literario 1935* con esta nota, incluida en la sección «Noticias literarias»: «Bajo la dirección de Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero y Esteban Salazar Chapela se ha publicado en Madrid un almanaque literario en el que se recoge toda la información acerca del mundo de las letras en el pasado año. Trae además colaboración de casi todos los escritores importantes de España» (*Revista Hispánica Moderna*, New York, I, 3 (abril de 1935), p. 206).

1934». El inventario se inicia con *Literatura*, «cuadernos bimensuales de contenido un poco más amplio que el de otras revistas y digno porte» que dirigían Ricardo Gullón e Ildefonso M. Gil<sup>544</sup>. Sus colaboradores lo eran también de «las demás publicaciones afines. Hasta el punto, por tan repetidos, de que en realidad, todas ellas parecen la misma». Esas otras revistas eran *A la nueva ventura*, de Valladolid, dirigida por José M. Luelmo y Francisco Pino; *Boletín. Órgano del Ateneo Popular de Burgos*; *Ágora*, de Albacete; *Cinco*, de Vitoria; *Humano*, de León; *Brújula*, de Madrid; *El Gallo Crisis*, de Orihuela, y *Atalaya*, publicada en Lesaca del Bidasoa (Navarra)<sup>545</sup>. Las denominadas «grandes revistas» —«no son tantas las que merezcan esta calificación», precisaban (p. 167)— seguían publicándose con regularidad. *Revista de Occidente*, que había llegado a su año XII, mantenía su «alto tono», pero no ofrecía apenas novedades, aunque desde hacía algún tiempo se rumoreaba que no tardaría «mucho en enriquecerse con varias transformaciones que presten flexibilidad a sus páginas, recogiendo más minuciosamente y al día la actualidad superior de hechos, libros e ideas», cambios todos que, según se desprende de las palabras del autor del artículo, éste esperaba que se produjeran cuanto antes mejor. *Cruz y Raya*, ya en su segundo año de existencia, no obstante «su declarado confesionalismo», había sabido abrir sus páginas, «con generosidad ejemplar, a todas las manifestaciones intelectuales de primer plano». «¿Qué fue de *Los cuatro vientos*?<sup>546</sup>», se preguntaba el redactor al recordar que no había aparecido ningún número durante 1934 a pesar de no haber dado por concluida su andadura. Se trataba de una «revista sin necesidad visible —desde el momento

---

<sup>544</sup> La revista, editada en Madrid, dio a la luz seis números desde enero de 1934 hasta el otoño de ese mismo año. La edición facsímil, preparada por Ildefonso Manuel Gil, fue publicada en Zaragoza por el Departamento de Cultura y Educación del Gobierno de Aragón en 1993.

<sup>545</sup> *A la nueva ventura* cuenta con una edición facsímil (*Tres revistas vallisoletanas de vanguardia*. Valladolid, Ateneo de Valladolid, 1984), como sucede también en el caso de *El Gallo Crisis* (Orihuela, Ayuntamiento, 1975).

en que sus pilotos pertenecían ya a la generación madura y con otros medios de manifestarse—, mas no por ello superflua», aunque sí le parecía «demasiado blanca y neutra, sin parte crítica ni polémica» (p. 168). También merecieron unas líneas tres revistas cuyos contenidos no eran estrictamente literarios, «aunque puedan encontrarse originales de este orden en sus páginas»: *Residencia*, órgano de la Residencia de Estudiantes; *Revista de las Españas*, que había iniciado en 1934 una nueva época, y *Nuestra Raza*, dirigida, como sus antecesoras —*Revista de la Raza* y *La Raza*, en la que había participado muy activamente Salazar Chapela mientras trabajó para la CIAP—, por Manuel L. Ortega.

Tampoco puede considerarse una revista literaria, *strictu sensu*, *Gaceta de Arte*, con la que los editores iniciaron la revisión de la publicación «más jóvenes» que habían visto la luz por primera vez antes de 1934. La revista tinerfeña, dirigida por Eduardo Westerdahl, aunque centrada en las bellas artes, perseguía «una renovación total en el arte y en la vida» que resultaba de sumo interés para el autor del artículo, quien valoraba «el esfuerzo desplegado por los animosos pilotos de *Gaceta de Arte*» como algo «realmente único en nuestro medio». También merecían toda la atención, aunque no pudiera hacerse en la páginas de este almanaque, otras publicaciones, entre las que se encontraban *Art*, de Barcelona, y *Art*, de Lérida, revistas muy dispares, a pesar de la coincidencia de sus títulos<sup>547</sup>.

Por lo que se refiere a las publicaciones de contenido literario, el redactor se detuvo en el comentario de *Eco*, «una revista literaria muy fina y comedida, donde alternan las partes de creación, de crítica y de reseña» (p. 169). También aludió a *Frente Literario*, dirigida por Burgos Lecea, publicación que, según se afirma, «ha aparecido y desaparecido en 1934» sin llegar a

---

<sup>546</sup> Véase 4.5. Dos años después.

<sup>547</sup> Cfr. Juan Manuel Bonet, *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)*, ob. cit., p. 65.

alcanzar «en modo alguno las pretensiones con que se anunciaba de ser una continuación de *La Gaceta Literaria*»<sup>548</sup> (p. 169). «¿Se publicará aún *Octubre*, desapareció definitivamente?», se preguntaba el redactor, quien recordó que era ésta «una revista comunista» cuyo contenido «incide en lo social», razón por la cual «escapa voluntariamente a nuestras memorandas». A pesar de ello, no se olvidó de recordar que en sus páginas se publicaron prosas y poemas de Rafael Alberti, su director, «y de otros escritores comulgantes en su mismo credo, tales como Serrano Plaja, E. Prados, Luis Cernuda, Joaquín Arderius, César M. Arconada, etc.».

De muy distinto signo fue la barcelonesa *Azor*, dirigida por Luys Santa Marina, quien «ha llevado a estas páginas sus mismos gustos de anticuario, sus extrañas preocupaciones de arqueología literaria —¡oh, reflejos de Don Pedro Mourlane Michelena!—» y también «aportaciones muy estimables de otras procedencias. *Noreste*, editada en Zaragoza; la gaditana *Isla*, desde la desaparición de *Mediodía*, de Sevilla, representación de «la región andaluza en este mapa español de las jóvenes revistas» (p. 169)<sup>549</sup>, y *Presencia*, de Cartagena, son las publicaciones a las que se consagran las últimas líneas del artículo, en el que se informa asimismo de la inminente aparición de *Tierra Firme*, «revista de altas miras y muy selecto contenido, publicada por el Centro de Estudios Históricos, quien [*sic*] con esta publicación entrará así en

---

<sup>548</sup> Este «Periódico quincenal de Literatura, Ciencia y Arte» sólo ofreció cuatro entregas, en las que colaboraron, además de su director, de Sánchez-Trincado —secretario de redacción— y de Eugenio Mediano —secretario adjunto—, Arconada, Casona, Díaz-Plaja, Ramón Fera, Giménez Caballero, Gómez Mesa, Jarnés y Serrano Plaja, entre otros (*cfr.* Antonio Jiménez Millán, «La literatura revolucionaria en España (1931-1934). La revista *Octubre*», *La poesía de Rafael Alberti (1930-1939)*. Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz (Literatura, 1), 1984, pp. 74-75).

<sup>549</sup> Dirigida por Pedro Pérez Clotet, había iniciado su andadura en 1932. En ella colaboraron, además de algunos escritores antes vinculados a *Mediodía*, Max Aub, Benjamín Jarnés, Gerardo Diego y Eduardo de Ontañón, entre otros. José Antonio Hernández Guerrero reproduce los sumarios de todos sus números en su libro *Cádiz y las generaciones poéticas del 27 y del 36. La revista «Isla»* (Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1983, pp. 231-246).

la liza o saldrá a la vía pública, ampliando la órbita de su influencia»<sup>550</sup> (p. 170); de *Cartel*, sucesora de *La Esfera*, de *Ciudad*, «magazine de muy vario contenido, dirigido por Víctor de la Serna»; de *Sin fronteras*, que preparaba Rafael Alberti, y de la resurrección, bajo la dirección de Adriano del Valle, de la onuense *Papel de Aleluyas*, ahora titulada *Hojas de Poesía*<sup>551</sup>. El redactor del resumen olvidó mencionar *1616*, editada en Londres por Manuel Altolaguirre y Concha Méndez<sup>552</sup>. A su regreso, los poetas-impresores se encargarían de *Caballo verde para la poesía*, que dirigió Pablo Neruda. En 1935 vieron la luz también otras publicaciones de las que *Argos* nada sabía o nada quiso decir. Nos referimos a *Tensor*, que dirigió Ramón J. Sender<sup>553</sup>; a *Letra*, que publicó un único número bajo la dirección de Villegas López, con Rafael Gil y Luis Gómez Mesa como redactores; a la malagueña *Sur*<sup>554</sup>, y a *Nueva Cultura*<sup>555</sup>, donde se publicó la reseña más crítica de cuantas hemos

---

<sup>550</sup> *Tierra firme*, de la que fue director Enrique Díez-Canedo –Antonio Morón actuó como secretario–, contó con la colaboración de Gustavo Pittaluga, Julio Álvarez del Vayo, José Moreno Villa, Américo Castro, Luis de Zulueta, José M. Ots y Jorge Mañach, entre otros escritores.

<sup>551</sup> La revista, de la que existe edición facsímil (Sevilla, Renacimiento, 1982), se publicó finalmente en Sevilla. Sus dos únicos números fueron compuestos por Pepín Bello, Manuel Díez-Crespo, Carlos García Fernández, Antonio González-Meneses, Rafael López de Arco, Antonio Montes, Francisco Pachón y Luis Sánchez Moliní.

<sup>552</sup> La edición facsímil de *1616 (English & Spanish Poetry)* [1934-1935], prologada por José Antonio Muñoz Rojas, fue publicada en Vaduz-Madrid, por Topos Verlag- Ediciones Turner (Biblioteca del 36. Revistas en la Segunda República Española), en 1981.

<sup>553</sup> Existe edición facsímil de la revista, publicada con prólogo de José Domingo Dueñas Lorente y estudio preliminar sobre *Historia de un día de la vida española* –texto colectivo divulgado en sus páginas– a cargo de Marshall J. Schneider (Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses (Colección Rememoranzas 7), 2001).

<sup>554</sup> Esta «Revista de orientación intelectual» estuvo dirigida por Adolfo Sánchez Vázquez –también colaborador de *Octubre*– y el pintor y escritor José Enrique Rebolledo –*Enrique Sanín*–. En sus dos únicos números colaboraron, además de sus animadores, Alberti, Altolaguirre, Arconada, María Teresa León, Emilio Prados, Juan Rejano y Arturo Serrano Plaja, entre otros. La edición facsímil, con una introducción de María Dolores Gutiérrez Navas y una carta autógrafa de Adolfo Sánchez Vázquez fechada en México DF el 5 de octubre de 1992, fue publicada en Málaga por el Centro Cultural de la Generación del 27 en 1994.

<sup>555</sup> La edición facsímil de *Nueva Cultura. Información, crítica y orientación intelectual* fue publicada en Vaduz-Madrid por Verlag AG-Ediciones Turner (Biblioteca del 36. Revistas de la Segunda República Española, XII), en 1977.

podido leer sobre el *Almanaque literario 1935*<sup>556</sup>. Dirigida por Josep Renau, colaboraron en ella Rafael Alberti, Max Aub, Burgos Lecea, Juan Gil-Albert, María Teresa León, Margarita Nelken, Pla y Beltrán, Antonio Sánchez Barbudo, Sender, entre otros.

Como el resumen consagrado a ofrecer una visión panorámica de las publicaciones periódicas existentes en España durante 1934, también el artículo dedicado a las «Tertulias literarias», que apareció sin firma, pudo haber sido redactado, al menos en parte, por Salazar Chapela, cuya valoración de algunas de las peñas literarias existentes entonces concuerda extraordinariamente con el contenido de la síntesis que ofrece el almanaque. En ella se alude, en primer lugar, a las reuniones que se celebraban en torno a las redacciones de publicaciones periódicas como *Revista de Occidente*, a la que no asistía el escritor malagueño desde hacía tiempo, pero sí Guillermo de Torre, tal y como se menciona en este comentario, en el que se asegura que esta tertulia se mantiene «asidua y compacta desde hace más de diez años»<sup>557</sup>. En ella, «Ortega y Gasset mantiene el tono de la reunión y sabe llevar cualquier hecho a la plenitud de su significado», razón por la que «un escritor inglés, Walter Starkie, en un libro de sus andanzas por España, que acaba de publicar (*Spanish Raggle-Taggle*), dice que la tertulia de la "R. de O." es más bien un symposium donde Ortega oficia de Sócrates»<sup>558</sup>. La

---

<sup>556</sup> *Nueva Cultura* insistió en recordar la vinculación de los editores a la literatura pura, de la que daban en el libro una de sus últimas muestras. La publicación «se presenta como revista independiente de la UEAP y del Partido Comunista, si bien situada claramente en una postura ideológica de izquierda» (Jaime Brihuega, *La vanguardia y la República*, ob. cit., p. 37). Manuel Aznar Soler ha analizado su trayectoria en «*Nueva Cultura*. Revista de crítica cultural (1935-1937)», *Debats*, Valencia, 11 (marzo de 1985), pp. 6-19).

<sup>557</sup> «Variedades. Tertulias literarias», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 179.

<sup>558</sup> El libro citado (London, Murray, 1934) relata las experiencias vividas por su autor durante el viaje realizado en el mes de agosto de 1934. La traducción española, de la que se encargó Antonio Espina, está fechada en 1937. En esa versión, el fragmento aludido quedó así: «Al principio solía reunirse en el café Granja del Henar, pero Ortega y Gasset, la mente más europea de España, no era seguramente compatible con la atmósfera de un café de Madrid, y se trasladó con sus amigos al local de la Revista, donde ahora se reúnen todas las noches. La estancia donde se congregan está pintada de gris y se ilumina con lámparas



frecuentaban, además de los escritores habituales –Vela, Corpus Barga, Jarnés, Morente, Cabrera, Luzuriaga–, políticos profesionales, «restos del grupo orteguiano "al servicio de la República"», «algún ministro o ex ministro» y, de vez en cuando, Ramón Gómez de la Serna, quien «enjolgorece la tertulia». La revista *Cruz y Raya* congregaba en «un saloncillo de moderno pergeño» a José Bergamín, su director, y a algunos colaboradores, entre los que se cita a Imaz, secretario de la publicación, al filósofo Zubiri y a los jóvenes poetas Vivanco y Rosales. El epígrafe «En los círculos» recoge la escasa actividad literaria que se realizó en el Ateneo de Madrid durante 1934, año en el que este centenario centro cultural se encontraba ya «muy decaído socialmente», además de sufrir, «quizá en grado mayor y más visible que otros lugares, la influencia desnaturalizadora de los elementos pseudopolíticos» (p. 179). Para el redactor, como para Salazar Chapela, «está visto que, lamentablemente, la gente ibérica no ama los clubs y prefiere la promiscuosidad [*sic*] ruidosa de los cafés». Sólo la presencia esporádica de Unamuno, Valle-Inclán o Ricardo Baroja, cuando volvían a Madrid, servía para congregar en torno a sí a «algunos caballeros de muy varia condición», entre los que se cita a Ledesma Miranda, Francisco Vighi, Juan Chabás, Sender, Rosario del Olmo y Valentín Andrés. El Círculo de Bellas Artes, «casino de la mesocracia madrileña» (p. 180), no debería incluirse en esta relación, según se nos advierte, «pero un escrúpulo de totalidad» ha hecho que se mencione la presencia regular allí de «alguna figura literaria», como es el caso de Julio Camba, Hernández Catá, Blanco-Fombona, el escultor Juan Cristóbal y el torero Juan Belmonte, al que se refirió el autor del artículo con este irónico comentario: «No seamos

---

discretas. La emigración ha cambiado el antiguo corrillo de café en un *cenacle* intelectual, para ser más preciso, en un *symposium*» (Walter Starkie, *Aventuras de un irlandés en España*. Madrid, Espasa-Calpe (Colección Austral, 1362), 1965, p. 217).

exigentes. Con este último tertuliano –en serio– el Círculo de Bellas Artes sí que cobra verdadero rango intelectual...».

Fue en los cafés, como ya ha sido dicho, donde tuvieron acomodo a lo largo de 1934, del mismo modo que sucedió en años precedentes, las más conocidas y concurridas tertulias, aunque también allí se pudo percibir que los tiempos habían cambiado. La política había separado a antiguos amigos, que se reunían entonces con sus nuevos correligionarios ideológicos. El Lyon, donde se veían tres peñas distintas, fue el primer local en el que se detuvo el escritor. Allí seguían compartiendo su pasión por la literatura los contertulios de Salazar Chapela, muy próximos a la peña del «banco azul», ya mencionada. En otro rincón del café departía Valle-Inclán, cuando volvía de Roma, con sus amigos Anselmo Miguel Nieto, el doctor Salvador Pascual, el pintor Palacio, Mora del Pino, Luis Calvo y el dibujante Penagos. En la Granja del Henar, a la que Salazar Chapela había asistido con regularidad durante los años veinte, cuando el café era «un vivero de tertulias literarias» (p. 181), acudían también algunos grupos, aunque «hoy sus gentes se han desplazado, en su mayor parte, a otros lugares, combinando nuevas "asociaciones y permutaciones"». Allí podía verse todavía a Rodolfo Halffter, Pittaluga (hijo) –ambos buenos amigos de Salazar Chapela–, Santiago Ontañón, Espinosa, Arniches (hijo) y Gotapos, entre otros. El café Regina era el lugar preferido por los contertulios de Manuel Azaña, quien se ausentó del local «cuando abandonó la literatura –la novia pobre– para lanzarse a la política». «Guardando el fuego sagrado» permanecían en el lugar Domenchina, Díez-Canedo, Martín Luis Guzmán, Paulino Masip, Cipriano de Rivas Cherif y Luis G. Bilbao. Los arquitectos y sus amigos se encontraban en la Alegre Ballena, donde podía verse después del almuerzo a Manuel Sánchez Arcas y Luis Lacasa. García Lorca, Eduardo Ugarte, los miembros de La Barraca y estudiantes de la Residencia se reunían, con Pablo Neruda como invitado, en la Cervecería de Correos, mientras que León

Felipe, «tornado momentáneamente de las Américas», frecuentaba el Negresco, donde habían aparecido «"peñas" transplantadas de otros cafés». El redactor del resumen no se olvidó de mencionar la existencia de una tertulia fascista, la del café Europa, en la que Murlane Michelena hablaba «silabeante, dulce, amable, añorante siempre de no sabemos qué paraísos galanos, idos, perdidos». Junto a él, «le escuchan con el arrobo que produce un escritor tan bueno como culto», se afirma con ironía, escritores falangistas como Sánchez Mazas, Juan Aparicio y José María Alfaro<sup>559</sup>.

La actualidad del café Pombo la relató su fundador y animador, Ramón Gómez de la Serna, como ya ha sido dicho en páginas precedentes. Esta nueva etapa de la conocida tertulia estuvo marcada no tanto por una actitud diferente de su promotor, como él mismo confesó —«me senté de otra manera en Pombo, porque ya estaba de vuelta del mar por segunda vez, con el convencimiento acrecido de que el mundo es menos mundo de lo que parece»<sup>560</sup>—, sino por los cambios que se habían producido en Madrid y en España. «El pobre Ramón se nos muestra muy triste y escéptico», afirmó Miguel Romá al reseñar el volumen<sup>561</sup>. Lo estaba, en efecto, porque había descubierto que nada había mejorado desde que se fue a América: «los artistas en el mismo abandono, los escritores sin saber dónde escribir» (p. 173). Quienes habían podido hacerlo, optaron por convertirse en profesores

---

<sup>559</sup> En una carta de Enrique Jardiel Pondela a José López Rubio fechada en Madrid el 23 de junio de 1933, el escritor se refería así a la citada reunión: «La *peña* del Europeo (Montes, Murlane Michelena, Ros, Ferrero, Cuenquita, Fernando de la Cuadra, etc.) languidece en un fascismo triste y etimológicamente pedante. Ha habido una escisión: la del señor Pérez Ferrero (don Miguel) el cual se ha pasado con armas y bagajes a otro grupo, de índole castiza y entronque flamenco: la Argentinista, Sánchez Mejías, Lorca, supongo que Ugarte, Ontañón, etc.» (José López Rubio, *La otra generación del 27. Discurso y cartas*. Edición, introducción y notas de José Ma. Torrijos. Madrid, Centro de Documentación Teatral, 2003, p. 179).

<sup>560</sup> Ramón Gómez de la Serna, «Variedades. El año pombiano», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 172; artículo reproducido en Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*. Barcelona, Editorial Juventud (Colección Z, 57), 1960, pp. 164-172.

<sup>561</sup> Juan Miguel Romá, «Guillermo de Torre, M. Pérez Ferrero y E. Salazar Chapela. *Almanaque Literario 1935*», *Nueva Cultura*, Valencia, 3 (marzo de 1935), p. 3.

de Instituto. La República «premió a los intelectuales reborondos, perezosos en butacas inglesas, premiosas de estilo y de investidura, lejanos a la nidada de esos pasajeros de la calle que son los que podían hacer nacer otro romanticismo literario» (p. 174). Ramón, a pesar de sus treinta años de dedicación a «libros, artículos, emisiones de radio, conferencias, viajes, con una gran continuidad, sin la interrupción de un día, sin contacto ninguno con la política, sin la protección inconfesable de los doctores generosos, sin laborear fuera de mis zaquizamíes» (p. 173), confesaba, se veía «como el hambriento número uno de España»<sup>562</sup>. Sin embargo, los sábados, días de tertulia y de optimismo, Ramón podía «atender al condumio de excepción», aunque «las conversaciones han girado muchas veces sobre esa miseria sin eco, y las preguntas eran desoladoras y la palidez de los muchachos asustaba» (p. 174).

Desde su independencia, Ramón presidía su tertulia, «esa espera suprema». El encuentro le resultaba necesario porque «sobre toda ruina tenemos que provocar aquí esa gran compensación que debe producir el cenáculo cuando la admiración y el resarcimiento se amenguan o se ciegan». Allí gritaba y ejercía el derecho de admisión, como, según afirmó, sólo puede usarse; es decir, «de un modo guerreante y amplio». Rechazó «las voces cargantes o impertinentes —de jovencitos o de viejecitos—», a los enemigos —«convertidos en directores generales, en pedagogos, en empleados, en secretarios de Ayuntamiento»—, al memo, «al que traía una insignia que debía abandonar» (p. 175), a los procedentes de otras tertulias...

Ramón se veía a sí mismo como alguien «que nunca será académico». A los más jóvenes los previno, durante todo el año, «contra los ambiguos y contra los revolucionarios políticos» (p. 176). Según él, si «nuestra revolución

---

<sup>562</sup> El polifacético escritor presentó por ello en su resumen «una completa requisitoria contra el nuevo ambiente semioficioso y un planto por la independencia perdida y la pureza

artística y literaria es tan incomprensible para los revolucionarios sociales, [...] bien podemos nosotros negarnos a comprender sus premisas simples y deleznable». La presencia de «demasiados comunistoides, y entre ellos los que se complacen con miradas y aproximaciones detestables», le llevó a considerar la posibilidad de clausurar Pombo. Pero la tertulia era su «único contacto con el mundo» (p. 177). A ese reducto acudieron, durante 1934, asiduos y eventuales, entre los que se cita a Guillermo de Torre, Fernando Vela, Samuel Ros, Edgar Neville, Antonio de Obregón, Serrano Plaja, Venegas, Marichalar, Bergamín o Mauricio Amster. Salazar Chapela hacía años que había dejado de pisar aquel emblemático local.

Una de las actividades que le reportaron algunos ingresos a Ramón en aquel tiempo fueron sus colaboraciones en la radio, un medio de comunicación que se abría camino en España<sup>563</sup>, según explicó el dramaturgo Isaac Pacheco —miembro del comité madrileño Luis Sirval— en un breve resumen sobre la presencia de las letras en las ondas durante 1934. «La literatura española, en sus distintos aspectos, ha estado representada por escritores, dramaturgos y poetas de diferentes modalidades literarias», afirmó el escritor<sup>564</sup>, antes de advertir que no sería posible nombrarlos a todos ellos, por lo que prefirió citar únicamente a *Azorín*, «que estrenó un drama, *Ifach*, con un prólogo escrito únicamente para radiarlo»; las adaptaciones radiofónicas de obras de

---

imposible» (José-Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, ob. cit., p. 310).

<sup>563</sup> «Cuando se proclama la II República», la radio es ya «un importante medio de difusión», ha afirmado Carmelo Garitaonandía Garnacho después de analizar «La radiodifusión durante la Dictadura de Primo de Rivera. Los orígenes» (en José Luis Delgado (ed.), *La crisis de la Restauración: España, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República*. II Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea de España dirigido por Manuel Tuñón de Lara. Madrid, Siglo XXI Editores, 1986, p. 401). El año de 1933 se considera «de esplendor para la radiodifusión española» (Lorenzo Díaz, *La radio en España, 1923-1997*. Prólogo de Manuel Vázquez Montalbán. Madrid, Alianza Editorial (El Libro de Bolsillo: Libros Prácticos, 1834), 1997, p. 613). Un año después se promulgó una Ley de Radiodifusión (cfr. Luis Ezcurra, *Historia de la radiodifusión española. Los primeros años*. Madrid, Editora Nacional (Comunicación), 1974, p. 239 y ss.).

Shakespeare, Hugo, Ibsen o Goethe, y el teatro extranjero de Cocteau, Tristan Bernard o Cami. Se prestó especial atención al aniversario de Cervantes, del mismo modo que se estaba haciendo con motivo del tercer centenario de la muerte de Lope de Vega. Pero lo que parecía interesarle más a Isaac Pacheco<sup>565</sup> era afirmar el carácter popular de la radio, medio que, «sin distinción de matices ideológicos, lanza la palabra, para que toda sensibilidad espectadora halle en la voz la emoción precisa para el espíritu que recoge sus vibraciones sonoras» (p. 170). La radio se convertía así en «el centro de la democracia social, puesto que en ella existen todas las ideas rematadas en la antena, eje en torno al cual gira el sentido universal de los seres y de las cosas». También recordaba que «la extensa labor de la radio hay que subrayarla por su eficacia colectiva y su alcance cultural», infinitamente mayor que el que consiguen los periódicos y las bibliotecas.

### 5.2.1.2.1.3. La España regional<sup>566</sup>

En este apartado se incluyeron once colaboraciones en las que se alude a dos tipos diferentes de actividades. Por un lado, el comentario acerca de la labor que realizaban las Misiones Pedagógicas y La Barraca por toda la geografía española, dos artículos claramente reivindicativos, como habremos de ver. Por otro, las reseñas acerca de la producción literaria y cultural que se había desarrollado, por orden de publicación, en Castilla, Andalucía, Cataluña, Levante y Mallorca, Galicia, Aragón, Asturias, Vascongadas y Navarra y las Islas Canarias. En todos los casos, los editores del *Almanaque Literario*

---

<sup>564</sup> Isaac Pacheco, «Variedades. Literatura en la radio», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 171.

<sup>565</sup> El colaborador del almanaque había publicado en 1934 una adaptación de *La madre*, de Gorki, con prólogo de Ramón J. Sender, titulada *1º de mayo*. El escritor aragonés reseñó dos obras teatrales de Pacheco, *Rodríguez* y *Dos personajes y un fantasma*, en *Tensor* (Madrid, 1-2 (agosto de 1935), pp. 45-46).

<sup>566</sup> La premura con la que se confeccionó el almanaque impidió a los editores rectificar las diferencias que se observan en el título de esta sección, denominada «Mapa de España regional» en su inicio, y «Mapa regional de España» en el índice.

1935 contaron con la colaboración de escritores vinculados a esos lugares, aunque algunos de ellos residían por aquel entonces en Madrid.

Arturo Serrano Plaja es el autor de «Misiones Pedagógicas. La literatura en los pueblos», artículo en el que el joven escritor explicó el funcionamiento de la institución creada por Cossío y su experiencia como «misionero». «La pintura, la música, la literatura en sí, quizá no interesen a la gente de los pueblos», escribía Serrano Plaja, pero todos muestran «su entusiasmo por las Misiones, como queda bien patentizado [*sic*] en las aglomeraciones que, muy comúnmente, se producen en los reducidos locales de los pueblos»<sup>567</sup>. Sus habitantes tienen tal «apetencia de "ver cosas", de "oír cosas"», que eso mismo «les impide recrearse en las cosas mismas, los incapacita para de verdad verlas y oírlas». Sólo el teatro y el guiñol, dirigido este último por Rafael Dieste, «consiguen de la gente que se olvide de que quieren ver y vean». Por ello le parecía «desproporcionado» al redactor hablar de «literatura en los pueblos», lugares de España que desde hace cuatro siglos necesitan «olvidarse [de] que tienen hambre» (p. 274). Para conseguirlo, «el camino más sencillo [es] que coman. Y que al mismo tiempo sepan para qué comen, para qué viven. (Si es que es posible saberlo)». Misiones Pedagógicas no ignora «en modo alguno», proseguía el escritor, «el cruel y angustioso problema material de casi todos los pueblos españoles», pero «no está en sus posibilidades resolverlo, y así se han de limitar a su actividad propia». Con la llegada de los misioneros, los habitantes de la España rural alimentan su fe en las mejoras que precisan. Si éstas no llegan, «serán las Misiones —en su espíritu— las primeras que se sentirán defraudadas, ya que en su generosidad contaban implícitamente con la generosidad de todos aquellos que tengan conciencia de su propia responsabilidad». La advertencia, era, en aquellos momentos —cuando el Gobierno de la República había mostrado

muy poco aprecio a la iniciativa<sup>568</sup>— obligada. «¿Cómo es [...] posible la falta de atención, la casi total ausencia de una colaboración crítica, ya que no activa, de una mayoría de los intelectuales españoles autorizados para ello?» (p. 274), se preguntaba Serrano Plaja, quien denunció también «la enorme distancia, cada vez en trance de hacerse mayor, que hay entre los intelectuales y el pueblo. Entre los que debían ser directores y los que "no son" dirigidos». Al escritor, que no deseaba caer en el derrotismo, sólo le quedaba un consuelo, frente a la «despreocupación» e incluso la «burla que casi de un modo sistemático se hace de las pocas cosas que con un impulso de generosidad se producen en España»: el gesto de los campesinos. «Porque él, el campesino, aún está en su sitio y con su dignidad. Pero ¿basta? ¿Consolará esto a la larga?», se preguntaba para finalizar.

También Rafael Rodríguez Rapún, secretario de La Barraca, utilizó la oportunidad que le brindaron los editores de la obra para denunciar la falta de apoyo al proyecto que ofrecía la universidad, aun cuando el grupo llevaba actuando «durante tres años con la dignidad y honradez artística que lo ha hecho»<sup>569</sup>. Los claustros universitarios, afirmaba, «no han sido capaces de asegurar la vida de ésta, librándola de la tutela directa del Estado y, por consiguiente, de los vaivenes políticos que la ponen en continuo trance de muerte». La Barraca, cuya breve historia se narra sumariamente en el artículo, había llevado a los pueblos españoles obras de Calderón, Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Juan de la Encina y Antonio Machado.

---

<sup>567</sup> Arturo Serrano Plaja, «Mapa de España regional. Misiones Pedagógicas. La literatura en los pueblos», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 273.

<sup>568</sup> «Durante el Bienio azañista, las Misiones dispusieron de un presupuesto creciente, y lo contrario ocurrió durante el bienio de las derechas, deseando éstas la supresión de esas Misiones, que, a pesar de representar una gota de agua en el desierto, indudablemente tenían un prestigio muy grande y representaban el espíritu de la República y de la Institución Libre de Enseñanza: por eso mismo eran peligrosas» (Jean Bécarud y Evelyne López Campillo, *Los intelectuales españoles durante la II República*, ob. cit., p. 40).

<sup>569</sup> Rafael R. Rapún, «Mapa de España regional. El teatro universitario. La Barraca», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 276.



Durante los meses de agosto de 1933 y de 1934 el grupo había actuado en la *Universidad Internacional de Verano de Santander*, lo que le proporcionó gran resonancia internacional. «No se crea por todo esto que La Barraca es todo un teatro de arte, no», advertía Rapún. «Es un teatro de *experimentación*» en el que lo que cuenta es la intención, «aunque dado el lamentable espectáculo del teatro español contemporáneo ya es bastante este ansia de un teatro mejor, asequible a la gran masa que lo espera como una *lluvia fresca confortadora*» (p. 277).

No todos los autores de los resúmenes del año en las diferentes regiones de España mostraron la misma actitud en sus artículos. Para algunos, como advirtió Ildefonso M. Gil, era muy difícil describir la producción literaria de una región, pues, según creía, «se acentúa cada vez más, y éste es el fenómeno más interesante dentro del límite local, la separación entre los escritores que se llaman gustosamente "aragonesistas" y los que prefieren llamarse escritores nada más»<sup>570</sup>. Los primeros, «limitados a los temas regionales, ceñidos a lo típico, sin preocuparse, salvo en raros casos, de proyectar sus escritos sobre algo universal», parecían interesarle bien poco a Gil, que prefería a aquéllos «que no ponen límites locales, antojos de costumbrismo, a sus obras». En este segundo grupo se encontraban escritores jóvenes como Seral y Casas o Raimundo Gaspar. Fuera del inventario había que situar a escritores aragones como Sender o Jarnés, «que han creado y vivido fuera de su región». Especial mención recibieron los miembros del grupo *Noreste*, organizadores de una cuidada exposición de pinturas de Genard Lahuerta y Pedro Sánchez que habían completado con una sesión de charlas a cargo de escritores jóvenes, entre los que se encontraban Ricardo Gullón y Max Aub, aunque «no llegaron a profesarse dichas conferencias, por causas bien ajenas a toda índole artística y literaria». De los miembros

---

<sup>570</sup> Ildefonso Manolo Gil, «Mapa de España regional. Aragón», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 286.

de *Noreste* y de *Cierzo*<sup>571</sup>, escribió Gil, cabía «esperar no lejanamente fecundos resultados» (p. 287).

También Alfonso Rodríguez Aldabe, coeditor de la revista *Atalaya*, se veía obligado a excusar su silencio en torno a autores vascos como Baroja, Grandmontagne «y otros porque sus actividades son ventajosamente conocidas en el resto de España y en el extranjero»<sup>572</sup>. Su relato se centró por ello en las actividades culturales locales, promovidas por los ateneos de las cuatro provincias objeto de comentario, entidades que, a excepción del de Guipúzcoa –por el que «desfila anualmente lo más selecto del pensamiento español y francés» (p. 288)–, languidecían por momentos. Breves menciones a las revistas y a las ediciones aparecidas en 1934 completan el resumen, en el que se incluye una pequeña alusión a «las consabidas biografías de hombres ilustres debidas a eruditos provincianos de prosa amazotada y que, francamente, no interesan a nadie pero que es imposible evitarlas del mercado a pesar de la buena voluntad de muchos jóvenes» (p. 289).

Parecido desánimo sobre la vida literaria de su tierra expresó el escritor burgalés Eduardo de Ontañón al referirse a Castilla, «la región más difícil, más disforme y huidiza de las que viven dentro de nuestra piel de toro»<sup>573</sup>. Castilla apenas se movía, por lo que sólo pudo referirse a las actividades promovidas por el Ateneo Popular Burgalés, la única institución que ha dado «muestra de inquietud y agilidad literaria, llamando para uno de sus cursillos de la temporada a cuatro de los más destacados escritores jóvenes»: Miguel Pérez Ferrero, Gerardo Diego, Francisco de Cossío y Guillermo de Torre. «El dormido vivir de la región» apenas se había desperezado con las iniciativas de la Universidad Popular de Segovia y del «esplendoroso»

---

<sup>571</sup> La revista zaragozana ha sido publicada en edición facsímil, con prólogo de José Enrique Serrano Asenjo (Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1995).

<sup>572</sup> Alfonso Rodríguez Aldabe, «Mapa de España regional. Vascongadas y Navarra», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 289.

Ateneo de Valladolid, centro este último en el que se celebraron «cerca de cincuenta actos, entre conferencias, lecturas de versos, exposiciones de pinturas y cerámicas, y conciertos» durante 1934.

Tampoco fue «el año poético catalán demasiado fecundo», afirmó Félix Ros en el inicio de su artículo, pues la calidad no logró compensar «a la extensión»<sup>574</sup>, tal y como demostró en el catálogo de las letras catalanas que, género a género, y autor a autor, trazó el que fuera redactor-jefe de *Diablo Mundo*. Emilio Mistral, por su parte, lamentó que en Asturias, donde tanto proliferaban los semanarios y los ateneos y bibliotecas, «la cosecha de este año no respond[iera] a la siembra realizada»<sup>575</sup>. Los libros publicados, entre los que se citan obras de Menéndez Pidal, Alfonso Camín, Edmundo González Blanco y Luis de Santullano, eran muy escasos, por lo que el redactor prefirió anunciar los títulos que se preparaban para 1935, entre los que se hallaba el volumen de reportajes *¿Dónde va Cuba?*, del «pulcro escritor y poeta Luis Amado Blanco», que habían sido publicados previamente con gran «aceptación en las páginas de un diario matritense de la noche» (p. 288).

Al margen de la crisis a la que aludieron muchos comentaristas, Galicia «siguió, en el campo de las letras, la línea de fecundidad marcada por los anteriores» años<sup>576</sup>, aseguró el poeta y periodista Roberto Blanco Torres en su resumen, en el que se refirió, entre otras obras, a *Ensayo histórico de la cultura gallega*, de Ramón Otero Pedrayo, «la primera tentativa, bien lograda, de una historia sobre el perfil fisiognómico [*sic*] de nuestra cultura»,

<sup>573</sup> Eduardo de Ontañón, «Mapa de España regional. Castilla», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 278.

<sup>574</sup> Félix Ros, «Mapa de España regional. Cataluña», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 281.

<sup>575</sup> Emilio Mistral, «Mapa de España regional. Asturias», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 287.

<sup>576</sup> Roberto Blanco Torres, «Mapa de España regional. Galicia», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 285.

y a *Cantiga nova que se chama ribeira*, de Álvaro Cunqueiro, «un volumen de poesías que bastaría a exaltar a toda una generación de poetas si esta generación no hubiese alumbrado –pródiga– númenes exquisitos». Entusiasmo por las letras de su tierra expresó también el poeta e historiador de la literatura murciano Antonio Oliver Belmás quien, al citar los libros editados en 1934, se refirió en primer lugar a su poemario *Tiempo cenital*, para citar después *Perito en lunas*, de Miguel Hernández y *Júbilos*, de Carmen Conde, su esposa, obras todas que, junto a las que se anunciaban para 1935, venían a demostrar «de una manera terminante ese rasgo de grupo, de familia o de escuela, en el que yo encuentro la importancia actual de las Letras de Levante»<sup>577</sup>. Satisfecho por ello, evitó referirse, «por falta de espacio y de propósito» a otras regiones de Levante como Cataluña –reseñada como hemos visto por Félix Ros– y Valencia, cuya ausencia del *Almanaque Literario 1935* fue señalada por *Nueva Cultura*<sup>578</sup>. Pero si Juan Gutiérrez Gili o Max Aub, algunos de los nombres que se citan al paso, no merecieron la atención de Oliver, éste sí deseó «subrayar la labor literaria del grupo balear, poco conocida de los peninsulares». Artículos muy partidistas fueron también los consagrados a Andalucía y a Canarias. El primero, redactado por el onubense Rafael Vázquez-Zamora, director de la revista *Eco*, exponía con orgullo la imposibilidad de reseñar toda la producción literaria de su región: «Por extenso que fuera mi recuerdo de poetas del Sur, siempre quedarían muchos sin citar», advirtió<sup>579</sup>. A pesar de ello, redactó un inventario de vates andaluces que completó con referencias a algunos prosistas de la región, entre los que incluyó a los hermanos Carlos y Pedro Caba, colaboradores de *Eco* y autores, según Vázquez-Zamora, de «la obra

---

<sup>577</sup> Antonio Oliver Belmás, «Mapa de España regional. Levante y Mallorca», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 284.

<sup>578</sup> Cfr. Juan Miguel Romá, «Guillermo de Torre, M. Pérez Ferrero y E. Salazar Chapela, *Almanaque literario 1935*», art. cit. p. 3.

literaria andaluza más importante de 1934», *Andalucía: su comunismo y su cante jondo*, «la interpretación más seria, mejor documentada y más penetrante que hasta ahora se haya dado del alma de Andalucía». Un recuerdo final para Ignacio Sánchez Mejías, «hombre que supo fundir como nadie lo castizo y lo intelectual», y para Salvador Rueda y Alejandro Collantes de Terán, fallecidos en 1933, completa el resumen. Eduardo Westerdhal firmó un artículo sobre Canarias consagrado, casi exclusivamente, al comentario de las artes plásticas en las islas. Interesado sólo en «las expresiones positivas de una nueva sensibilidad», y no en «el farrago de manifestaciones del viejo mecanismo»<sup>580</sup>, el director de *Gaceta de Arte* se refirió a esta publicación, «aunque de manera simplemente expositora, por ser parte interesada en ello», como la única iniciativa digna de mención en el aspecto literario «o de propaganda de ideas» (p. 290).

#### 5.2.1.2.1.4. Negro sobre blanco

La producción editorial española, revisada en las páginas del *Almanaque Literario 1935*, se completó con varios artículos que aparecieron insertados en distintas secciones del volumen. Los libros políticos fueron «estudiados con valiente sagacidad», al parecer de Domenchina, «por Antonio Espina»<sup>581</sup>. En su opinión, «la obra de carácter político neto más importante, sin duda, de las publicadas en España en 1934», fue *En el poder y en la oposición*, de Manuel Azaña, «pues, además de su valor intrínseco, abarca en sus dos grandes volúmenes todo el panorama nacional durante el período comprendido entre septiembre del 32 y mayo del 34»<sup>582</sup>. Como otros miembros de su generación, Espina también ensalzó, «por su finura y

---

<sup>579</sup> Rafael Vázquez-Zamora, «Mapa de España regional», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 280.

<sup>580</sup> Eduardo Westerdahl, «Mapa de España regional. Islas Canarias», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 289.

<sup>581</sup> Gerardo Rivera, «Literatura. Almanaque literario 1935», art. cit.

agilidad intelectual» (p. 122), las *Meditaciones políticas* de Ángel Sánchez Rivero. Las virtudes del malogrado escritor eran un ejemplo a seguir en una época muy poco ejemplar, un tiempo en la que creadores como Manuel D. Benavides –autor de *El último pirata del Mediterráneo*, un «libro de gran éxito» (p. 123) entonces– fueron perseguidos judicialmente y salieron desterrados de España por relatar la vida «de un opulento aventurero español de nuestros días», el banquero Juan March, «alrededor del cual gira todo un mundo abigarrado, casi siempre extralegal, cuya descripción acredita una vez más las dotes de novelista del autor». Espina recordó asimismo otros títulos publicados, entre los que se encuentran *Historia del reinado de Alfonso XIII*, de Melchor Fernández Almagro; la traducción de *El capital*, de Marx, realizada por Wenceslao Roces, y *La nueva Catolicidad*, «interesante volumen» en el que Giménez Caballero «coloca las [cosas] de España y las de Europa en el lugar que le place a su fresca fantasía, empleando para ello su indiscutible ingenio, su cultura y la fuerza expresiva de un estilo de auténtico escritor».

Pocas obras de interés pudo reseñar Luis de Sosa, colaborador de la hoja literaria de *El Sol*, en «Libros de Historia», porque 1934 había sido un «año en barbecho»<sup>583</sup>, un «año de estudio, de preparación», que, en opinión del redactor, auguraba «un gran avance para la siguiente etapa» (p. 147). Durante doce meses «la Historia abandonó el libro para buscar el suceso en otros campos de trabajo» (p. 146), entre los que el autor mencionó la Academia y la Universidad. En «Los libros de arte», José María Marañón lamentó que la producción libresca sobre la que trataba su artículo no sobrepasara el medio centenar de títulos. Era, en efecto, un «número escaso [...], pero a tono con la producción general española», con «el panorama

---

<sup>582</sup> Antonio Espina, «Libros políticos», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 121.

<sup>583</sup> Luis de Sosa, «Libros de Historia», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 144.

literario español [...] y los difíciles tiempos que corremos»<sup>584</sup>. En parecidos términos se expresó Luis Santullano al referirse a los «Libros de educación y pedagogía», porque, a pesar del interés que suscitaron las cuestiones educativas en la España de los años treinta, «la producción bibliográfica original» era entonces «todavía escasa»<sup>585</sup>. Además de citar algunas traducciones, Santullano se detuvo en el comentario de *Hacia una escuela más humana*, libro en el que Rodolfo Llopis –ex Director General de Primera Enseñanza– «recoge las tendencias y preocupaciones importantes de la hora».

También los libros consagrados al ocio publicados durante el año quedaron registrados en las páginas del almanaque. Rafael Peregrino, sin duda un apropiado seudónimo bajo el que tal vez se esconde la identidad de uno de los editores, firmó el artículo «Libros de viajes». Reediciones de clásicos –*Viaje por España*, de Gautier, o *Un invierno en Mallorca*, de George Sand–, guías actuales de Cataluña y Baleares y relatos de expediciones realizadas a África y a América son algunas de las obras inventariadas por el autor, quien no quiso dejar de recordar *Madrid-Moscú* y *Viaje a la aldea del crimen*, de Ramón J. Sender, «presentación reposada, para lectores sedentarios, de dos brillantes actuaciones periodísticas, no exentas de pasión»<sup>586</sup>. Menos copiosa resultó la producción de libros dedicados al deporte, entretenimiento que había experimentado un gran auge desde los años veinte. Según Pablo Hernández Coronado, autor del comentario, «las publicaciones deportivas españolas del año pasado, aparte de la Prensa y otras manifestaciones periódicas, como el Anuario de la Federación Española de Fútbol»<sup>587</sup>,

---

<sup>584</sup> José María Marañón, «Los libros de arte», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 110.

<sup>585</sup> Luis Santullano, «Libros de educación y pedagogía», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 142.

<sup>586</sup> Rafael Peregrino, «Libros de viajes», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 148.

<sup>587</sup> El fútbol se había profesionalizado en 1926 (cfr. Jesús Polo del Barrio, «El fútbol español hasta la guerra civil», *Revista de Occidente*, Madrid, 62-63 (julio-agosto de 1986), pp. 85-101).

distaban mucho de las que el lector podía encontrar en el extranjero, donde «los pasados doce meses ha[bían] sido verdaderamente prolíficos»<sup>588</sup>. Aquí, «aunque el deporte y sus técnicas han llegado ya a un grado de perfección difícil de superar» –afirmaba el redactor–, sólo podían encontrarse tratados sobre natación, «el *sport* que se ha extendido más rápidamente en los últimos años»<sup>589</sup>.

Los libros para niños habían sido, también, «pocos, como siempre», se quejaba la escritora Elena Fortún en su colaboración<sup>590</sup>. «Hasta hace algún tiempo la fantasía de los niños españoles se ha nutrido exclusivamente de cuentos clásicos. Bellos cuentos, en verdad; pero ninguno nacido en nuestra tierra áspera y poco accesible a la ternura», afirmó la creadora de Celia, para quien ya iba siendo hora «de que el niño vea reflejado su país en las páginas de un libro español», de «que el héroe camine por pinares de España, beba agua fresca en botijo de barro y viva en una casita encalada de Castilla, para que realidad y cuento se hagan una sola poesía en su alma» (p. 150). En esta línea se sitúa *Amanecer*, de Josefina Bolinaga, obra galardonada con el premio nacional de Literatura de 1932 que no fue publicada hasta 1934, un año que resultó especialmente bueno para la poesía infantil, «hasta ahora [...] desperdigada en libros viejos y nuevos». En esos meses vieron la luz dos antologías pensadas para los más pequeños: *Cordialidades*, seleccionada por Antonio Fernández, y *Poesía infantil recitable*, preparada por José Luis Sánchez Trincado y D. Olivares Figueroa. A esta última se había referido Salazar Chapela en su artículo sobre la lírica (p. 76), en el que aludió también

---

<sup>588</sup> Pablo Hernández Coronado, «El deporte en los libros», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 154.

<sup>589</sup> La situación no mejoró mucho en las décadas siguientes, según señala Mila García Bonafé, quien denuncia «la escasez en nuestro país, si exceptuamos algunas monografías que se ocupan de determinados deportes, de estudios sobre el tema» («Notas para una historia del deporte en España», *Revista de Occidente*, Madrid, 62-63 (julio-agosto de 1986), p. 35).

<sup>590</sup> Elena Fortún, «Libros de niños», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 149.



a la aparición de *Júbilos*, de Carmen Conde, poemario que comentó asimismo Antonio Oliver Belmás y Elena Fortún, a quien le parecía que contenía «poemas en prosa de niños y flores, plenos de emocionada ternura». No se trataba de un libro editado para los niños, pero «todo él está transido de infancia, de risas claras de niños y chapoteo infantil en agua mediterránea» (p. 151).

En prosa, los pequeños lectores pudieron escoger entre el premio de Literatura *Flor de leyendas*, de Alejandro Rodríguez Casona; *Luna fría, patinadora*, de María Teresa León —«libro moderno de imágenes modernas, de creación» (p. 153), que ilustró Rafael Alberti<sup>591</sup>—, y los cuatro últimos tomos de las aventuras de Celia, cuyo contenido explicó muy por extenso Elena Fortún, su autora, quien finalizó su exposición reivindicando el valor de la ilustración y recordando que los adultos «no tenemos derecho a escatimar el arte en el libro del niño», pues «el manantial de arte y poesía, que, caudaloso o escaso, todos llevamos en el corazón, fue alumbrado en los días más lejanos de nuestra niñez».

En la sección titulada «Movimiento editorial», con la que se cierra el volumen, Pérez Ferrero, De Torre y Salazar Chapela incluyeron una encuesta realizada a los editores de España, un resumen de las actividades llevadas a cabo por la Agrupación de Editores y algunas noticias acerca de la III Feria del Libro, cuya celebración estaba prevista para la primavera de 1935. Con la primera de las dos preguntas que dirigieron a todos los editores españoles, a la que únicamente contestaron siete encuestados<sup>592</sup>, los responsables del almanaque deseaban conocer cuál había sido el libro o el autor más vendido durante 1934. Aunque son pocas, las respuestas confirman la tendencia que

---

<sup>591</sup> «Bienvenido sea el arte joven a la literatura infantil, y benditos sean los que se hacen pequeñitos para apoyar la cabeza en el corazón de los niños», escribió Elena Fortún al concluir el comentario de este volumen (p. 153).

la crítica había señalado con insistencia: el auge de la biografía y el interés que despertaba entre el público la narrativa de Pío Baroja —*Las noches del Buen Retiro*—, la poesía de García Lorca —*Romancero gitano*—, las obras de Freud, *Celia*, de Elena Fortún y, por lo que se refiere a la novela popular, las narraciones de Rafael Pérez y Pérez. En buena lógica, los editores preparaban para 1935, según afirmaron al responder a la segunda de las cuestiones planteadas, nuevas biografías, reediciones de clásicos, libros de historia y de medicina y muy pocas novelas, la mayoría de las cuales estaba previsto que fueran, dada la crisis por la que atravesaba el género en España, traducciones. En el artículo «Los libros en los pueblos» los redactores resumieron «una iniciativa transcendental» impulsada en 1934 por la recién creada Agrupación de Editores Españoles, con la que pretendían paliar el descenso de ventas que había supuesto para ellos la pérdida de mercado americano, así como la «rémora para la difusión del libro» que constituían, a su entender, los librerías<sup>593</sup>. Con esta intención habían dispuesto un primer «camión-stand» con el que habían recorrido ya Extremadura. «A ese camión seguirán otros seis, que pronto andarán por los caminos de todas las provincias sembrando libros, suscitando lectores», se aseguró a los lectores. «El camión de los libros» o «el camión que habla», tal y como se le conocía ya en los pueblos de la España rural, fue acogido con gran expectación. La labor emprendida era, advertía el secretario de la Agrupación, Rafael Giménez Siles —«espíritu realmente juvenil, hombre de firmes entusiasmos y de una extraordinaria acometividad», según el anónimo redactor del texto—, «menos desinteresada [...] que la de las Misiones y la Barraca». Porque no era la suya «una institución estatal o subvencionada oficialmente», sino «una

---

<sup>592</sup> Espasa-Calpe, Biblioteca Nueva, Enrique Prieto, Luis Miracle (Barcelona), Maucci (Barcelona), Estudios (Valencia), Juventud (Barcelona) (cfr. «Movimiento editorial. Dos preguntas a los editores», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., pp. 292-294).

<sup>593</sup> Cfr. «Movimiento editorial. Los libros en los pueblos. El camión de la "Agrupación de Editores" a través de España», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., pp. 295-296.

aventura romántico-industrial de los editores» que debía su existencia a la labor emprendida por Manuel B. de Cossío, con cuyas palabras concluían los redactores el artículo<sup>594</sup>. También apareció sin firma la información titulada «Anticipos de la III Feria del Libro en Madrid», organizada asimismo por la Agrupación de Editores Españoles. El certamen, dedicado a Lope de Vega, se anunciaba ya como «uno de los actos más significativos y trascendentes en el conjunto de homenajes que se preparan a la memoria del inmortal dramaturgo», por lo que el Ayuntamiento de Madrid, patrocinador del evento, se había comprometido a ofrecer representaciones de las comedias lopescas en el recinto ferial<sup>595</sup>.

#### 5.2.1.2.2. En Hispanoamérica y «el extranjero»

En las secciones «El año literario en el extranjero» y «El año literario en Hispanoamérica» los lectores pudieron conocer de forma somera lo que había dado de sí la literatura durante 1934 fuera de nuestras fronteras. Para su elaboración, Pérez Ferrero, De Torre y Salazar Chapela recurrieron, siempre que les fue posible, a escritores autóctonos de cada uno de los países sobre los que se preparó un resumen de la actividad desarrollada a lo largo del año, aunque el intento resultó difícil, dado el poco tiempo con que se contó para la preparación del volumen. El de México apareció firmado con el seudónimo *Segundo Sombra*, nombre que el autor —quizá otra vez uno de los editores— tomó de la novela homónima que el argentino Ricardo Güiraldes había publicado en 1926. El mismo redactor se ocupó asimismo de reseñar la producción literaria difundida en Uruguay, Panamá, San Salvador, Guatemala, Venezuela, Ecuador, Bolivia y Paraguay, países estos últimos

---

<sup>594</sup> «Sólo cuando todo español sepa no únicamente leer, que no es bastante, sino tenga ansia de leer, de gozar y divertirse, sí, divertirse leyendo, habrá una nueva España» (*ibidem*, p. 295).

<sup>595</sup> Cfr. «Movimiento editorial. Anticipos de la III Feria del Libro en Madrid», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 297.

donde, por encontrarse inmersos en la guerra del Chaco, los escritores apenas habían podido dedicarse a la creación artística<sup>596</sup>. A pesar de ello, *Segundo Sombra* se detuvo en comentar la obra de Alcides Arguedas, de quien, desde 1909, año en el que comenzó su carrera literaria, se habían publicado en España una docena de títulos. El redactor oculto bajo el ya mencionado sobrenombre residía en España, como podemos observar al cierre del comentario consagrado a Uruguay. En este artículo se incluyen unas líneas que nos recuerdan algunas de las quejas proferidas por Salazar Chapela en sus reseñas críticas. «Gustosamente prolongaríamos esta noticia», escribe *Segundo Sombra* tras informar de la aparición de los primeros volúmenes lanzados por la Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense, el principal acontecimiento literario de 1934 en el país, «pero no habiendo a nuestro poder [sic] más que una sola muestra de tal colección —ya es sabido que el libro suramericano no sale de sus respectivos países y es difícilísimo encontrarlo en España—, hemos de limitarnos a la anterior enumeración titular».

En México la producción literaria había sido abundante gracias, en buena medida, a su pasada revolución, de la que se había derivado «la culturización del país, que comienza por desalfabetizar al indio del poblado y termina en la protección al escritor con un apoyo oficial»<sup>597</sup>. De entre la copiosa cosecha poética del año, el redactor destacó, en primer lugar, *Senderillos a ras*, la última obra de Genaro Estrada, «poeta infatigable, que tenemos la suerte de contar al frente de la Embajada de México en Madrid», a la que tal vez se hallaba vinculado el anónimo redactor del artículo. Éste recordó también la publicación en Buenos Aires de *Seamen Rhymes*, del «joven poeta de alta consagración» Salvador Novo, quien había contado con la colaboración de

---

<sup>596</sup> Cfr. *Segundo Sombra*, «El año literario en Hispanoamérica. Bolivia-Paraguay», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 271.

Federico García Lorca, que realizó las ilustraciones. Pocas aportaciones de interés pudieron reseñarse por lo que se refiere a la novela y el cuento, géneros menos cultivados en 1934. No sucedió lo mismo con la crítica literaria ni con los ensayos históricos, libros estos que «parece[n] fascinar a los mexicanos, si juzgamos por el gran número de obras de este género aparecidas durante el año» (p. 262). Un comentario sobre las revistas mexicanas publicadas en los últimos meses y algunos datos acerca de la labor difusora del Estado, editor a través de sus distintas Secretarías de «un número incontable de libros y folletos», entre los que destacan los textos relacionados con «las tendencias avanzadas de la educación» P. 263), completan la sinopsis.

El «Resumen de algunos libros notables» publicados en Argentina corrió a cargo de R.B.M.L., un colaborador desconocido que se limitó a seleccionar y comentar veintiséis obras de todos los géneros, sin realizar, como habría sido de agradecer, una valoración general de la situación de la literatura en aquella nación<sup>598</sup>. El que fuera secretario de Pablo Neruda, el chileno Luis Enrique Délano –autor de *Viaje de sueño*, una colección de cuentos que vio la luz en 1935– comentó la actualidad literaria de su país, y lo hizo denunciando el vacío al que había sido sometida la obra de Vicente Huidobro por parte de la crítica, a causa –según el marxista Délano– de la militancia comunista del escritor, quien, para la opinión pública, «se sitúa al margen de la moral corriente»<sup>599</sup>. Breves menciones a algunas de las narraciones publicadas durante 1934 y a la escasa poesía chilena aparecida en ese año dan paso al comentario, más grato al redactor, de ciertos ensayos, entre los que se encuentran *¿A dónde va la mujer?*, de Amanda Labarca, un libro que vio la

---

<sup>597</sup> *Segundo Sombra*, «El año literario en Hispanoamérica. México», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 261.

<sup>598</sup> Cfr. R. B. M. L., «El año literario en Hispanoamérica. Argentina», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., pp. 259-261.

luz coincidiendo con el desarrollo de un gran movimiento feminista en Chile, y *La revolución bolchevique*, de Enrique Molina, «enemigo de la dictadura del proletariado» (p. 266) y presidente de la Universidad de Concepción. Encargado de difundir la actualidad de las letras peruanas, el poeta de ese país Alberto Ureta, modernista rezagado, se recreó en el comentario de la producción lírica dada a conocer durante 1934. Al abordar el análisis de la prosa, en la que «la calidad de las obras publicadas compensa la exigüidad de la producción»<sup>600</sup>, reparó en Rosa Arciniega, quien, según afirmaba, «ha conquistado ya un nombre en América y España con sus novelas», frecuentemente citadas por Salazar Chapela, como hemos podido comprobar en páginas precedentes. Para finalizar el recorrido por las letras hispanoamericanas, recordemos el artículo consagrado a Puerto Rico, cuyo autor, el escritor y crítico literario de ese país Tomás Blanco, explicó las razones por las que apenas se habían producido novedades literarias dignas de mención durante 1934. Desde el 98, afirmó, «nuestra formación literaria quedó descoyuntada por razones adjetivas al cambio de soberanía»<sup>601</sup>. La población se siente desorientada, los escritores «merman las facultades creadoras y empobrecen la expresión» a causa de «la escuela bilingüe, los textos en inglés o traducidos, la influencia de la Prensa mediatizada por normas extranjeras...». La reacción iniciada, «dentro de nuestra cultura tradicional», se encuentra todavía en una fase muy incipiente. Sólo algunos miembros del ámbito universitario, como Margot Arce, realizan una «labor animadora» digna de ser reseñada, concluyó.

El panorama europeo se inició con el artículo del poeta y narrador Louis Parrot, a la sazón bibliotecario del Instituto Francés de Madrid y lector de la

---

<sup>599</sup> Luis Enrique Délano, «El año literario en Hispanoamérica. Chile», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 264.

<sup>600</sup> Alberto Ureta, «El año literario en Hispanoamérica. Perú», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 269.

Universidad de dicha ciudad, desde donde colaboró en revistas como *Cruz y Raya* y *Literatura*<sup>602</sup>. Como en España, la producción editorial francesa durante 1934 había sido «esencialmente política». Desde la izquierda dieron a conocer sus obras Malraux y «el poderoso grupo de la AEAR», la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios que estaba integrada por «miles de *adherentes*, intelectuales, poetas, artistas, músicos, directores de escena», a los que se debió la difusión de *Commune*, «revista activa y, a veces, erudita»<sup>603</sup>. También se agrupó la derecha en torno al católico François Mauriac, líder de la lucha contra «los hijos de las tinieblas», en la que se empleó asimismo Maritain. Al margen de la polarización política que vivía Francia podían observarse «valores estables» como André Gide y Paul Valéry, cuyas obras fueron editadas durante 1934, del mismo modo que sucedió con las traducciones de las narraciones de D. H. Lawrence. Siguieron publicándose también algunas obras del «sector que ahora tenemos algún escrúpulo en llamar literatura pura» (p. 231), en el que el redactor situó *Chant du Monde*, de Jean Giono. Unos pocos ensayos sobre «las tendencias actuales del superrealismo» (p. 232) y los comentarios sobre el teatro de Antonin Artaud, completan el resumen. Para Luis Calvo, buen conocedor de Gran Bretaña, resultó tremendamente difícil cumplir con el encargo de sintetizar en pocas páginas la producción literaria inglesa debido a la cantidad de libros publicados durante 1934 y a la gran calidad que presentaba la mayoría de ellos. «¿Cómo es posible hacer el balance literario del año en

---

<sup>601</sup> Tomás Blanco, «El año literario en Hispanoamérica. Puerto Rico», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 270.

<sup>602</sup> Dos años después, ya en plena guerra civil, Parrot publicó un *Panorama de la culture espagnole* (Paris, Éditions Sociales Internationales, 1937) en cuyo prefacio escribió: «Je voudrais montrer ici qu'une solidarité profonde a toujours uni en Espagne l'écrivain à l'homme du peuple et que leur ennemi est commun; l'analphabétisme des hautes classes de la société ne veut point périr et dans la crainte qu'on ne lui enlevât son droit à l'inculture, une classe égoïste et riche se révolte contre cette classe pauvre, et combien plus digne, dont la vraie gloire sera d'avoir ramené ses maîtres à la raison» (pp. 9- 10).

<sup>603</sup> Louis Parrot, «El año literario en el extranjero. Francia», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 229.

un país donde se lanzan al mercado más de siete mil obras literarias?», se preguntaba<sup>604</sup>. A pesar de ello se atrevió a iniciar su resumen aludiendo a los viejos valores, los más sólidos, según creía, en Inglaterra como en España. «La generación de Chesterton, Bernard Shaw, Wells, Belloc y Cunningham Grahame no ha sido superada. ¿Lo ha sido en España Unamuno, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, Benavente, *Azorín*, Baroja, Julio Camba, Miró, etc?» (p. 234), planteó retóricamente. Entre los jóvenes, sólo Aldous Huxley podía considerarse «el flagelador más furibundo de los escritores de la postguerra». Los que no vivieron el conflicto y «poseen un credo y una fe, profesados con entusiasmo juvenil», –W. H. Auden, Stephen Spender y Graham Greene, entre otros–, defienden la lucha de clases y el triunfo del proletariado, si bien Calvo se negó a aceptar su inclusión dentro de la categoría de artistas proletarios, a pesar de que «los escuadrones en marcha de la Rusia roja estimulen su entusiasmo». Los libros que mayor atención despertaron durante el año fueron «los libros históricos, revisionistas de la guerra del 14 al 18» –*Memorias*, de Lloyd George, *Vida de Marlborough*, de Wiston Churchill– y la *Autobiografía* de Wells, «el acontecimiento literario de Inglaterra en 1934» (p. 235).

En la Italia fascista, según relató Aldo Capasso –autor de «una obra de filosofía estética, *Saber distinguir*, que marca una superación de la estética crociana y de los debates subsiguientes»<sup>605</sup>–, el año había supuesto la finalización de la vieja polémica entre «contenidistas», partidarios de la novela, y «caligráficos», defensores de la lírica, género este último donde se incluyen «las obras de más alto valor» que los escritores italianos ofrecieron a sus lectores durante 1934 (p. 239). La narrativa, aunque muy cultivada, no

---

<sup>604</sup> Luis Calvo, «El año literario en el extranjero. Inglaterra», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 233.

<sup>605</sup> Los editores añadieron una nota al final del artículo de Capasso en la que recordaban que el responsable de esta crónica era, además de poeta, autor del libro antes citado (cfr.



logró interesar excesivamente al público. Por lo que se refiere al teatro, «continúa», escribió Capasso, «sin dar apenas pruebas de existencia», a excepción de Pirandello, merecedor del Nobel en 1934, que «continúa produciendo cada vez obras de más juvenil aliento» (p. 238).

De los principales libros publicados en Alemania durante 1933 –y no en 1934, como propusieron los editores– se encargó Máximo José Kahn. Thomas Mann, el primer autor reseñado, dio a conocer en aquel tiempo dos obras de su trilogía bíblica «José y sus hermanos», volúmenes que compartieron los anaqueles de las librerías con un nutrido número de novelas, el género más fecundo durante 1933, tanto, advertía el redactor, «que resulta difícil limitarse a algunos ejemplos»<sup>606</sup>. La literatura española fue, de toda la producción extranjera, la más editada en el país, donde contaba con una gran influencia. Cosecharon también un considerable éxito las colecciones de biografías y «la literatura del judaísmo», a la que se adscriben algunas de las obras comentadas por el sefardí Kahn. Por último, el escritor quiso informar de la buena acogida que había recibido la traducción de las *Soledades*, de Góngora, llevada a cabo por Hermann Brunn, quien logró «un gran mérito: el de hacer accesible al lector alemán profano una de las creaciones más notables de la literatura universal; pues, como es sabido, no basta con dominar el castellano para vencer las dificultades que ofrece la peculiaridad gongoriana [*sic*]» (p. 247).

El artículo encomendado al ensayista Osorio de Oliveira debía incluir comentarios acerca de la producción libresca de Portugal y de Brasil, pero ambas literaturas, advertía el redactor, «no pueden ser tratadas juntas dentro de un único párrafo». Porque, aunque «es casi la misma la lengua de que se sirven los escritores de Portugal y del Brasil, [...] los temas son otros, y

---

Aldo Capasso, «El año literario en el extranjero. Italia», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 240).

diferentes el espíritu y la sensibilidad»<sup>607</sup>. Así, mientras la literatura portuguesa del momento era, «casi exclusivamente, retrospectiva», la brasileña, precisó De Oliveira, «está llena de actualidad». El año literario había sido en el país vecino «pobrísimos» (p. 248). Al otro lado del Atlántico, sin embargo, la producción no sólo resultó abundante, sino que fue además muy variada. De entre todos los autores reseñados, Osorio de Oliveira destacó a Jorge Amado, representante de la literatura proletaria de su país. Ante la imposibilidad de resumir en pocas líneas la intensa y sorprendente producción literaria de aquel territorio, el redactor remitió a los lectores a sus dos últimas obras: *Espelho do Brasil* (1933) y *Psicología de Portugal e outros ensaios* (1934).

El último resumen de la actualidad literaria en el extranjero del que debemos ocuparnos fue redactado por el escritor portorriqueño afincado en Estados Unidos Ángel Flores, quien iniciaba su colaboración con una afirmación categórica: «El libro sigue en crisis»<sup>608</sup>. El autor informaba también del descenso de interés que habían experimentado «ciertas corrientes» literarias, entre las que se hallaban las obras pornográficas y las pertenecientes al arte puro. En poesía, «cero». Los poemarios de éxito —los de Stephen Spender y W. H. Auden— habían llegado de Inglaterra. La novela, en cambio, había encontrado un camino abierto en los temas sociales, abordados por «obreros, trabajadores que confiesan sus sinsabores y amargura y confían en un futuro revolucionario» (p. 241). A estas narraciones se sumaron las obras de historia, economía y política, muy demandadas por el público, así como las biografías —las de Heine y Lenin, entre las más leídas—. La sociedad americana pudo leer por fin el *Ulysses*, de Joyce, obra considerada

---

<sup>606</sup> Máximo José Kahn, «El año literario en el extranjero. Alemania», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 246.

<sup>607</sup> Osorio de Oliveira, «El año literario en el extranjero. Portugal y Brasil», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 250.

clandestina desde su aparición en 1922. «Despojado de su misterio», el libro «se vendió bien, pero los compradores se [o] llevaron a casa por razones sentimentales o por curiosidad» (p. 240). Con «mucho interés» esperaba el público *Imán*, de Sender, y *Las siete columnas*, de Fernández Flórez, traducidas en Inglaterra, así como *Hermes en la vía pública*, de Antonio de Obregón, *Lo rojo y lo azul*, de Benjamín Jarnés, y *Los pobres contra los ricos*, de César M. Arconada, aún por publicar.

### 5.2.1.3. «El año artístico en España»

Aunque *a priori* pudiera parecer que los editores se apartaron de los objetivos que presidieron la composición de este *Almanaque Literario 1935* al incluir en él artículos sobre las Bellas Artes, la música, la arquitectura o el cinema, la sección denominada «El año artístico en España» no fue pensada como un complemento del contenido central del libro, sino que responde a la concepción global del arte que defendían los directores de la obra. Como sucedió con la literatura producida en 1934, estas otras manifestaciones artísticas se desarrollaron en una coyuntura muy desfavorable, en unas circunstancias, entre las que se cuentan las tendencias estéticas y sociales del momento y la realidad política de España, que resultaron, lógicamente, determinantes. No es de extrañar por ello que algunos de los artículos a los que nos referiremos a continuación contengan una carga crítica considerable, como sucede en el que redactó el escritor y crítico de arte Manuel Abril, quien no sólo se lamentó del escaso volumen de ventas de obras pictóricas que se había registrado a lo largo de los meses precedentes, sino que denunció también los desaires cosechados por el artista en aquel tiempo. «La gente ni le atiende, ni le entiende. No sólo no compra, sino que no se da

---

<sup>608</sup> Ángel Flores, «El año literario en el extranjero. Norteamérica», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 240.

cuenta del esfuerzo del artista en pos de depuraciones y no le premia ni siquiera con respeto», afirmó<sup>609</sup>. La sociedad, continuaba exponiendo en términos muy parecidos a los que ya habían sido utilizados en relación con la literatura, «ensalza al que consigue *figurar y abrirse camino* con artes que no son Bellas Artes: con la intriga, la amenaza, la influencia, la conquista de reductos oficiales o la cortesanía cautivante». Quien se niega a seguir ese camino, «o perece —se dan casos— o se marcha. Se va por ahí, al mundo; y consigue vencer con frecuencia». En España, sólo en contadas ocasiones «vencen [...] los buenos. El caso de Solana es un ejemplo». El redactor se fijó por ello en la actividad desarrollada por los artistas residentes fuera de nuestro país, algunos de los cuales, como es el caso de Gabriel García Maroto, habían regresado trayendo consigo la obra producida en el extranjero. Desde Buenos Aires llegó Norah Borges, cuyos óleos y dibujos «trémulos, íntimos, aromados de interior e inconsútil poesía» (p. 93) había dado a conocer aquí. Tras hacer el recuento de las exposiciones más relevantes que habían podido verse en España, Manuel Abril se refirió al concurso de pintura que anualmente organizaba la Dirección de Bellas Artes, cuyo tema, los trajes regionales españoles, fue calificado por el redactor como «folkóricamente de interés», aunque «pictórica y estéticamente» había sido «casi siempre explotado por los artistas más viciados de nuestra tierra» (p. 95). Sin embargo, «en tiempos de crisis», la dotación del galardón obligaba a muchos artistas «a la elaboración de un cuadro regional, en contra o no de sus gustos y de sus aptitudes».

El año de 1934 no tuvo, para Adolfo Salazar, «significación especial». Las nuevas promociones no habían aportado obras de interés, mientras Manuel de Falla «aparece todavía en el más alto punto de nuestra música, practicando una estética cuya curva continúa abierta, proseguida, con las

---

<sup>609</sup> Manuel Abril, «Año artístico en España», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 92.

circunstancias que son de rigor, por Ernesto Halffter, su discípulo»<sup>610</sup>. «La perspectiva actual de nuestra música», escribió Salazar, «es la de un guardarropa» (p. 100); esto es, «perchas en sentido longitudinal de las que cuelgan obras concebidas y realizadas según un patrón determinado». Pero, «no hay que alarmarse», advertía el musicólogo. «El año ha sido malo por todos conceptos. Pero todos los males contemporáneos parecen ser puramente transitorios, mientras que las virtudes tradicionales, los agentes del progreso humano, un tanto ensombrecidos hoy, tienen profundas raíces en la esencia misma de la Humanidad» (p. 101). Esta premeditada esperanza contrasta con el contenido de la *addenda*, titulada «Memento», que podemos leer al final de su colaboración. En ella el crítico denunció la supresión de los créditos asignados a la Junta Nacional de Música, «una de las más bellas creaciones de la República» que ha funcionado a modo de «espejo cóncavo en donde se reflejaban, en muy pequeño, pero con perfecta limpieza, todos sus rasgos». Así, «como la República», denunciaba Salazar, «aquella entidad se halla hoy mediatizada, a punto de asfixia». Por lo que se refiere al ámbito internacional, el hecho más importante sucedido durante 1934 había sido, a su juicio, «la persecución al artista de extracción israelita por parte del gobierno del tercer Reich». Algunas necrológicas de músicos europeos desaparecidos a lo largo del año, noticias sobre la música para ballet y las actuaciones de unos pocos directores de orquesta, así como los datos de los últimos conciertos completan el artículo, texto que finaliza con la constatación de una optimista tendencia, el buen camino emprendido por la música para el film en España, en la que «Rodolfo Halffter ha hecho una primera salida afortunada» con *La traviesa molinera* (p. 104).

Mucho menos crítico que sus antecesores se mostró el arquitecto Manuel Sánchez Arcas, responsable de dibujar el panorama de la arquitectura en

---

<sup>610</sup> Adolfo Salazar, «La música», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 98.

nuestro país. Entusiasmado por el éxito alcanzado por la escuela racionalista, de la que fue uno de sus máximos exponentes en España, Arcas cantó las excelencias de este arte que marchaba «con velocidad acelerada» al compás «de otras muchas creaciones actuales»<sup>611</sup>. Muy alejado todavía del compromiso político que le llevaría a militar en el Partido Comunista, el redactor recordaba que «en Arquitectura, como en todas las actividades, se han hecho campañas demagógicas de todas las tendencias» (p. 105). Por ello, «hay quien ve el socialismo, la burguesía o el fascismo, expresado arquitectónicamente. Y tal vez, según con el criterio que se ponga al contemplar, puede tener razón...», admitía. Pero por el momento Sánchez Arcas sólo veía en la construcción del día «un deseo hacia una mejor calidad de vida», como pensaba asimismo Salazar Chapela, según dejó dicho en una de sus colaboraciones publicadas en *La Voz* a la que nos hemos referido en este mismo capítulo<sup>612</sup>.

Para el crítico de cine Fernando Viola, el séptimo arte tampoco había sido fecundo durante 1934. Los grandes directores norteamericanos «no han sabido evolucionar con el cinema, ponerse al ritmo de éste»<sup>613</sup>. Por lo que se refiere al Viejo Continente, Viola revisó la creación cinematográfica de Francia, Alemania e Inglaterra, para detenerse después en la URSS, donde se seguía empleando el cine con fines políticos, aunque «los Gobiernos europeos impiden que lleguen a las pantallas sus producciones» (p. 109). En España, persistía una actitud equivocada, la de llevar al cine obras teatrales o narrativas, como había sucedido en 1934 con *El negro que tenía el alma blanca*, dirigida por Benito Perojo, o con *La hermana San Sulpicio*, de Florián Rey. Por ello, el autor del artículo concluía su resumen expresando su deseo de que 1935 trajera por fin «el éxito de nuestra cinematografía».

---

<sup>611</sup> Manuel Sánchez Arcas, «Arquitectura», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 104.

<sup>612</sup> Véase 5.1.3.3.1.1. Arte y parte.

<sup>613</sup> Fernando Viola, «El cinema», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 107.

#### 5.2.1.4. Encuestas

Con la publicación de tres encuestas, los editores del *Almanaque Literario 1935* retornaron a una práctica muy habitual durante los años veinte que había sido convenientemente utilizada por el director de *La Gaceta Literaria*, revista en la que todos ellos habían colaborado: Los dos primeros sondeos se plantearon, como en aquellos polémicos y ya lejanos tiempos del arte nuevo, al hilo de la actualidad estética. La tercera pregunta, ciertamente poco original, tal vez fue formulada como un contrapunto distendido de las otras dos cuestiones. Así lo interpretaron algunos de los encuestados, colaboradores que, a pesar de haber sido invitados a contestar a dos de los muestreos de opinión –según consta en la carta remitida a Jarnés que ha sido citada anteriormente–, sólo lo hicieron a uno de ellos, a excepción de *Corpus Barga*, Enrique Díez-Canedo, Ramón Pérez de Ayala y Gustavo Pittaluga. Las opiniones que suscitaron las «interesantes preguntas» que, en palabras de Rafael Vázquez Zamora, se habían dirigido «a nuestros hombres de letras»<sup>614</sup>, fueron publicadas en nueve entregas intercaladas entre los artículos y demás secciones del volumen.

Un total de ciento diez entrevistados participaron en la iniciativa<sup>615</sup>. A las tres encuestas, escribía el reseñista de *El Sol*, «han concurrido escritores que han

---

<sup>614</sup> R.V.Z., «Almanaque literario 1935», *art. cit.*

<sup>615</sup> Los participantes en las tres encuestas –con indicación en números romanos del sondeo al que contestaron y, en arábigos, de la página en la que fue recogida su intervención– fueron los siguientes: Manuel Abril (I-52), José María Alfaro (II-159), Luis Amado Blanco (III-228), Mauricio Amster (III-256), *Antoniorrobes* (III-186), Luis Araquistáin (I-50), Rosa Arciniega (III-257), Joaquín Arderius (III-257), Max Aub (II, 120), Francisco Ayala (I-86), Enrique Azcoaga (III-256), *Azorín* (II-116), Ricardo Baeza (I-85), Bagaría (III-185), Pío Baroja (I-38), Ricardo Baroja (I-51), Rufino Blanco Fombona (II-157), Luis Blanco Soler (I-89), Jorge-Luis Borges (III-184), Antonio Botín Polanco (III-186), Olga Briceño (III-185), Francisco Burgos Lecea (III-256), Jean Cassou (I-54), Ernestina de Champourcin (III-256), Manuel Ciges Aparicio (II-120), Carmen Conde de Oliver (III-185), *Corpus Barga* (I-42, II-117, III-184), Juan Cristóbal (III-256), Ana María Custodio (III-187), José Díaz Fernández (I-87), Guillermo Díaz Plaja (II-140), Enrique Díez-Canedo (I-40, III-227), Juan de la Encina (I-40), Augusto Esclasans (II-156), Genero

peleado y pelean por la gloria, escritores que han peleado y pelean por la fama, que es el remedo pálido de la gloria [...] y escritores que han peleado y pelean por el renombre, que es el remedo exangüe de la fama»<sup>616</sup>. Pero, como también se afirmaba en ese mismo artículo, «no todas las respuestas valen lo mismo». En opinión de Domenchina, «los ingenios españoles, que reaccionan al estímulo un sí es no es capcioso, no se distinguen por su ingenio. Salvo excepción, nos defraudan. Recordamos algunas contestaciones enjundiosas o agudas; esto es, excepcionales. Pero el núcleo más copioso se nutre de respuestas aflictivamente mediocres»<sup>617</sup>. No compartió esta valoración el reseñista de *Gaceta de arte*, para quien los

---

Estrada (I-42), Ramón Fera (II-156), Ángel Ferrant (I-40), Manuel Fontdevila (III-227), Pedro García Cabrera (III-187), Gabriel García Maroto (I-53), Fernando García Mercadal (I-88), Ernesto Giménez Caballero (I-42), Luis Gómez Mesa (III-257), Ramón Gómez de la Serna (I, 40), Fernando González (III-228), Juan González Olmedilla (III-187), Jacinto Grau (III-184), Ricardo Gullón (III-257), Juan Gutiérrez Gili (II-141), Emilio Herrera (III-187), Josep Janés y Olivé (III-187), Juan Ramón Jiménez (I-38), Gonzalo R. Lafora (III-185), Ángel Lázaro (III-257), Joaquín Llizo (III-257), J. M. López Picó (II-117), Domingo López Torres (I-87), Francisco Lucientes (II-160), Antonio Machado (I-41), Eduardo Mallea (III-184), Gregorio Marañón (II-115), Antonio Marichalar (II-116), Alfredo Marquerie (III-186), Eduardo Marquina (II-117), Rafael Marquina (II-120), Pedro Massa (III-257), Francisco Mateos (I-54), José Luis Mayral (III-228), Jacinto Miquelarena (III-185), Gabriela Mistral (III-184), Arturo Mori (III-187), Pedro Mourlane Michelena (II-117), Alfredo Muñoz (III-187), Lino Novás Calvo (II-119), Antonio de Obregón (II-140), Eugenio d'Ors (I-41), Ángel Ossorio (I-53), Ramón Pastor (II-157), Ramón Pérez de Ayala (I-39, III-184), Juan José Pérez-Doménech (III-257), Huberto Pérez de la Ossa (II-159), Gustavo Pittaluga (I-39, III-227), Antonio Porras (II-158), Martí de Riquer (III-187), José Rodríguez de la Peña (II-137), Julio Romano (II-160), Félix Ros (III-256), Jorge Rubio (III-228), José María Salaverría (I-52), Adolfo Salazar (II-159), Pedro Salinas (I-87), Antonio Sánchez Barbudo (III-228), José Luis Sánchez-Trincado (III-186), Diego San José (III-227), Ramón J. Sender (I-87), Ramón de la Serna (II-119), Víctor de la Serna (III-256), José Solana (I-38), José Téllez Moreno (III-228), Emilio Thuillier (III-186), Eduardo Ugarte (I-85), Ramón M. del Valle-Inclán (II-115), Daniel Vázquez Díaz (I-54), Fernando Vela (III-185), Ruth Velázquez (III-227), José Venegas (III-187), Antonio Vidal Moya (III-228), Paco Vighi (III-228), Miguel Viladrich (I-88), Francisco Villanueva (III-186), Eduardo Westerdahl (I-51) y Antonio Zozaya (III-186).

<sup>616</sup> «Torre, Guillermo de; Pérez Ferrero, Miguel; Salazar y Chapela, Esteban: *Almanaque literario de 1935*. Editorial Plutarco. Madrid», *art. cit.*

<sup>617</sup> Gerardo Rivera, «Literatura. Almanaque literario 1935», *art. cit.*



pareceres publicados se le antojaron «valiosas opiniones [...], algunas de ellas vitalísimas en un plano de inquietud europea»<sup>618</sup>.

#### 5.2.1.4.1. Arte y política

En la primera encuesta los editores quisieron, como ya hiciera *La Gaceta Literaria* en 1928, conocer la opinión de los entrevistados sobre el arte y la política. Los tiempos, sin embargo, eran muy otros, como ellos bien sabían y como quedó reflejado en las respuestas de algunos de los 33 participantes en el sondeo, escritores y artistas de edades e inclinaciones estéticas muy diversas, entre los que se encuentran Pío Baroja, Antonio Machado, Juan Ramón, Pérez de Ayala, Eugenio d'Ors, Luis Araquistáin o Ramón Gómez de la Serna. Los más jóvenes, la promoción a la que pertenecían los directores del almanaque, se halla presente en las voces de Ernesto Giménez Caballero, Francisco Ayala, José Díaz Fernández o Ramón J. Sender, entre los más destacados. Pero no participaron ni Rafael Alberti, ni César M. Arconada —dos de los más sobresalientes defensores del compromiso del intelectual en esos momentos—, mientras que Joaquín Arderius sólo contestó a la tercera pregunta. Hoy por hoy no podemos saber si no fueron invitados a colaborar, o si se negaron a hacerlo al considerar, del mismo modo en que lo hizo Luis Araquistáin, que la encuesta estaba «mal formulada», porque «no es que la literatura y el arte "deban" o no apartarse de las inquietudes sociales de nuestro tiempo», sino que «no "pueden"» hacerlo (p. 50)<sup>619</sup>. Ése era también el parecer de Pedro Salinas (p. 87).

---

<sup>618</sup> «Almanaque. *Almanaque literario 1935*. Madrid (Publicado por Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero y E. Salazar y Chapela)», *art. cit.*

<sup>619</sup> La revista *Leviatán*, que dirigía Araquistáin, publicó una reseña sobre el *Almanaque literario 1935* en la que se reconocía la conveniencia de su publicación, una suerte de sinopsis bibliográfica inexistente en España hasta entonces, por lo que lo consideraron «un esfuerzo digno de loa, que merece ser alentado y continuado». La nota se completa con la reproducción de las palabras que Antonio Machado y Luis Araquistáin ofrecieron como respuesta a la pregunta con la que se inicia la primera encuesta («Una encuesta literaria. *Almanaque literario, 1935*. Publicado por Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero y E.

Aunque algunos encuestados prefirieron responder con un comentario global, quienes contestaron una a una todas las cuestiones que se les planteaban abordaron la primera —«¿Cree usted que la literatura y el arte deben mantenerse al margen de las inquietudes sociales de nuestro tiempo?»<sup>620</sup>— con perspectivas plurales. Desde la posición del pintor José Solana, que contestó afirmativamente, pues, según creía, «el Arte no tiene actualidad» (p. 38), hasta la lacónica negativa de Eugenio D'Ors, para quien arte y política «no deben mantenerse al margen» (p. 41), las contestaciones muestran todo tipo de matices y de grados. Juan Ramón Jiménez, como no podía ser de otra manera, recordó que «la Poesía se encuentra en todos sitios, también en la política», porque «es una cuestión de gracia, genio y espíritu» (p. 38); *Corpus Barga* acudió al ingenio al confesar que no creía «en la literatura, ni en el arte, ni en ninguna otra inquietud social» (p. 42); Díez-Canedo contestó con otra pregunta: «¿Creen ustedes que pueden mantenerse al margen de esas inquietudes?» (p. 40). Peculiaridades aparte, la mayoría de los escritores y artistas preguntados admitió, como lo hicieron Gustavo Pittaluga, Antonio Machado o Eduardo Ugarte, que el escritor no puede sustraerse a las circunstancias en las que vive. Sin embargo, para muchos entrevistados esos «estímulos sociales» debían ser inconscientes, porque «cuando son conscientes, cuando se hace propaganda política deja de ser arte», recordó Pérez de Ayala (p. 39). En parecidos términos se expresaron Ricardo Baeza, Miguel Viladrich o Luis Blanco Soler. Por su parte, Ramón Gómez de la Serna, para quien «las inquietudes sociales de nuestro tiempo han sido las de todos los tiempos» (p. 40), consideraba que nunca como entonces habían sido recogidas en el arte de la forma en que se estaba haciendo. Entre los que defendían el compromiso del artista se encontraba Pío Baroja, pues, a su

---

Salazar Chapela. Editorial Plutarco, Madrid. Precio: 15 pesetas», *Leviatán*, Madrid, 10 (febrero de 1935, pp. 43-45).

<sup>620</sup> «Primera encuesta», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 38.

entender, «cantar sólo a la emoción de una flor no es digno de un escritor» (p. 38). La actitud de José Díaz Fernández era, ciertamente, mucho más radical: «Allá los señoritos con el arte que escojan. Yo sólo creo en el esfuerzo social. Éste existe incluso cuando el hombre busca la belleza y la emoción permanente» (p. 87). También Sender opinó de forma parecida al expresar su convicción de que, «se lo proponga o no, el escritor de fuerte imaginación contribuirá a la fecundación de la sociedad de su tiempo irremediabilmente en un sentido conservador o revolucionario. La actitud "neutral" no es posible. El hombre "pasivo" es conservador siempre» (p. 87). De este modo pensaba asimismo Jean Cassou, puesto que, para él, «declararse al margen de dichas inquietudes no es más que un modo de manifestarse relativamente a ellas y hasta de tomar parte en ellas y de expresarlas» (p. 54). En esa línea, aunque desde presupuestos ideológicos bien diferentes, como se sabe, se situó Giménez Caballero, cuya respuesta, «toda obra de arte es siempre política. Toda obra literaria es siempre partidista» (p. 42), resultaba inequívoca.

Aunque no era propiamente el objetivo de la pregunta, su formulación, y tal vez también la procedencia de la misma, propició algunos juicios de valor sobre la literatura que se había producido en los años precedentes. Según Francisco Ayala, «el arte es un producto de cultura, cuyo sentido consiste en el intento o propósito de realizar un valor: la Belleza» (p. 86). Su contenido, sin embargo, «viene determinado por factores sociales, cuya presencia resulta ineludible». En este sentido, «el reciente, y ya pasado programa de realizar un arte puro se explica solo en una dirección polémica y con la significación relativa de hacer que prevalezca la orientación estética por encima de cualquier otra en la disposición de los contenidos de la obra de arte». «El Arte por el Arte, la Literatura solo Literatura, la Arquitectura Bella-Arte», afirmó F. García Mercadal, «han dejado de interesarnos» (p. 88). Para Eduardo Westerdhal, «el arte por el arte», en realidad, «es un falso

invento y no ha existido nunca» (p. 51). Luis Araquistáin, convencido de que «la literatura y el arte no pueden apartarse de las inquietudes sociales», consideraba que «el arte puro, fuera o por encima de las luchas sociales o de clases, es sólo el sueño de los tontos o de los insensibles» (p. 50).

La segunda cuestión se formuló como continuación de la primera, ya que incluía la siguiente disyuntiva: «¿O bien estimas que el escritor y el artista están obligados a tomar partido desde su obra?». La utilización del adjetivo «obligados», considerado poco afortunado, fue comentado por muchos de los entrevistados, cuyas respuestas se vieron condicionadas por su presencia en el enunciado. «El poeta no puede estar obligado, ser obligado "en poesía" a nada» (p. 38), sentenció Juan Ramón Jiménez, para quien sólo «puede obligarse él mismo a todo si lo hace con noble entusiasmo y alta fe». El compromiso del escritor y del artista no era una imposición, afirmaron muchos de los encuestados, pero resultaba inevitable. «Quién impide que lo tomen?» (p. 40), se preguntó Díez-Canedo, en tanto que Genero Estrada, defensor como *Corpus Barga*, de la libertad del creador, se mostró convencido de que «no deben vacilar en tomarlo cuando lo quieran» (p. 42). Si, al parecer de Gustavo Pittaluga, la toma de partido se producía «fatalmente» (p. 39), para Ramón Gómez de la Serna ésta podía y debía ser descartada: «¡Pobre del escritor y el artista que se crean obligados a algún servilismo político! Colaboran en su anulación, en su menoscabo, en su achabacamiento, en ser masa coral de tópicos y apremios municipales. Habrán conspirado contra ellos mismos, y sólo se enterarán el gran día en que, todo arrasado, se sientan raseros y tristes» (p. 40). También se mostraron contrarios a incluir contenido ideológico en sus obras Solana, Juan de la Encina, Luis Blanco Soler, Ricardo Baroja, Miguel Viladrich y Vázquez Díaz. Sus negativas, en las que no cabía ningún tipo de concesión, no pueden equipararse a la que expresó Ramón J. Sender, para quien, aunque su respuesta pudiera parecer una contradicción, «el escritor y el artista deben

pensar sólo en su obra», porque, según creía, es siempre el proceso de lectura el que permitirá «una interpretación más o menos interesada» y el que «se abre lugar entre las pasiones de nuestro tiempo» (p. 88).

Muchos otros entrevistados se pronunciaron en términos muy parecidos al recordar que la principal finalidad a la que debían atender era de signo artístico. «El escritor ha de dar a su obra un sentido; si no no valdría la pena que escribiera. Ahora bien, esa obra debe formar una totalidad artística y no didáctica, en cuyo caso ya no sería obra literaria» (p. 38), dejó dicho Pío Baroja. Francisco Ayala, muy contemporizador ante la polémica, apuntó: «No falta, pues, un principio de razón a los escritores y artistas proletarios cuando tachan de burgués al arte puro» (p. 86), pero «subordinar la intención estética y ponerla al servicio de ideales ajenos a ella, políticos o sociales, avanzados o reaccionarios, es colocarse en la actitud del político, y no en la del artista, frente a la obra de arte». Sin Belleza, añadió, «no puede explicarse la obra artística; aun cuando sus contenidos, accidentales siempre, pero también indispensables, respondan a las intenciones más diversas». Esta necesidad de someter las tesis ideológicas a la estética la recordaron también, entre otros, Ángel Ferrant —según el cual «el escritor y el artista están obligados a tomar partido "desde su obra", siempre que las inquietudes sociales repercutan en su conciencia con mayor intensidad, pero con idéntica significación emotiva que las íntimas» (p. 40)— o Eugenio D'Ors, quien se preguntó «si todos y cada uno de estos elementos, y otros más, de que el vivir necesita, deben entrar "crudos", en su originaria calidad anecdótica, dentro de "la obra" del artista o del escritor, o bien ya "digeridos" estéticamente, transubstanciados en materia de eternidad» (pp. 41-42). Para él «lo importante es "transformar" la Anécdota en Categoría» (p. 42). Sólo «el artista intuitivo, lleno de construcciones, que se comporta en la obra como "medium" de su época, que capta unas lejanas emisiones y resuelve con ellas unos problemas sociales, de inquietud social, de alta inquietud»,

sentenció Eduardo Westerdahl, «quedará en la obra, aunque como una mariposa sea destrozado por coleccionistas y mercaderes, por extremistas políticos o intelectuales de la reacción» (p. 51). Para el director de *Gaceta de Arte*, se trata de una aptitud, no de una actitud premeditada: «El artista consciente, que marcha ya hacia el arte con el fin preconcebido de su misión, con una tabla de soluciones en sus manos frías, perecerá, al cambiar arte por política del arte». Los encuestados mostraban así su desprecio por quienes adoptaban posiciones interesadas, contrarias por tanto a la naturaleza artística, cualesquiera que fueran los motivos que tenían para hacerlo. Más que tomar partido, advirtió Manuel Abril, que lo definió como «una parte» (p. 52), había que tener inquietud, que «es el todo». En opinión de Ángel Ossorio, «no es necesario ni censurable tomar partido», «¿por qué ha de estar mal que el artista defienda sus ideas con las herramientas del arte, que son las que él sabe manejar?», se preguntó. Todo le parecía «plausible cuando responde a una convicción, a un sentimiento, a unas dotes de costumbrista o a una inquietud espiritual. Lo feo, lo sucio –y, por desgracia, lo que más abunda– es buscar aquellas orientaciones en el arte para embaucar al público y sacar dinero. Es criminal producir bazofia literaria para el escenario o para la librería, sólo con el propósito servil de adular al que manda o de cultivar las inclinaciones turbias o de engrosar cifras a cuenta del extravío imperante o de la degradación del vulgo» (pp. 53-54). Pedro Salinas, López Torres, José María Salaverría, Francisco Mateos y Eduardo Ugarte respondieron afirmativamente a la pregunta que se les había planteado, en tanto que Luis Araquistáin prefirió censurar la *trahison des clerics* porque el intelectual le parecía la categoría más servil del pequeño burgués (p. 50)<sup>621</sup>.

---

<sup>621</sup> «La "trahison des clerics"», respondió, «no es de un país ni de un momento histórico, sino de todos. La psicología dominante del "intelectual" es estar siempre con los vencedores. Cuando triunfe la revolución, todos serán revolucionarios en sus libros, en sus comedias, en sus artículos, en sus cátedras, en sus laboratorios científicos, en sus

«¿Qué opina usted de los escritores, pensadores y artistas que están convirtiendo su obra en un instrumento de propaganda política y social, ya sea con intención avanzada o reaccionara?» (p. 38), planteaba la tercera y última cuestión de este primer sondeo, una pregunta en la que se abordaba el tema de manera mucho más concreta que en las anteriores. Con ella, los editores querían dar a conocer el punto de vista de los participantes acerca de la literatura presente, un objetivo que, a la vista de buena parte de las respuestas, fue considerado ciertamente comprometedor. Porque los comentarios no resultaron suficientemente explícitos, sobre todo por parte de quienes no querían pronunciarse de forma abierta en contra de los denominados escritores proletarios, ni deseaban tampoco reprobar a los que se habían alineado en favor del fascismo. Uno de ellos, Ernesto Giménez Caballero, no sólo se mostró partidario de incluir tesis políticas en las creaciones sino que consideraba «intolerable creer que el artista está por encima o por debajo de la vida. De la vida, que es combate. La vida, que es política. Y guerra perenne. Y tránsito implacable. Y cuya única salvación—su imagen agónica— es esa del arte y de la literatura» (p. 42). A diferencia del ex director de *La Gaceta Literaria*, muchos de los entrevistados desestimaron estas prácticas, cada día más habituales, por motivos estéticos. «Tales artistas son meros pedagogos» (p. 38), afirmó Pío Baroja, pues, aunque «la obra literaria debe recoger la inquietud del medio», para «que sea obra literaria es preciso que lleve una finalidad artística» (p. 38). Pittaluga los despojó de la categoría de artistas, ya que le parecía evidente que quienes «"intencionalmente" convierten su obra [...] en un instrumento de propaganda política o social —cualquiera que sea la tendencia a que se adscriban—, [...] renuncian "a priori" a una "conditio sine qua non" de la

---

consultorios de médicos y abogados, porque la clientela habrá cambiado. Antes, no» (pp. 50-51).

producción artística y literaria: la serenidad» (p. 39)<sup>622</sup>. En parecidos términos se expresaron Ramón —«siempre será lo peor de su obra lo que dediquen más o menos generosamente a ese fin» (p. 40)— y Francisco Ayala, pues para él, «el propósito estético puede [...] malograrse» (p. 86)<sup>623</sup>, si bien afirmó también, intentando amoldarse a las corrientes del día, que «un poema puro» puede ser «un producto deleznable», en tanto que «un panfleto político o una película de propaganda llevan acaso una carga enorme de acierto artístico». Menos indulgente se mostró Manuel Abril al asegurar que «el arte y la propaganda se excluyen» (p. 53). Es más, añadió, si se quiere «emplear la obra de arte como instrumento eficaz para disparar impulsos y arrebatos en uno u otro sentido», se puede «con éxito indudable porque el arte es una pólvora magnífica [...]. Pero el arte en estos casos no es tal arte: es artificio». Dicho con otras palabras: «Si el arte quiere matar, mata; pero a cambio de morir como tal arte». José María Salaverría, resignado a que las inquietudes políticas entraran en las obras literarias, expresó su deseo de que al menos se conservara «"la manera"» (p. 52). Se sentía francamente desalentado porque no encontraba «remedio al mal que nos aflige», confesó. Tampoco parecía estar muy complacido con las manifestaciones artísticas de entonces Juan Ramón Jiménez, a quien le parecía «preferible hacer poesía de la política que política de la poesía, como la hace en el pobre instante actual la jeneración llamada del ingenio: timo y truco» (p. 38). En esa misma línea se situó Ángel Ferrant al responder que «la mayoría de los que se colocaron en esa actitud me parecen aspirantes a una recompensa por sus servicios y nada más» (p. 40). Para Ángel Ossorio lo que se estaba haciendo era «tomar el arte como celestineo, intoxicando al público para lograr monedas» (p. 54).

---

<sup>622</sup> Algo parecido respondió Solana, para quien «en la mayoría falta lo principal, que es el Arte» (p. 38).

<sup>623</sup> «Los artistas proponiéndose [*sic*] hacer propaganda política o social», afirmó Miguel Viladrich en sintonía con Ayala, «malogran total o parcialmente su obra. Mas si ésta es



Esta actitud, calificada de «gravemente inmoral» por el conocido jurista, tal vez les proporcionara dinero, pero «la Justicia, deidad de más reposo» que la Fortuna, «diosa casquivana», «no les consiente tener categoría».

También entre quienes admitían el compromiso social de los intelectuales y artistas parecía existir cierta desconfianza. «Mientras sean escritores, pensadores, artistas, todo va bien» (p. 40), recordó Díez-Canedo, pues, según creía, «instrumento de propaganda, en uno u otro sentido, puede ser la obra de quien nunca pensó en que tal fuera» (p. 41). La opinión de Sender revelaba idénticas preocupaciones. «Me parecen muy respetables», pero no podía perdonarles «a algunos –lo mismo de esos que de los "pros"– [...] que carezcan de talento para interesarme» (p. 88). Únicamente dos de los entrevistados se pronunciaron, sin condiciones, a favor de la inclusión de propaganda política y social en las obras artísticas. Genaro Estrada pensaba que hacían muy bien si actuaban de acuerdo con «un impulso legítimo de su voluntad», porque «la discusión y el partidismo no pueden ser prohibidos a nadie» (p. 42). A Eduardo Ugarte no sólo le parecía «natural que el artista utilice su arte como medio de propaganda con la intención que mejor le parezca», sino que prefería «al que se pone al servicio del porvenir, que es donde únicamente puede esperarse encontrar formas todavía apetecibles en cualquier aspecto del arte» (p. 85).

Para Juan Miguel Romá, autor de la reseña que apareció publicada en *Nueva Cultura*, «en la primera encuesta encontramos el profundo convencimiento y afirmación de los "maestros" que creen que el arte no puede dejar de ser social, frente a aquel movimiento "purista" y "aséptico" de los jóvenes que producían sin una base donde sustentar su arte»<sup>624</sup>. El resumen realizado por el redactor de la revista valenciana ofrecía, como resulta evidente, una

---

realizada con la sola aspiración a la máxima belleza resulta más perfecta en su esencia e influye política y socialmente de manera beneficiosa y más eficaz» (p. 88).

interpretación sesgada de las manifestaciones recogidas por los editores del almanaque. Un año después de la publicación del almanaque, Benjamín Jarnés expresó su opinión sobre la primera encuesta, la de mayor interés, según creía. Los entrevistados habían respondido «atinadamente, porque en su mayoría coinciden en situar al escritor en medio del mundo, sometido a todas las corrientes, empujado y limitado por ellas, Ni siguiera el más alejado de toda lucha política, Juan Ramón Jiménez, quiere apartar al escritor –y, en su caso, al poeta– de ninguna zona, por peligrosa que ella fuere»<sup>625</sup>.

#### 5.2.1.4.2. La novela contemporánea

En el segundo estudio de opinión los editores quisieron saber el punto de vista de los entrevistados sobre la crisis de la novela, asunto que había suscitado numerosos comentarios en otros medios de expresión y al que se refirió repetidamente Salazar Chapela en sus colaboraciones periodísticas. La recesión que vivía entonces el género no se había producido únicamente en España; era un fenómeno mundial que Pérez Ferrero, De Torre y Salazar Chapela quisieron analizar a través de dos preguntas que tampoco en esta ocasión fueron demasiado bien recibidas por los encuestados.

---

<sup>624</sup> Juan Miguel Romá, «Guillermo de Torre, M. Pérez Ferrero y E. Salazar Chapela, *Almanaque literario 1935*», *art. cit.*, p. 3.

<sup>625</sup> Benjamín Jarnés, *Feria del libro* [1935], *ob. cit.*, p. 324. John Crispin ha considerado recientemente que «las respuestas no son del todo categóricas a favor ni en contra, con escasas excepciones. Un resumen de ellas podrá ser el siguiente: 1. El escritor o artista siempre crea desde sus circunstancias sociales y culturales y su obra contiene posiciones explícitas o implícitas. Las circunstancias actuales –la crisis económica– hacen que muchos creadores tiendan a dirigirse a problemas de la actualidad. 2. Nadie debe sentirse obligado a hacerlo, aunque los que lo hacen deben respetarse, siempre y cuando lo hacen [*sic*] anteponiendo el aspecto artístico y formal de la obra. 3. La propaganda hace mala literatura. El arte "puro" tampoco representó una actitud neutra. Era un arte fundamentalmente burgués, partidario del *status quo*» (John Crispin, *La estética de las generaciones de 1925*, Valencia, Editorial Pre-Textos-Vanderbilt University (Hispanicas, 551), 2002, pp. 135-136).

A la primera –«¿Cuáles son los personajes más representativos de la literatura contemporánea universal?»<sup>626</sup>– le faltaba concreción, según afirmó, no sin razón, Díaz-Plaja (p. 140). No es de extrañar por ello que un buen número de los veintiséis participantes en esta segunda encuesta se sintiera incapaz de dar su parecer, como le sucedió a Valle-Inclán –cuya intervención fue situada en un significativo primer lugar–. «No la conozco» (p. 115), respondió sin más. En esa misma tesitura se encontraban Gregorio Marañón –que sólo tenía noticia de los premiados con el Nobel–, Eduardo Marquina, Ramón Pastor, Antonio Porras, Huberto Pérez de la Ossa –quien, según afirmó, carecía de la necesaria perspectiva (p. 159)– y Julio Romano. Quienes intentaron centrarse en lo que se les demandaba ofrecieron respuestas muy diversas. Ramón Gómez de la Serna escogió a los «procedentes de Hoffmann, y de Dostoivski» (p. 119). Aunque había que «saber esperar» (p. 156), pues acababa de finalizar «el primer cuarto del siglo XX». Augusto Esclasans mencionó a autores como Proust, Gorki, Joyce, y también a D'Annunzio, Tagore, Paul Valéry, Bernard Shaw y Pirandello. Algunos de los encuestados no pudieron dar nombre alguno, porque, en palabras de Guillermo Díaz-Plaja, «acaso lo representativo de nuestro tiempo sea precisamente el no poder ser representado por ningún "personaje"» (p. 140). Según Rafael Marquina, «la novelística del siglo XX no ha producido héroes»; «la novela de nuestra época ha tenido y tiene aún que ser panorámica» (p. 120)<sup>627</sup>.

Antonio Marichalar no respondió a lo que se le pedía sino que aprovechó la oportunidad para referirse directamente a la crisis de la novela. Su reflexión, bastante desesperanzada, concluía vaticinando el fin del género: «Ahora me pregunto si –a poco que arrecie nuestra situación crítica– el lector no habrá

---

<sup>626</sup> «Segunda encuesta», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 115.

de preferir una figuración certera a una desfiguración arbitraria. O, con otras palabras, la lírica interrogación de una realidad última a la respuesta ímproba de un vano dogmatismo» (p. 117). Tampoco Francisco Lucientes pudo aportar el nombre de ningún personaje de la literatura contemporánea universal, lo que le producía, según afirmó, melancolía. Ése era, según decía, el sentimiento que compartían muchos escritores de treinta años al «reconocer la propia incapacidad creadora de la novela» (p- 161). No se trataba de vanidad, sino de «algo más firme que prende y hiere en la entraña del espíritu»: comprender «que la vida se ha ido por otro camino diferente, bien diferente, a aquel que nosotros pensamos andar juntos, andar con la vida».

Por razones probablemente diferentes, Max Aub, Corpus Barga y Manuel Ciges Aparicio prefirieron responder con propuestas absurdas, humorísticas o irónicas, según se mire. El autor de *Fábula verde* se decantó por «Ulises, Anfitrión y Don Juan»<sup>628</sup>. El primero de estos nombres fue mencionado también por Ciges Aparicio, que precisó a continuación: «no de la literatura contemporánea, sino de la antigua, que a la más sutil inteligencia y al más alto valor asocia el aguante invencible en las adversidades» (p. 120). *Corpus Barga* propuso a «Lenin, Mussolini, Mustafá, Hitler, los aviadores, los espías, aquel inglés de Oxford que fundó un imperio árabe» (p. 117); «es decir y sin parar la atención en criterios morales», resume José-Carlos

---

<sup>627</sup> Según López-Picó, «en el mundo actual, gobernado por la prisa y por la masa bajo el miedo de mañana, las grandes figuras son como angustiados supervivientes. Todos, como Ramón y Cajal, nos parecen muertos desde mucho tiempo antes» (p. 117).

<sup>628</sup> El nombre de Max Aub no figura ante las respuestas correspondientes, publicadas en la página 120, donde aparece un interrogante provisional que no fue finalmente resuelto por los editores. Sí se consigna en el índice, de donde se deduce la procedencia de las citadas contestaciones.

Mainer, «cuanto de fantástico y voluntarioso, dominador y demoníaco, ha producido la actualidad»<sup>629</sup>.

Con la segunda cuestión, Pérez Ferrero, De Torre y Salazar Chapela solicitaron una opinión de los encuestados mucho más delimitada. Pero tampoco en esta ocasión acertaron en la formulación, pues incluyeron en ella una comparación que sin duda condicionó las respuestas que obtuvieron. «¿Cree usted que la novelística del siglo XX ha llegado ya a producir alguna figura de fuerza representativa semejante a Don Quijote, a Fausto, a Julián Sorel o a Madame Bovary?», plantearon<sup>630</sup>. Valle-Inclán confesó que no podía establecer las relaciones que se le pedían, y aprovechó para valorar a los personajes citados: «Don Quijote y Fausto son dos símbolos y Julián Sorel y Madame Bovary son dos provincianos» (p. 115). Sobre la protagonista de la novela de Flaubert se pronunció asimismo Novás Calvo, según el cual «no se requieren grandes alforjas para llevar una Bovary» (p. 119). En su opinión, «la novelística de este siglo no es de figuras, sino de experimentos, en estilo, en emoción, en psicología, en técnica, en todo eso que ahoga el personaje»<sup>631</sup>. Los grandes caracteres habían sido sustituidos por multitudes, recordó Ramón Gómez de la Serna, quien, como la mayoría de los entrevistados, entre los que podemos citar a Gragorio Marañón, Eduardo Marquina, Manuel Ciges Aparicio, Rodríguez de la Peña, Díaz-Plaja, Antonio de Obregón, Juan Gutiérrez Gili, José María Alfaro y Julio Romano, no mencionaron ningún nombre. Los que sí lo hicieron, como fue el caso de Mourlane Michelena, Ramón Ferial, Augusto Esclasans y Blanco Fombona, se fijaron en la narrativa inglesa y alemana, pero se vieron

---

<sup>629</sup> José-Carlos Mainer, «La corona hecha trizas. (La vida literaria en 1934-1936)», *La corona hecha trizas (1930-1960)*. Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias (Literatura y pensamiento en España (siglos XVIII-XIX-XX), 1989, p. 59.

<sup>630</sup> «Segunda encuesta», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 115.

<sup>631</sup> Algo parecido afirmó *Corpus Barga*: «La novelística de este siglo ha ensayado métodos, ha alcanzado puntos de vista. Ha visto a las figuras de siempre, que los primeros

obligados a expresar ciertos reparos. Sólo Antonio Porras seleccionó, además de «el tiempo» –«gran personaje de Proust»– algunos caracteres de la literatura española, entre los que se encontraban «curas y carabineros de Baroja; los don Frioleras y figuras de esperpento de Valle Inclán» (p. 158). Como sucedió en otras preguntas comentadas, también en ésta pueden leerse algunas respuestas deliberadamente humorísticas, aunque, como recordó Benjamín Jarnés, los editores del almanaque habían formulado «las preguntas en serio»<sup>632</sup>. Rafael Marquina citó a Charlot y a Lenin, mientras que Max Aub quiso dar a entender, del mismo modo que hicieron otros escritores, que la pregunta no podía ser respondida por falta de perspectiva. Por ello remitía al «almanaque literario 2935» (p. 120). En suma, «casi ninguno de los interrogados encuentra [...] seres de ficción parangonables con» los que habían sido mencionados por los editores<sup>633</sup>.

Para Juan Miguel Romá, siempre en defensa del compromiso del artista, las respuestas ponían en evidencia «la falta de novelistas» con «visión de los movimientos sociales, enorme cantera donde han sabido extraer material para sus obras los escritores norteamericanos y soviéticos»<sup>634</sup>.

### 5.2.1.4.3. Libros imprescindibles

Para quienes no desearon participar en las dos primeras encuestas, los editores del *Almanaque literario 1935* prepararon una tercera en la que preguntaron «¿qué tres libros se llevaría V. a una isla desierta?»<sup>635</sup>. Si el propósito que les guió fue conocer las preferencias de los cincuenta y seis

---

novelistas vieron de pie, los segundos sentados y los terceros en cuclillas; las ha visto en las posturas más inverosímiles, las más naturales a veces» (p. 117).

<sup>632</sup> Benjamín Jarnés, *Feria del libro*, ob. cit., p. 325.

<sup>633</sup> José-Carlos Mainer, «La corona hecha trizas. (La vida literaria en 1934-1936)», art. cit., p. 60.

<sup>634</sup> Juan Miguel Romá, «Guillermo de Torre, M. Pérez Ferrero y E. Salazar Chapela, *Almanaque literario 1935*», art. cit., p. 3.

<sup>635</sup> «Tercera encuesta», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 184.

entrevistados –éste fue el sondeo en el que tomaron parte más intelectuales y artistas, lo que no deja de ser significativo–, las respuestas recibidas no sirvieron realmente de mucho, porque la mayoría prefirió contestar «con ironía», tal y como señaló Miquel Romà en su reseña<sup>636</sup>, o incluso con descarado humor. Sólo unos pocos seleccionaron títulos o autores con los que les gustaría entretener las largas horas de ocio que el tópico supuesto les reportaría. Entre los más citados se encuentran, como era de esperar, el *Quijote*<sup>637</sup>, el *Robinson Crusoe* –considerado por muchos la lectura más apropiada para la ocasión–, la *Biblia*, *Las mil y una noches* y algunos de los títulos más conocidos de Dostoievski, Tolstoi y Proust

Las réplicas ingeniosas fueron en esta ocasión muy variadas, desde la gravedad de Jorge-Luis Borges o de Enrique Díez-Canedo<sup>638</sup>, a la mofa de *Corpus Barga*, quien declaró que escogería «tres libros de mentirijillas, de esos que parecen libros y son cajas», que le «servirían para llevar de matute muchas cosas» (p. 184). Por razones diversas, algunos de los entrevistados expresaron su deseo de tener en ese imaginado destierro sus propias obras. Es el caso de Carmen Conde, que pensaba llevarse, además de *Júbilos* –tan mencionado en el almanaque– el libro que estaba «haciendo» (p. 185). A *Antoniorrobes* le acompañarían dos obras suyas para releerlas. Algo parecido haría Alfredo Muñiz, según decía, «para evitar que la lea nadie» (p. 187). Mauricio Amster –director artístico de *Diablo mundo* y responsable de la portada y de la confección del *Almanaque literario 1935*– escogió *La isla*

---

<sup>636</sup> «Los más ingenuos –¿serán éstos los que todavía creen el arte "puro"?– pecan de inocentes tomándolo en serio y los otros contestan con ironía» (Juan Miguel Romá, «Guillermo de Torre, M. Pérez Ferrero y E. Salazar Chapela, *Almanaque literario 1935*», *art. cit.*, p. 4).

<sup>637</sup> Era la respuesta obligada, por eso Arturo Mori preguntó, tras citar a Heine, Larra y Flammarion: «¿Qué creían ustedes? ¿Qué iba a ser el *Quijote* uno de esos tres libros? Pues se han equivocado» (p. 187). José Luis Mayral lo citó en último lugar, «para que no digan» (p. 228).

<sup>638</sup> El escritor argentino deseaba llevarse el máximo posible, tres obras compuestas por muchos tomos (p. 184), mientras que Díez Canedo contestó que «para el que tiene a mano tres libros no hay isla desierta en el mundo» (p. 227).

*del tesoro*, aunque lo que quería, en realidad, era disponer de tres ejemplares con las cubiertas en blanco para poder diseñarlas él mismo, como apuntó también Ruth Velázquez, quien deseaba disponer de «un libro en blanco para llenarlo» (p. 227). Otros prefirieron imaginar la existencia de manuales que pudieran serles de utilidad. Miquelarena escogió *Los mil y uno mejores discursos de Lerroux*, para emplearlo como «arma arrojadiza» (p. 185), mientras que Gabriela Mistral aludió a la hermandad entre España e Hispanoamérica al elegir un libro de folklore español y suramericano «que todavía no se ha hecho» (p. 184). Ernestina de Champourcín y Fernando Vela no quisieron responder ni en serio ni en broma. Ambos declararon que no se llevarían «ninguno».

#### 5.2.1.5. Creación literaria y artística

«Alegran el tomo viñetas de Norah Borges de Torre, Maruja Mallo y Santa Cruz, y lo alumbran, desde sus cuatro ángulos, dos casidas y dos gacelas de Lorca». Así valoró Eduardo Blanco Amor<sup>639</sup> la inclusión en el *Almanaque literario 1935* de algunas de las obras literarias y plásticas que habían sido creadas expresamente para la ocasión o que fueron dadas a conocer por primera vez en esta obra. Con semejante iniciativa, los editores ofrecieron a los lectores un bello complemento al resumen del año que se propusieron realizar<sup>640</sup>, mostrando así sus preferencias estéticas. La selección, sobre todo por lo que se refiere a los poemas de García Lorca, suscitó comentarios tan acerbos como el que lanzó, desde su tribuna en *La Voz*, el polémico *Gerardo Rivera*, quien dio a conocer el juicio que le merecían los versos y el artista

---

<sup>639</sup> E. B. A., «*Almanaque literario 1935*. Editorial Plutarco», *art. cit.*

<sup>640</sup> Al finalizar el comentario sobre el contenido del almanaque, el comentarista de *El Sol*, al que cabe considerar un portavoz de los editores –si no fue uno de ellos–, escribe: «Otras secciones hay aún, y algunas ilustradas con dibujos y caricaturas, que enriquecen el



con este ingenioso y demolidor comentario: «repantingado o arrellanado en el Diván accidental y occidental donde ahora se orienta y se accidenta la molicie de su numen, nos bisbisea negligentemente una casida. Esta «Casida de la muerte clara», como la «Gacela del mercado matutino», como la «Gacela del amor con cien años» y la «Casida de la mujer tendida boca arriba», que se insertan después, acusa los devaneos —o *divaneos*— líricos más enervantes y menos felices del feliz poeta andaluz»<sup>641</sup>.

Los cuatro poemas publicados formaban parte, en efecto, de *El diván del Tamarit*, libro que Lorca preparaba en 1934 y que tenía previsto editar la Universidad de Granada, aunque finalmente no vio la luz hasta 1940. Eran, como ha sido mencionado, la «Casida de la muerte clara» (p. 22), en cuyo inicio podía leerse la dedicatoria «A mi amigo Miguel Pérez Ferrero»<sup>642</sup> —a quien probablemente se deba la colaboración del poeta en las páginas del almanaque—, la «Gacela del mercado matutino»<sup>643</sup> (p. 90), la «Gacela del amor con cien años»<sup>644</sup> (p. 182) y la «Casida de la mujer tendida boca arriba»<sup>645</sup> (p. 254). Las composiciones se publicaron acompañadas de unos dibujos de Mauricio Amster dedicados a las cuatro estaciones del año —en este orden, primavera, verano, otoño e invierno—, motivos, cuya incorporación a la obra pudo haberla decidido su autor en el último

volumen» («Torre, Guillermo de; Pérez Ferrero, Miguel; Salazar y Chapela, Esteban: *Almanaque literario de 1935*. Editorial Plutarco. Madrid», *art. cit.*).

<sup>641</sup> Gerardo Rivera, «Literatura. *Almanaque literario 1935*», *art. cit.*

<sup>642</sup> En la edición definitiva desapareció la citada dedicatoria, y el poema se convirtió en la «Gacela X. De la huida», en la que se introducen leves variantes con respecto a la versión publicada en el almanaque (*cf.* Federico García Lorca, *Obras completas I. Poesía*. Edición de Miguel García Posada. Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1996, pp. 598-599 y 956).

<sup>643</sup> El poema no fue incluido finalmente en *El diván del Tamarit* (*cf. ibidem*, p. 970).

<sup>644</sup> Publicado en la edición definitiva como «Gacela XI». El manuscrito que se conserva procede de los herederos de Miguel Pérez Ferrero, «a quien Lorca se lo entregó para su publicación» en el *Almanaque literario 1935* (*cf. ibidem*, p. 956).

<sup>645</sup> Publicado finalmente, con algunas variantes, como «Casida IV. De la mujer tendida» (*cf. ibidem*, pp. 602-603 y 957).

momento, que nada tienen que ver con el contenido de los versos que ilustran.

Como representación de la prosa actual los editores escogieron quince aforismos de José Bergamín, género cultivado en las primeras décadas del siglo por Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Eugenio D'Ors, Ramón Gómez de la Serna, Giménez Caballero, Antonio Marichalar y Gerardo Diego y Rafael Porlán<sup>646</sup>, entre otros autores. Incluida en la sección de «Variedades», la «Aforística de ideas liebres» se inició con esta necesaria definición: «Ideas liebres son las ideas que corren, y, por consiguiente, las que nadie tiene»<sup>647</sup>.

También resulta muy reveladora la selección de artistas que ilustraron el volumen. La mayoría de ellos se hallaban vinculados al arte nuevo y a las actividades que sus más destacados representantes habían desarrollado en los últimos años<sup>648</sup>. A Norah Borges de Torre se deben, además de los signos del zodiaco a los que ya se ha hecho alusión, los tres dibujos con los que concluyen la «Primera encuesta» (p. 89), «El año en la Medicina» (p. 136) y «El año literario en Hispanoamérica» (p. 272). De Maruja Mallo, por la que los escritores de la «nueva literatura» sintieron, como ha recordado Juan

---

<sup>646</sup> Algunos de estas breves creaciones del que fuera secretario de redacción de la sevillana revista *Mediodía* han sido recogidos en Rafael Porlán, *Ensayos, aforismos y epistolario*. Edición de José María Barrera. Sevilla, Ediciones Alfar (Colección Alfar Universidad, 114), 2001, pp. 79-83.

<sup>647</sup> José Bergamín, «Variedades. Aforística de ideas liebres», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 162. Estos aforismos, junto a los aparecidos inicialmente en otras publicaciones periódicas, han sido recogidos en José Bergamín, *Las ideas liebres*. Edición al cuidado de Nigel Dennis. Barcelona, Ediciones Destino (Áncora y Delfín, 814), 1998, pp. 25-27. En el citado volumen, Dennis corrige, como si se tratara de una errata, el título de la colaboración de Bergamín, y escribe «Aforística» en vez de «Aforística» (pp. 5, 22, 25). Pero, como el propio Dennis había señalado unos años antes, la admiración que sentía Bergamín por la *nivola* unamuniana le había llevado a titular algunos de sus pequeños textos «Aforística y epigromética» (*Ley*, Madrid, 1 (1927), pp. 6-8), «un homenaje personal a la postura innovadora –creadora, en definitiva– de Unamuno frente a los géneros tradicionales» (José Bergamín-Miguel de Unamuno, *El epistolario (1923-1935)*, *ob. cit.*, p. 38, n. 8).

<sup>648</sup> La excepción la constituyen los trabajos incluidos en la sección de homenaje a algunos críticos literarios que, tal y como puede leerse en una breve nota publicada en la página 226, fue «ilustrada con caricaturas de Pons e Ibáñez, y dibujos actuales de Fuente», colaborador habitual de *El Sol*.

Manuel Bonet, verdadera «fascinación»<sup>649</sup>, se reprodujeron cuatro dibujos al cierre de «Un siglo de Ateneo madrileño» (p. 37), «Homenaje jubilar a D. Miguel de Unamuno» (p. 46), «Cajal y la literatura» (p. 49) y «El año literario en el extranjero» (p. 253). El escultor Ángel Ferrant, principal animador, junto a Guillermo de Torre, de ADLAN, publicó en el almanaque dos dibujos. El primero sirvió de colofón al texto «El teatro universitario. La Barraca» (p. 277), grupo para el que colaboró durante 1934; el segundo se insertó tras el resumen del año dedicado a las «Islas Canarias» que firmó Eduardo Westerthal (p. 291), cuya revista no reparó en estas colaboraciones artísticas<sup>650</sup>.

Muy reveladoras resultan las tres series de dibujos firmadas por Francisco Santa Cruz —«pintor, ilustrador y escenógrafo del que [...] apenas nada ha perdurado, [...] pese a la calidad y al evidente interés de algunas de sus propuestas»<sup>651</sup>— que acompañan a las páginas en las que se ofrecen las respuestas de la segunda encuesta. Se trata de tres series cuya intención va más allá del mero adorno; son caricaturas en las que se incluyen textos muy breves que no resulta difícil relacionar con los emblemáticos «putrefactos»,

---

<sup>649</sup> Juan Manuel Bonet, *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)*, ob. cit., p. 392. Ana Rodríguez-Ficher ha novelado algunos episodios de la vida de la pintora, a la que algunos consideran «musa de la generación del 27», en *Objetos extraviados* (Barcelona, Editorial Lumen (Femenino Lumen, 20), 1995).

<sup>650</sup> La reseña sin firma publicada en *Gaceta de arte*, salida probablemente de la pluma de Eduardo Westerthal, aludió al esfuerzo realizado por los editores del almanaque, que habían logrado «llenar 300 páginas, nutridas de un texto robusto, sin grabados» («Almanaques. *Almanaque literario 1935*. Madrid (Publicado por Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero y E. Salazar y Chapela», art. cit.). Ángel Ferrant se sintió molesto con esta afirmación, como se desprende de la carta que le remitió a Westerthal el 12 de marzo de 1935 y que se conserva en el Archivo Histórico Provincial de Santa Cruz de Tenerife (Fondo Westerthal): «A Guillermo de Torre hace tiempo que no le veo. Sus horas de expansión son las que yo tengo ocupadas. Uno de estos días le llamaré, nos veremos, hablaremos de ustedes, del *Almanaque* que está entronizado en los escaparates, muy gordo, pero no por haberse tragado muchos grabados» (<<http://www.telefonica.es/fat/lfercatalogo/lfernandez07.html>> (27 de septiembre de 2000), p. 4).

<sup>651</sup> Juan Manuel Bonet, *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)*, ob. cit., p. 561.

los dibujos de Salvador Dalí que fueron creados para el libro que el pintor catalán y Federico García Lorca proyectaron en 1925. Santa Cruz, muy vinculado a Pérez Ferrero<sup>652</sup>, regresó a esta práctica vanguardista censurando las «Formas de la mala literatura», entre las que se encuentran «El ripio» (p. 115), «El tópico» (p. 116), «La cacofonía» (p. 117) y «El lugar común» (p. 118). La segunda serie, titulada «Fotodín literario», está compuesta por «Roberto Blancafor, revistero de salones» (p. 119), «Pedro Pla (ensayista)» (p. 120), «Alfonso Díez (El sabio)» (p. 137), «Joven autor de múltiples y variadas novelas. Promete una labor extensísima, pues tiene muchas cosas en la cabeza» (p. 138), «La culta y virtuosísima directora de la revista *Pro Femina*» (p. 139), «El profesor Z, ilustre filólogo» (p. 140) y «El señor Homero, padre de la poesía» (p. 141). Por último se publicó una colección de dibujos consagrada al «Microbio literario», para cuya creación Santa Cruz pudo haberse inspirado en las obras de dos narradores de vanguardia: Samuel Ros y Antonio de Obregón<sup>653</sup>. En ella podemos ver el «Germen de la toxicomanía policiaca. Epidemia muy virulenta. Ataca también a los revacunados» (p. 156), el «Germen productor de la literatontigeneral progresiva. Enfermedad rara pero frecuente» (p. 157), «La erudición» (p. 158), la «Polilla académica. Solo ataca a los escritores seudogenios» (p. 159), la «Patología literaria. Microbio del diletantismo intelectualoide. Ataca generalmente a tertulias enteras» (p. 160) y el «Microbio de la Filosofitis hipocondríaca» (p. 161).

---

<sup>652</sup> Cfr. *idem*.

<sup>653</sup> El primero utilizó la imagen «el microbio de la literatura» en «*Las sendas* (Valencia, Imprenta La Gutenberg, 1923) para explicar el cambio de vida de su protagonista» (Mechthild Albert, *Vanguardistas de camisa azul. La trayectoria de los escritores Tomás Borrás, Felipe Ximénez de Sandoval, Samuel Ros y Antonio de Obregón entre 1925 y 1940*. Traducción de Cristina Díez Pampliega y Juan Ramón García Ober. Madrid, Visor Libros (Biblioteca Filológica Hispana, 58), 2002, p. 245, n. 57). En *Hermés en vía pública* (1934), de Antonio de Obregón, el personaje «coge el microbio del surrealismo, el cual le hace actuar de manera disparatada» (John Crispin, *La estética de las generaciones de 1925*, *ob. cit.*, p. 153).

### 5.2.1.6. El año universitario, científico y médico

Personas vinculadas al mundo universitario, a la investigación científica y a la Medicina redactaron sendos resúmenes de las actividades realizadas en los últimos meses en cada uno de esos ámbitos. María Zambrano, a la sazón profesora auxiliar de la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid y colaboradora de Misiones Pedagógicas, calificó el curso 1933-1934 como «un año decisivo [...] que cierra un cierto período y que, como todo lo que cierra algo, puede ser el paso a otro algo aún no suficientemente claro»<sup>654</sup>. El aumento de la violencia estudiantil, promovida por «organismos externos a la misma vida universitaria», había sido la nota distintiva de los últimos meses. Con ella finalizaba una etapa iniciada en 1927 «con la creación y auge de las Asociaciones escolares», una realidad que Zambrano conocía de primera mano ya que, como miembro de la Liga de Educación Social, había participado activamente en la lucha estudiantil contra la Dictadura de Primo de Rivera. Dicha oposición fue capitaneada, como es sabido, por la Federación Universitaria Escolar, la FUE, reconocida oficialmente por el primer gobierno republicano. Sin embargo, a principios de 1934, la organización había perdido la legalidad de que disfrutaba y, por tanto, el derecho a enviar representantes a los claustros. «Esta medida gubernamental», afirmó Zambrano, «cierra una época» (p. 126). «¿Significará igualmente la entrada en otra?», se preguntaba, al tiempo que expresaba su deseo de que así fuera: «Y esta época nueva de la Universidad española no puede significar otra cosa que el cumplimiento de aquella primera ansia que movió al estudiante a sacudirse de su inercia, a salir de su atonía, el ansia de una Universidad viva, con vigencia intelectual y social.

---

<sup>654</sup> María Zambrano, «El año universitario», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 124.

Una Universidad que por ser fiel a su ser y destino influya en la vida nacional en que se asienta». Quizá contribuyera a esa nueva vida universitaria despojada de implicaciones políticas que la redactora imaginaba la reciente inauguración del primer edificio de la Ciudad Universitaria, el de la Facultad de Filosofía y Letras, y la puesta en marcha de un nuevo sistema de estudios, «una nueva concepción de la totalidad o sistema de las enseñanzas» en la que María Zambrano parecía cifrar grandes esperanzas.

«Comparada con otras disciplinas, la bibliografía científica tiene que ser, naturalmente escasa», advirtió Francisco Vera al iniciar la descripción de la actividad desarrollada en España durante 1934. «La ciencia del día» se encuentra en conferencias, cursillos monográficos, artículos de revistas, memorias e informes, como los realizados por la Academia de Ciencias o las publicaciones del Instituto Nacional de Física y Química y del Observatorio Astronómico, editor de un *Anuario* y de un *Boletín astronómico*<sup>655</sup>. Por su parte, Eusebio Oliver Pascual, responsable de la síntesis sobre la investigación médica en España, prefirió utilizar las páginas que le habían sido asignadas para escribir sobre «El Congreso de Wiesbaden y su influencia universal», por considerar de vital importancia el tema al que se había dedicado la última edición de este encuentro internacional que venía celebrándose desde hacía cincuenta años: el «estudio de las aplicaciones al hombre de las teorías de la herencia en sus múltiples y variados aspectos»<sup>656</sup>. Consideraba Oliver que era «atrevido e insólito en cualquier reunión médica» recomendar, como lo había hecho el presidente del Congreso, que «las actividades e investigaciones de los médicos» se orientaran «en armonía con los ideales del nuevo Estado» (pp. 130-131), y que el director de una institución Nacional Socialista, «creada para difundir en el pueblo el cuidado

---

<sup>655</sup> Cfr. Francisco Vera, «El año científico», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., pp. 126-130.

de la raza y las ideas políticas», insistiera en que «los líderes políticos eran los que debían trazar las rutas y objetivos a las que los hombres de Ciencia se encargarían luego de dotar de una subestructura, esto es, de fundamentar y de dar forma». Oliver consideraba «tan inaceptable como monstruosa» la idea de la Ciencia al servicio del Estado, una práctica que ya se estaba llevando a cabo en la Alemania nazi, donde una ley, promulgada el 14 de julio de 1933, regulaba la aplicación de la Eugenesia, esto es, la esterilización de la población «en aras del mejoramiento de la raza» (p. 132).

### 5.2.1.7. Conmemoraciones y homenajes

«Celebremos los centenarios», recomendó, ya en el exilio, Max Aub. «Son obligados puntos de referencia que nos fuerzan a volver sobre los males del tiempo. Disipan por un momento "las tinieblas del olvido" como cuando, de pronto, luce el sol entre oscuras y corredoras nubes»<sup>657</sup>. Tal vez con esa misma intención los editores del *Almanaque literario 1935* reservaron algunas páginas a la sección «Conmemoraciones», en la que se incluyen tres artículos que fueron muy mencionados por la crítica<sup>658</sup>: «Centenario de Lope de Vega», «Centenario del Romanticismo» y «Un siglo de Ateneo madrileño».

---

<sup>656</sup> Eusebio Oliver Pascual, «El año de la Medicina. El Congreso de Wiesbaden y su influencia universal», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 130.

<sup>657</sup> Max Aub, «Notas acerca de Heine», *Pruebas*. Madrid, Editorial Ciencia Nueva (Colección «Los complementarios» de ensayistas españoles contemporáneos, 8), 1967, p. 9; texto reproducido en Max Aub, *Aforismos en el laberinto*. Edición e introducción de Javier Quiñones. Prólogo de José Antonio Marina. Barcelona, Edhasa (Aforismos, 30), 2003, p. 75.

<sup>658</sup> Eduardo Blanco Amor los citó como muestra de la «tinta ancha», de la «prosa en gran modo caudal», de los «ensayos» que contenía el volumen «para bien forrarse de noticias e interpretaciones» (E. B. A., «*Almanaque literario 1935*. Editorial Plutarco», *art. cit.*). Para Juan Miguel Romá «las ideas literarias del año», afirmó con intención crítica, eran «el centenario de Lope, donde José F. Montesinos, en su artículo, siente al Fénix tan muerto como en 1635, y el centenario del romanticismo» («Guillermo de Torre, M. Pérez Ferrero y E. Salazar Chapela. *Almanaque Literario 1935*», *art. cit.*, p. 3).

Para el filólogo José F. Montesinos «el III Centenario de la muerte de Lope de Vega debería dar ocasión a los españoles que tengan conciencia de su hispanidad para oír de nuevo la alta lección de poesía que es la obra de nuestro gran dramaturgo»<sup>659</sup>. Pero, como él mismo temía, bien podía ser que «la pompa» de la celebración se convirtiera en «cobertura de la oquedad», pues, lo cierto era «que en España nadie sabe nada de Lope y que a nadie le interesa Lope» (p. 25), «que Lope está muerto, [...] que Lope [...] agoniza en la lenta agonía de España» (p. 26). Su obra apenas se leía y tampoco se representaba, y no precisamente porque el público no estuviera preparado para ello, como había demostrado *La Barraca*, grupo «que ha enseñado a todos lo que una amorosa inteligencia puede y debe hacer con una obra clásica» (p. 28). Montesinos no confiaba demasiado en la celebración del centenario que iba a tener lugar en 1935, una conmemoración en la que, con toda probabilidad, se produciría «ese espectáculo macabro de las gentes que desentierran un cadáver para proclamar a voz en cuello que está vivo» (p. 29).

No se mostró muy convencido Enrique Díez-Canedo de que 1935 fuera la fecha en la que «el romanticismo hispano» debiera recibir «el tributo de la posteridad», tal y como había sido previsto al ser anunciada la conmemoración de su centenario para el año en el que se cumplía un siglo del estreno de *Don Álvaro o la fuerza del sino*, del duque de Rivas, «la obra maestra romántica»<sup>660</sup>. El entierro de *Fígaro*, en 1837, o las primeras representaciones del *Macías*, de Larra (1834), *El Trovador*, de García

---

<sup>659</sup> José F. Montesinos, «Conmemoraciones. Centenario de Lope de Vega, 1735-1935», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 24.

<sup>660</sup> Enrique Díez-Canedo, «Conmemoraciones. Centenario del Romanticismo en España», *Almanaque literario 1935*, p. 30. Según Marcelino Jiménez León, este artículo es el mismo que «Retrato del Romanticismo», texto que el escritor había publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 21 de diciembre de 1930 (cfr. *Enrique Díez-Canedo, crítico literario*. Tesis doctoral presentada en el Departamento de Filología Española de la Universidad de Barcelona, 2001, vol. I, pp. 165-166, n. 97).



Gutiérrez (1836), y *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch (1837), podrían tomarse asimismo como referencia para celebrar el triunfo del Romanticismo en España, sobre el que el crítico se preguntaba: «¡quién sabe si el romanticismo ha muerto aún!» (p. 30). Con total tranquilidad podía festejarse, por el contrario, el centenario del Ateneo de Madrid, institución que abrió sus puertas por primera vez a finales de 1835, como recordó al inicio de su artículo Bernardo González de Candamo. La Docta Casa, «fruto del romanticismo español»<sup>661</sup>, fue creada como un espacio de libertad en el que «pudieran convivir hombres de todas las ideas» (p. 36), como así había sido a lo largo de su historia, sucintamente trazada por Candamo, quien no se refirió explícitamente a la clausura decretada en tiempos de Primo de Rivera, aunque sí mencionó la solidaridad de aquel «hogar de recogimiento y de estudio» con «los hombres que trabajan en la vida de la acción por causas nobles o por móviles desinteresados». En el futuro, afirmaba el crítico literario y teatral, «aspira el Ateneo a ser igual a sí mismo, a través de zozobras, de cambios de costumbres, de transformaciones políticas»; esto es, un «centro de cultura y de tolerancia, último recinto romántico», «algo esencial en la contextura de la mentalidad española» (p. 37), como sin duda lo había sido en muchos momentos de los pasados cien años.

También fueron reservadas algunas de las primeras páginas del volumen a los artículos en los que se honró a dos preeminentes personalidades de la vida intelectual y científica de la España contemporánea, Miguel de Unamuno y Santiago Ramón y Cajal. José Camón Aznar informó en «Homenaje jubilar a D. Miguel de Unamuno» del acto celebrado en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, donde el filósofo dictó la lección con la que puso fin a cuarenta y tres años de docencia. A partir de entonces, podría, «libremente, sin sujeción a ningún título, seguir ejerciendo su

---

<sup>661</sup> Bernardo G. de Candamo, «Conmemoraciones. Un siglo de Ateneo madrileño», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 35.

magisterio»<sup>662</sup> en la cátedra que había sido creada a tal efecto. El acto se cerró con el descubrimiento de un busto del intelectual bilbaíno, obra de Victorio Macho. La escultura, en la que puede leerse la inscripción «Unamuno. Hendaya, 1929», recuerda que «una España [...] en trance de envilecimiento se agarró a los rasgos de este hombre» (p. 46), símbolo durante los años de la Dictadura de la lucha por la libertad<sup>663</sup>. El reconocimiento a la labor realizada por Ramón y Cajal, cuyo fallecimiento, ocurrido el 18 de octubre de 1934, se había producido mientras se preparaba el *Almanaque literario 1935*, corrió a cargo de Melchor Fernández Almagro, quien prefirió recordar al Premio Nobel no por sus reconocidas investigaciones médicas sino por «la limpieza, la plasticidad, la energía, la exactitud» de su prosa<sup>664</sup>, algo que resultaba más fácil de apreciar para el público que sus trabajos científicos. Porque Ramón y Cajal fue también «un hombre de letras, un ensayista magistral», como puede comprobarse al leer *Recuerdos de mi vida*, «el libro del sabio más genuinamente literario, dotado de un interés singular, muy afin al de cualquiera buena novela» (p. 48). También cultivó Cajal «el muy delicado y difícil» género de «la máxima, aforismo, pensamiento, o como el lector prefiera», a través del cual mostró «ese conocimiento de la sociedad y de la vida que los moralistas —espectadores desinteresados del mundo— nos transmiten» (p. 49). Una última sección, titulada «Homenaje a algunos críticos literarios desaparecidos», completa el sincero tributo que los editores quisieron rendir

---

<sup>662</sup> José Camón Aznar, «Homenaje jubilar a D. Miguel de Unamuno», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 43.

<sup>663</sup> El escultor recordó años después aquel acto, en el que Unamuno dio su última lección [...], y al ser descubierta su figura petrificada y bronceada, colocada en una hornacina trazada por mí, en la hermosa escalera del palacio de Anaya, anexa a la Universidad, Camón Aznar, entonces catedrático de la Historia del Arte, leyó unas cuartillas, donde dijo algo así: "Y ahora, don Miguel, como morir habemos, ahí le queda su doble". Estaba yo cerca de Unamuno, y le vi encrespase sin poderse contener» (Victorio Macho, *Memorias*. Madrid, G. del Toro. Editor, 1972, p. 316).

a algunos de los que consideraban sus maestros. Desde *Clarín* a *Andrenio*, los artículos recorren la historia de la crítica a través de las grandes figuras de este polémico ejercicio literario al que se hallaban consagrados Pérez Ferrero, De Torre y Salazar Chapela. Iniciaba Melchor Fernández Almagro el recuerdo de Leopoldo Alas subrayando, entre sus principales cualidades, el «genio del idioma» y el «sentido de la raza» del escritor, virtudes que eran, precisamente, las que más escaseaban en el momento presente<sup>665</sup>. Aunque no siempre practicó *Clarín* la crítica como creación estética, defendida por Fernández Almagro y muchos de sus coetáneos, cultivó la sátira, «con todo su clásico abolengo»; descubrió «todas sus dimensiones de ensayista» (p. 190), y, «desprendiéndose de todo pretexto o motivo brindado por la lectura», se abandonó «por entero a su inspiración personal de escritor», de cuentista y novelista, una faceta no suficientemente cultivada por un escritor que fue, a juicio de Fernández Almagro, una «víctima del crítico y del satírico». Creó entonces *La Regenta*, obra en la que «hay que buscar [...] las mejores páginas de la novela española moderna».

El vanguardista Agustín Espinosa evocó a Juan Valera al hilo de los juicios que el cordobés había suscitado en intelectuales como Eugenio D'Ors, Manuel Azaña o Giménez Caballero, un «río revuelto de [...] valoraciones valerianas a través de una escasa treintena de años»<sup>666</sup> que el escritor tinerfeño completó con la palabra que mejor definía a Valera: «diplomata», pues fue «diplomático antes de serlo oficialmente. Antes de pensar que pudiera llegar a serlo. Diplomata de nacimiento» (p. 194), siempre intentando conciliaciones imposibles, acuerdos «que, a veces, adquieren categoría de verdaderas batallas» (p. 195). Con gran respeto y admiración

---

<sup>664</sup> Melchor Fernández Almagro, «Cajal y la Literatura», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 47.

<sup>665</sup> Melchor Fernández Almagro, «Homenaje a algunos críticos literarios desaparecidos. Leopoldo Alas "Clarín"», *Almanaque literario 1935*, ob. cit., p. 189.

trazó José María de Cossío una semblanza de Ramón Menéndez Pelayo<sup>667</sup>, cuya trayectoria profesional recorrió brevemente para concluir afirmando que «su crítica es una crítica evocadora y al reconstruir, tras analizarlos, con sus propios elementos un poema, una novela, la obra de un escritor, la [sic] insufla alientos de vida en una re-creación fervorosa»<sup>668</sup>. De la labor realizada por Emilia Pardo Bazán dio cuenta Juan José Domenchina en un artículo cargado de encomios a «esta mujer ilustre», «ejemplar integérrimo o conjunción feliz de voluntad e inteligencia», cuya crítica, calificada de «circunspectamente menuda, es la crítica del sentido común», propia, según Domenchina, de la mujer<sup>669</sup>.

Con añoranza recordó Ledesma Miranda a Andrés González Blanco, cuya muerte, ocurrida en 1924, había dejado un profundo vacío en quienes, como el redactor del artículo, se consideraban sus amigos. «¿Y ese inexplicable silencio de los autores, de los críticos que vino a remansarse sobre su tumba?», se preguntó<sup>670</sup>. «Pudo entonces rendírsele el tributo de publicar su obra acerca de Galdós», pero no se hizo. «¡Aún no es tarde!», advirtió para finalizar. De la labor realizada por Julio Cejador se encargó Federico Sainz de Robles, quien definió la actividad profesional del polémico escritor como «la crítica *gorda*, la de al pan pan y al vino vino. La del palmetazo al envés y

---

<sup>666</sup> Agustín Espinosa, «Homenaje a algunos críticos literarios desaparecidos. Juan Valera», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 193.

<sup>667</sup> Precisamente, en honor del filólogo santanderino se había publicado dos años antes un *Almanaque de los amigos de Menéndez Pelayo para el año 1932* (Madrid, Imp. Blass, 1932).

<sup>668</sup> José María de Cossío, «Homenaje a algunos críticos literarios desaparecidos. Menéndez Pelayo», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 203.

<sup>669</sup> Juan José Domenchina, «Homenaje a algunos críticos literarios desaparecidos. Emilia Pardo Bazán», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 207.

<sup>670</sup> Ledesma Miranda, «Homenaje a algunos críticos literarios desaparecidos. Andrés González Blanco», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 212.

el incensario a derechas. La inocente de protervidad y expresiva de gestos tremendos»<sup>671</sup>.

Cipriano de Rivas Cherif escribió sobre Enrique de Mesa, cuya irrupción «en la crítica teatral, puso un punto de espanto en el corrillo donde se cuecen las temporadas»<sup>672</sup>, lo que no prueba sino «la miseria de la vida literaria española y la mezquindad con que reaccionan los que se consideran perjudicados en su interés material, o en su crédito espiritual, por el juicio ajeno» (pp. 218-219). Incorruptible, «el simple cumplimiento de su deber profesional contuvo a sus compañeros en la prensa dentro de ciertos límites» (p. 219). Tras su fallecimiento, acaecido en 1929, los críticos habían vuelto a sucumbir al «veleidoso designio de las empresas periodísticas», dejando de «discernir lo bueno de lo malo en las representaciones teatrales», se lamentaba Rivas Cherif. Como cierre de la sección de homenajes a los críticos desaparecidos se incluyó el artículo que Benjamín Jarnés escribió en recuerdo de Eduardo Gómez de Baquero, *Andrenio*, a quien el escritor aragonés había podido conocer con cierta profundidad gracias a algunos encuentros. Uno de ellos, el que tuvo lugar con motivo de la entrevista que le concedió para *La Gaceta Literaria*, fue recordado por el escritor aragonés, que transcribió la opinión que le merecían a *Andrenio* –cuyo tiempo era, afirmó el redactor, la segunda mitad del siglo XIX– los jóvenes y la literatura del momento. Aunque no se sintió muy próximo a la *nueva literatura*, Jarnés reconocía que «la labor de *Andrenio* fue en definitiva, muy útil. Sirvió de estimable contrapeso. Atrajo la atención de más amplios núcleos de lectores hacia unos pequeños libros que hoy, afortunadamente, si van perdiendo en

---

<sup>671</sup> Federico Sainz de Robles, «Homenaje a algunos críticos literarios desaparecidos. Julio Cejador», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 213.

<sup>672</sup> C. Rivas Cherif, «Homenaje a algunos críticos literarios desaparecidos. Enrique de Mesa», *Almanaque literario 1935, ob. cit.*, p. 218.

arisca juventud, van ganando en tamaño y trascendencia»<sup>673</sup>. Así, echando mano de sus recuerdos y de sus propias colaboraciones periodísticas, resolvió Jarnés el compromiso que había adquirido con los editores del almanaque muy pocos días antes de que el volumen entrara en la imprenta.

#### 5.2.1.8. Balance de un año

Cuando los editores proyectaron el *Almanaque literario 1935*, «no se trataba tanto de reunir marchiteces pensadas hipócritamente *ad hoc*», escribió Eduardo Blanco Amor, «ni de anudar ramilletes de siemprevivas ingeniosas, como en los almanaques primiseculares, gratos al empleado de Hacienda, sino de dar un balance con sus debes y sus haberes, establecidos con pulcritud y sin demasiada alegría»<sup>674</sup>. Es precisamente en ese aspecto donde, en opinión del escritor gallego, «flaquea» este «libro de contabilidad rigurosa», pues «la cuenta de *Ganancias y Pérdidas*, que debió haber sido asentada al final con mano firme» no existe, siendo «ésa y no otra la practicidad de todo balance». La idea, «sugerida [...] para años próximos»<sup>675</sup>, no fue recogida por los editores, que no pudieron ofrecer nuevas entregas del almanaque, a pesar de se daba por hecho que la obra tendría continuidad<sup>676</sup>, como lo demuestra la noticia, aparecida en *Eco* en el

---

<sup>673</sup> Benjamín Jarnés, «Homenaje a algunos críticos literarios desaparecidos. *Andrenio*», *Almanaque literario 1935*, *ob. cit.*, p. 226.

<sup>674</sup> E. B. A., «*Almanaque literario 1935*. Editorial Plutarco», *art. cit.*

<sup>675</sup> *Idem*.

<sup>676</sup> Prácticamente todas las reseñas consultadas aluden a las futuras entregas del almanaque. *Gerardo Rivera* consideró que el almanaque constituía «un propósito digno, que se ha de aventajar a sí propio, año tras año, en encarnaciones sucesivas» (*Gerardo Rivera*, «Literatura. *Almanaque literario 1935*», *art. cit.*). Para el reseñista de *Gaceta de arte*, el proyecto tendría una repercusión considerable en las letras españolas: «Con hombres así, en varios años de trabajo, bien pudiera ser francés el panorama español, donde libros semejantes aparecen con insistencia, exigidos por un público» («Almanaques. *Almanaque literario 1935*. Madrid (Publicado por Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero y E. Salazar y Chapela)», *art. cit.*).

verano de 1935, en la que se informaba de que los editores trabajaban ya en la edición de 1936<sup>677</sup>.

Ese segundo número nonato podría haber subsanado ciertos inconvenientes de la publicación de 1935<sup>678</sup>, algunos de los cuales fueron sin duda irresolubles, lo que tal vez condicionó el futuro del proyecto. Nos estamos refiriendo a la imposibilidad de contar con la totalidad de los escritores<sup>679</sup>, o, por mejor decir, de las tendencias literarias de la España del momento. Porque, no obstante la insistencia con la que se aseguró que en el *Almanaque literario 1935* estaban todos, una lectura atenta del mismo revela, muy a las claras, el predominio de autores relacionados, en mayor o menor medida, con el pasado arte nuevo, y la ausencia de las voces que practicaban y reivindicaban el compromiso del intelectual y del artista a través de sus obras<sup>680</sup>. El volumen resulta por ello excesivamente endogámico, además de anacrónico, pues en muchas de sus páginas se advierte la nostalgia por el pasado que sentían algunos de los colaboradores y, muy probablemente, también los editores del mismo. La descripción del presente literario español,

---

<sup>677</sup> «El *Almanaque Literario 1935* ha tenido un gran éxito de venta, y sus tres animadores, Torre, Pérez Ferrero y Salazar Chapela, están reuniéndose ya para preparar el del próximo año» («Apuntes», *Eco*, Madrid, X (verano de 1935), s.p.).

<sup>678</sup> Benjamín Jarnés, que consideró el volumen un «libro indispensable a todo buen gozador de las letras», no quiso señalar las «imperfecciones» que, según afirmó, «ya se previenen en el mismo prólogo, con gran tino». El escritor aragonés prefirió adoptar una actitud práctica: «Atengámonos por hoy a los hechos no a vagos proyectos. Atengámonos hoy al pájaro en mano. Poco a poco irán cazándose los ciento» (*Feria del libro*, ob. cit., p. 326).

<sup>679</sup> En 1935, éstos tuvieron la oportunidad de ingresar en el Pen Club, cuya delegación española había sido fundada gracias a la iniciativa de Enrique Díez-Canedo, quien también colaboró estrechamente en su resurgimiento (cfr. Marcelino Jiménez León, *Enrique Díez-Canedo, crítico literario*, ob. cit. vol. I, pp. 98-99). Reanudada su actividad bajo la presidencia de Azorín, más de 150 socios –Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero, Rafael Sánchez Mazas, Antonio Robles, Pedro Salinas y Max Aub, entre ellos– celebraron un banquete en el Ritz de Madrid en noviembre de 1935 (cfr. «El banquete del Pen Club», *El Sol*, Madrid (16 de noviembre de 1935), p. 2).

<sup>680</sup> No podemos saber a quién o a quiénes se refería, pero hasta el comentarista de *El Sol*, tan conforme con el volumen, reparó, al finalizar su reseña, en esto: «Con haber tantos y tantos nombres, y primeros grandes nombres, en la obra, alguno de éstos no debiera estar

verdadero objeto de la obra, se tiñe, en numerosas ocasiones, del gris de la desesperanza, y, sólo en unos pocos casos, los redactores aciertan a encontrar un tono reivindicativo y acusador al nombrar a los responsables de la regresión política y cultural que vivía la España republicana. «El arte puro se acaba y las nuevas generaciones, con sus experiencias, sabrán ir con paso firme hacia una producción humana y social», concluyó Juan Miguel Romá su reseña del *Almanaque literario 1935*<sup>681</sup>. La obra era para él, según podemos deducir de sus palabras, el último canto del cisne de la literatura de vanguardia en España, razón por la que sólo contó con una entrega<sup>682</sup>.

Otro de los aspectos mejorables del volumen es la excesiva amplitud de miras que adoptaron los editores al incluir, bajo el adjetivo *literario*, artículos referidos a disciplinas que nada tienen que ver con el arte de la palabra, lo que les obligó a forzar en exceso la estructura de una publicación periódica que posee, en realidad, «la unidad y la complexión propia de un libro»<sup>683</sup>. Pérez Ferrero, De Torre y Salazar Chapela abandonaron así el rigor del que se mostraron partidarios para manifestar su deferencia hacia todos los artistas e intelectuales españoles que quisieron participar en el proyecto. Por ello adoptaron una actitud contemporizadora que, en el caso de Salazar Chapela, resulta muy sorprendente, sobre todo si comparamos las colaboraciones que publicó en *La Voz* en aquellas mismas fechas con los artículos que vieron la luz en el almanaque. Su aportación a esta obra, sobre la que no se pronunció posteriormente —al menos, que sepamos—, fue sin duda importante. Además

---

ausente» («Torre, Guillermo de; Pérez Ferrero, Miguel; Salazar y Chapela, Esteban: *Almanaque literario de 1935*. Editorial Plutarco, Madrid», *art. cit.*).

<sup>681</sup> Juan Miguel Romá, «Guillermo de Torre, M. Pérez Ferrero y E. Salazar Chapela. *Almanaque Literario 1935*», *ob. cit.*, p. 4.

<sup>682</sup> Recordemos, a este respecto, que 1935 es, para algunos estudiosos del período, el año en el que se puede fechar el definitivo final de «la generación vanguardista», tal y como sucede en el caso de Ramón Buckley y John Crispin, editores de *Los vanguardistas españoles (1925-1935)* (Madrid, Alianza Editorial (El Libro de Bolsillo: Literatura, 476), 1973).

<sup>683</sup> *Ibidem*, p. 3.



de planificar, encargar y revisar los originales que fueron llegando a sus manos, redactó, como ya ha sido mencionado, el artículo que apareció con su nombre, algunos de los que vieron la luz sin firma y, muy probablemente también, una parte de los que se difundieron con seudónimos. De lo que no cabe ninguna duda es de que, pese a que pudo no estar de acuerdo con algunos de los juicios que se vertieron en él, Salazar Chapela dio su aprobación al contenido del *Almanaque literario 1935*, volumen que «puede ser un cabal síntoma de esa mezcla de optimismo editorial y pesimismo histórico» al que se refirió José-Carlos Mainer al analizar la producción literaria del «Bienio negro»<sup>684</sup>.

---

<sup>684</sup> José-Carlos Mainer, «La corona hecha trizas. (La vida literaria en 1934-1936)», *art. cit.*, p. 29.

